



ENCOMIO del ARTE de la MEDICINA

Homenaje a los profesionales sanitarios

Prólogo a la edición colombiana
Héctor Cuervo



ARTE DE LA MEDICINA

ENCOMIO del ARTE de la MEDICINA

Homenaje a los profesionales sanitarios

Prólogo a la edición colombiana
Héctor Cuervo

Selección y edición a cargo de
Jacobo Sanz Hermida



ENCOMIO DEL ARTE DE LA MEDICINA

© de esta edición: Grámmata Ediciones

© de los textos: Los autores

1ª edición: mayo 2021

ISBN (impreso): 978-84-1311-500-9

ISBN (PDF enriquecido): 978-84-1311-501-6

Depósito Legal S. 157-2021

Ediciones Universidad de Salamanca

<http://www.eusal.es>

2ª edición: febrero 2023

ISBN (impreso): 978-958-49-7906-3

Editorial Grámmata/Editorial CES

<http://www.libreriagrammata.com>

<https://editorial.ces.edu.co/>

Impresión y encuadernación: Editorial Grámmata

Medellín (Colombia)

Sanz Hermida, Jacobo

Encomio del arte de la medicina : homenaje a los profesionales sanitarios / Jacobo Sanz Hermida ; prólogo Héctor Cuervo. – 2ª edición - Medellín : Editorial Grámmata, 2023.

ISBN: 978-958-49-7906-3

páginas 173

1. Medicina 2. Médicos 3. Medicina como profesión 4. Práctica médica 5. Historia de la medicina.

CDD : 610.9861

Catalogación: Biblioteca Fundadores, Universidad CES

Reservados los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Grammata editorial y Editorial CES.

De loar es la medicina

Nada podían hacer los médicos por su desconocimiento de la enfermedad que trataban por primera vez; al contrario, ellos mismos eran los principales afectados por cuanto que eran los que más se acercaban a los enfermos. Tampoco servía de nada ninguna otra ciencia humana.

Descripción de la peste de Atenas. Tucídides

Los médicos hacemos destino y somos destino.

Juan Noriega López. MD.

El ruido del mundo está hecho de silencios.

Theodore Zeldin

LA MEDICINA ES la profesión más antigua, lo dice Carleton S. Coon en su libro *La historia del hombre*. La medicina es arte, ciencia y humanismo. Pasó de los mitos al conocimiento científico, pero no por eso ha dejado de ser la más humana de todas las profesiones. La medicina y quienes la practican, han trasegado de manera paralela con el desarrollo de las sociedades y han ayudado a construir la historia.

La medicina es un arte sagrado, viene de los dioses y a través del tiempo ellos nos enseñaron a buscar y a entender que las constelaciones no sólo son de estrellas, también son esos síntomas y signos que nos permiten navegar y llegar hacia el puerto que llamamos diagnóstico. Por esto, y como escribe Fray Antonio de Guevara al doctor Melgar, la Medicina es de loar. Una loa a esos y esas Asclepiádes que ofrendaron su vida, su tiempo, su familia, su bienestar para brindar ayuda, apoyo y consuelo a los enfermos infectados por este letal virus y que, ahora, lo siguen realizando con todo tipo de pacientes.

De alguna manera los tres epígrafes pueden ser el corolario de la manera en que los médicos y el personal de salud han vivido y sufrido en esta pandemia del Covid-19.

Muchas semejanzas con lo acontecido en la Atenas de Tucídides: luchando contra un germen prácticamente desconocido, en silencio, muchas veces padeciendo la enfermedad; tristezas, alegrías, triunfos, derrotas. Pero siempre ahí, ¡en primera fila de combate! También muchas diferencias: el estado actual del arte médico, sus avances y sus vínculos con otros saberes nos permitió ser más efectivos en la atención de los pacientes afectados por este virus y sustraer de la muerte a muchos de ellos.

No ajena a las vicisitudes humanas, la medicina y su ejercicio siempre han dado de qué hablar. Pero en los momentos cruciales de la humanidad como pestes, pandemias, guerras, surge como un manto de esperanza y de alivio para todos los que sufren esas tragedias. Y es que esta, la del Covid-19, ha sido una verdadera batalla en la cual los médicos y el personal de salud nos hemos enfrentado cara a cara con el sufrimiento, la angustia y la muerte.

Es de loar cómo el arte, la ciencia y el humanismo permanecieron, y permanecen unidos durante esta peste en el ejercicio de la medicina y, en silencio, pero con arduo trabajo, se fueron abriendo los caminos que nos han conducido a un buen final.

Gracias por compartir estos textos que nos invitan a reflexionar y a meditar sobre la medicina, profesión que por virtud propia ayuda al ideal más glorioso: “salvar al género humano”, así lo dijo Erasmo. Juro por Apolo seguir cultivando el arte médico, el arte de la curación.

HÉCTOR R. CUERVO H.

MD.

Medellín, marzo 17 de 2022.

Elogio de los profesionales sanitarios

EL AÑO 2020 se recordará por la pandemia del COVID-19, al igual que 1918 fue el año de la gripe cuyas devastadoras consecuencias propiciaron el posterior despliegue de los sistemas sanitarios públicos. Las sociedades de principios del siglo pasado comprendieron la importancia de invertir recursos y retribuir a personas formadas para proteger la salud de todos.

Así se corrigió, en cierta medida, el individualismo imperante tras el siglo XIX. El concepto de lo particular fue completado con una comprensión de lo colectivo, al igual que hoy sabemos que las libertades importan, como también son imprescindibles las virtudes y los hábitos cotidianos —la responsabilidad y el sentido del deber— para evitar males y riesgos.

Todas las recomendaciones de salud son insuficientes si no seguimos en nuestro proceder los verdaderos ejemplos para el buen desempeño profesional. Hace un año aprendimos de arquetipos humanos el significado de la palabra *compromiso*, el de los profesionales sanitarios que estuvieron a la altura de las circunstancias.

Estos textos, recopilados para elogiarlos, demuestran el reconocimiento a lo largo de la historia de la labor sanadora. Fray Antonio de Guevara escribe, en sus *Epístolas familiares* elogio de los profesionales

sanitarios (1521-1543): «De loar es la medicina cuando ella está en manos de un médico que es docto, es grave, es prudente, es atinado y experimentado; porque el tal médico, con la sciencia conocerá la enfermedad, con la cordura buscará la medicina y con la mucha experiencia sabrá aplicarla».

Erasmus afirma en el *Encomio a la Medicina* que no hay otra disciplina que requiera tanto trabajo. Y Platón, en su *Elogio póstumo a Hipócrates*, señala las claves de la medicina: «buen acopio de adquisiciones proporcionadas por la observación y la experiencia, la razón más alta, la más lúcida intuición...».

Gracias a ellos y ellas por curarnos

RICARDO RIVERO ORTEGA
Rector de la Universidad de Salamanca

Encomio de la Medicina

Juro por Apolo, médico, por Asclepio, Higía y Panacea, por todos los dioses y todas las diosas, tomándolos como testigos, cumplir fielmente, según mi leal saber y entender, este juramento y compromiso...

Juramento Hipocrático

En cuanto pueda y sepa, usaré las reglas dietéticas en provecho de los enfermos y apartaré de ellos todo daño e injusticia...

Juramento de Florence Nightingale

Cuidar mi propia salud, bienestar y capacidades para prestar atención médica del más alto nivel...

Promesa del Médico —Convención de Ginebra—

A LO LARGO DE LA HISTORIA, la población mundial se ha visto afectada por brotes, epidemias y pandemias, ocasionadas por enemigos invisibles que han tenido efectos devastadores para la salud pública y las sociedades del momento. *La peste negra, la viruela, el cólera, la mal llamada gripe española y otros virus gripales, la infección por VIH-SIDA y, en estos momentos, la infección*

por SARS CoV-2 (COVID-19), engrosan un amplio listado (aún no cerrado) de procesos infecciosos que han azotado a la humanidad.

A lo largo de la historia, grandes hombres y mujeres ilustres, clásicos o contemporáneos, han contribuido al avance encomio de la medicina del conocimiento y al control de todos estos procesos con su sabiduría, conocimiento, investigación, dedicación y trabajo (*Hipócrates, Galeno, Path, Snow, Koch, Pasteur, Montagu, Jenner, Nithingale, Semmelweis, Barre-Snoussi, etc...*); y cuya memoria y reconocimiento perdurará, en los textos científicos, a lo largo del tiempo.

Hoy, en este momento, recordando a los clásicos a través de estos textos que presentamos, queremos rendir *homenaje* por la *encomiable* labor de todas y cada una de las grandes mujeres y hombres anónimos que nos rodean. Aquellos que simbólicamente juraron “ante los dioses” dedicar su vida al cuidado de la salud y que, con su trabajo, en muchas ocasiones en una situación límite y llegando a la extenuación, han contribuido a aliviar nuestro sufrimiento. También a todos aquellos profesionales del ámbito sanitario que prestan cuidados a los pacientes.

No hay palabras ni aplausos suficientes para expresar lo que sentimos, pero permitirme que lo sintetice de una forma sencilla: nuestro cariño y nuestra gratitud infinita para “todos” los sanitarios.

¡Gracias! Salud para todos.

PURIFICACIÓN GALINDO VILLARDÓN
*Vicerrectora de Ciencias de la Salud,
Gestión de la Calidad y Política Académica*

La ciencia médica

LA MEDICINA ERA DESCRITA por Cesare Ripa en su *Iconologia* (Roma, 1593), dedicada al cardenal Giovanni Salviati, como una mujer anciana coronada de laurel, sosteniendo un gallo en su mano derecha y un nudoso bastón con una serpiente enrollada en su izquierda. Su avanzada edad se explicaba por el hecho de que en la Antigüedad resultaba vergonzante que cualquier hombre, que no hubiera rebasado los cuarenta años, tuviera que llamar a un médico, siendo responsable de velar por la conservación de su complexión durante su juventud. Se consideraba al gallo un animal vigilante, del mismo modo que conviene que lo sean los médicos. Por su parte, la serpiente fue símbolo de salud, representada en su capacidad de renovar su piel, al igual que los hombres lo hacen cuando sanan; mientras que el nudoso bastón evidenciaba la complejidad de la ciencia médica, manifestada además por medio de la enseña de la vara de Esculapio. Hijo de Apolo y Corónide, Asclepio —Esculapio para los latinos— sobrevivió al nacer a las llamas de la pira donde fue quemada su madre. Su educación se confió al centauro Quirón, quien le adoctrinó en el Arte de la Medicina, cuyo ejercicio, merced a la sangre de la Gorgona recibida por Atenea, le permitió devolver la vida a los muertos. No es de extrañar, por tanto, que en el constante intento por conservar la salud y perpetuarse a la vida, el hombre haya dedicado gran parte de sus esfuerzos a la profesión médica. Profesión que ha ido evolucionando y adaptándose a la ciencia médica discurrir de los tiempos y a tenor de la aparición de las nuevas enfermedades. Así, Cornelio Celso en su *De*

medicina, dividida en ocho libros, la vincula en sus orígenes con la filosofía, en cuanto participa del razonamiento, y ofrece una primera división de esta ciencia:

Así como la agricultura proporciona al hombre sano la alimentación, la medicina aporta la salud a las personas enfermas... Al principio la medicina era una parte de la filosofía, de tal modo que los mismos escritores que se aplicaban a la contemplación de las cosas de la naturaleza unían a sus estudios el del arte de curar las enfermedades, buscando esto sobre todo aquellos que habían agotado sus energías con su vida sedentaria, la meditación y las vigilias nocturnas. Así sabemos que muchos que profesaron la filosofía, incluidos los más célebres, tales como Pitágoras, Empédocles y Demócrito, fueron peritos en medicina... En aquellos tiempos la medicina se dividió en tres partes: la primera trataba de la alimentación; la segunda, de los medicamentos, y la tercera, de las curaciones con la ayuda de las manos. Los griegos llamaron a la primera dietética; a la segunda, farmacéutica, y a la tercera quirúrgica.

En la obra de este enciclopedista, seguidor de la escuela médica de Alejandría, se nos presenta ya la evolución de este primer médico, filósofo especulativo, hacia un médico científico y su dignificación profesional. No era la primera vez que se analizaba el papel social que desarrollaba y la necesidad de velar tanto por la disposición de su cuerpo como la del alma. Así, tres siglos antes, Hipócrates había compuesto su tratado *Sobre el médico*, breve manual para aquellos que se inician en el ejercicio de la medicina. Además de enumerar algunas virtudes que le son precisas, como ser observador, callado,

inteligente, ordenado en su vivir, etc., resaltaba el decoro físico y la afabilidad para con sus pacientes:

La prestancia del médico reside en que tenga buen color y sea robusto en su apariencia, de acuerdo con su complexión natural. Pues la mayoría de la gente opina que quienes no tienen su cuerpo en buenas condiciones no se cuidan bien de los ajenos. En segundo lugar, que presente un aspecto aseado, con un atuendo respetable, y perfumado con ungüentos de buen aroma, que no ofrezcan un olor sospechoso en ningún sentido. Porque todo esto resulta ser agradable a los pacientes.

Junto a esta actitud virtuosa del médico, se le relaciona tempranamente por su capacidad curativa restauradora de la vida, no solo con las divinidades paganas, como se ha visto en el caso de Esculapio, sino también con Dios. Los quince versículos del capítulo 38º del *Eclesiástico* se dedican a resaltar la necesidad que tenemos de los médicos y la honra que les debemos, siendo Dios el tenedor de la ciencia de curar que otorga a los hombres, para mostrarse glorioso en sus maravillas.

Esta pequeña antología de textos recoge algunas de las visiones que a lo largo de los tiempos se ha tenido del Arte de la Medicina y su profesión. Desde una diversa tipología genérica (tratadística médica, cartas y diálogos), y a través de diferentes autores, el lector podrá sumergirse en una variada literatura, en la que no siempre sale airosa la figura del médico. El debate sobre la novedad y los avances de la medicina, sustentado en la dialéctica entre antiguos y modernos en torno a la historia y la tradición, encuentran espacio en algunos de estos textos. Encomios a favor de su estimada e imprescindible labor se mezclan con

vituperios por su avaricia y desmedido amor al dinero, por sus contradictorios diagnósticos, por el recetar costosos medicamentos inútiles, o por su lenguaje y escrituras crípticos, sustentadores de su monopolio profesional. Con todo, muchas de estas críticas surgen de la pluma de algunos médicos imbuidos en las corrientes renovadoras del Humanismo, que intentan velar por el ejercicio de su Arte, frenando cualquier intrusismo a través de su control por el Real Tribunal del Protomedicato. Esto explica que en sus escritos manifiesten una preocupación constante por participar y hacerse eco de las reprobaciones a las que se ve sometida su profesión, ofreciendo como contrapunto la imagen del perfecto médico.

TEXTOS



Elogio póstumo de Platón

a Hipócrates

(Atenas, s. IV a. C.)

Ya no encontraremos más en los jardines de Academias o en los bosquecillos del cerámico, la alta silueta atenta y esbelta de Hipócrates. Ahora en los Campos Elíseos, se habrá reemprendido el dialogo amigable con Sócrates, durante el cual tantas veces los he visto buscar sin supersticiones, sin prejuicios, sin ideas apriorísticas, las causas profundas de todas las cosas, mezclando para mejor enjuiciar el razonamiento y la experiencia. Y puesto que debo aportar el homenaje de los filósofos de Grecia a Hipócrates de Cos, quiero saludar la memoria de aquel que siguió el ejemplo de mi maestro Sócrates, desde que este último separó la verdadera filosofía de la especulación cosmológica o teúrgica. Hipócrates tuvo valor, él, el descendiente de los Asclepiades, sacerdotes médicos, de laicizar definitivamente la medicina y liberarla de la vana concepción sacerdotal para llevarla a su verdadero fin, que es el curar, no por los procedimientos de magia, sino por la evolución lógica de la inteligencia.

Hipócrates es también filósofo, al descubrir en el cuerpo humano esta armonía preestablecida este equilibrio que Pitágoras adjudicó al Universo. Así según enseña, todo está en todo y también todo es humano y todo es divino, sin que sea necesario en adelante confundir la divinidad y lo divino.

El médico no tiene más que considerar el inmenso misterio de la naturaleza para descubrir poco a poco las leyes eternas que rigen a todos los seres vivientes: estas leyes por las cuales todas las fuerzas del individuo tienden, en la perfecta euritmia del mundo, a conservar o recobrar este equilibrio ideal que es la Salud.

Nosotros hemos seguido con admiración la evolución del pensamiento que ha conducido a Hipócrates hasta esta unidad racional de la vida, hasta esta síntesis cada vez más precisa y extensa. El método utilizado para llegar a tal unidad, lo ha definido él mismo: buscar, intentando llegar a lo desconocido desde lo conocido de donde es necesario partir. ¿Puede existir un método científico más cierto?

Así, gracias a él, la Medicina ha dejado de ser una compilación de recetas y de anotaciones empíricas reunidas al azar. La Medicina tiene, para guiarlas a partir de este momento, buen acopio de adquisiciones proporcionadas por la observación y la experiencia, la razón más alta, la mas lúcida intuición.



Maestro Estéfano
Visita y Consejos de médicos
(Sevilla, 1381)

POR TANTO, en cuanto yo, Estefano, pudiere brevemente de las excelencias y virtudes del señor arzobispo, hablaré por guardar la costumbre sabia antigua, según que es precepto de conservar a todo Médico, según Galeno *in tertio ten*, y así de los gloriosos médicos, según Constantino en el segundo de su *Pantegni*. Esto es cuanto a la primera asimilación. Pues bien, es dicho el señor arzobispo Pedro, casi piedra firme en el servicio católico por obra, asemejado el dicho señor a los ángeles, cuanto a la segunda comparación; esto por las obras que él hace, así como los ángeles por causa de la fraternidad que el glorioso señor Jesús le dio con ellos el consejo antiguo tomado, según Galeno libro y título sobredicho, en hacer tales obras porque a los ángeles sea asemejado. De donde brevemente el señor arzobispo a los ángeles es asemejado por virtud de nuestro señor Jesucristo, por tres asimilaciones principales: y la primera es asemejado al ángel Rafael, esto por cumplir el encomendamiento que el señor le encomendó en demostrar el camino derecho a los súbditos por obra y ejemplo y palabra para ir a la gloria del paraíso, así como Rafael a Tobías en la demostración del camino hasta de ciudad de Raga, según es habido en Tobías, octavo capítulo. Y esto guardando los mandamientos del Señor y predicando y amonestando a los suyos que los guarden, porque las ovejas que Dios le encomendó sean de Dios y pueblo suyo, diciéndoles aquello que dijo

Dios en la ley, libro *Deuteronomio*, capítulo cuarto: «Oye Israel, soy yo, Dios tu Señor, guarda mis mandamientos y serás mi pueblo y yo tu Dios». Es aun comparado por la segunda asimilación al ángel san Miguel en defender sus súbditos con la ayuda divina de cualquier vicio y cuita que les viene, siendo vencido en su ayuda así como príncipe grande escogido de Dios; donde Daniel, duodécimo capítulo: «levantarse a san Miguel, príncipe grande, y vendrá en nuestra ayuda». Es aun asemejado a los ángeles por continuo servicio y loor, haciendo al Señor excelso, no cesando día y noche, y mandando a los súbditos lo que el Señor le encomendó, que hagan anunciando galardón que gloria infinita habrá con Jesucristo, anunciación muy grande y de gran gozo, así como hicieron los ángeles pastores. Luce segundo capítulo, diciendo: «anuncio a vos gran gozo, que nacido es Jesucristo, el Señor». Esto es cuanto a la segunda asimilación. De la tercera comparación concluida, con la cuarta asemejado el señor arzobispo al buen pastor y al verdadero médico, y esto todo en símil brevemente concluida, por cinco condiciones por gracia del Espíritu Santo, que en el señor arzobispo son cuales convienen a todo buen pastor, a verdadero médico tan espiritual cuanto corporal tener. La primera es, que todo buen pastor debe conocer a sí y a sus ovejas; e esto por conservar la santa doctrina evangélica, la cual es lección y alumbramiento a todo animal razonable, de donde *beatus Ioanes*, décimo capítulo, diciendo nuestro Salvador: «yo soy el buen pastor que conozco a mis ovejas y me conozco a mí mismo». Y este ejemplo es que todo buen pastor debe tener en sí hacer el bien y después mostrarlo a sus ovejas para que así lo hagan, aprendiendo de nuestro Pastor eterno que primero él quiso hacer y después enseñar, según se lee en el auto de los apóstoles. Y por esto decía nuestro Salvador, Mateo undécimo, «Aprended de mí». Y así hace el médico verdadero, primero aprende la ciencia medicinal de buenos y perfectísimos

maestros, y después óbrala, y en obrando enseña a sus discípulos, según Galeno, *in de ingenio*; y conozca a sí mismo, si es sabedor y después a sus enfermos, según Ricardo, *in regulos generalibus*, doctrina prima, y así de los médicos discretos. Esto es cuanto a la primera condición. La segunda es que el buen pastor debe guiar a sus ovejas y ponerlas en los buenos pastos, así como el médico verdadero que pone a sus encomendados en el buen pasto de la regla recta conservadora de la salud o del propósito de curación, al cual fin su ciencia tiende, según Galeno, *in primo teni*, y Avicena, *in primo canone*, y así de todos los discretos médicos. Y la tercera es que el buen pastor debe corregir a sus ovejas cuando salen del buen pasto, el cual es causa de la vida, así como el verdadero médico debe corregir los errores de su encomendado y de sí, según Galeno, *in primo de crisi*, capítulo décimosexto. Y la cuarta es que el buen pastor debe poner su alma por guarda de sus ovejas, y darla por ellas, por cumplir aquel santo consejo evangélico, Joanes décimo, diciendo: «el buen pastor da su alma por sus ovejas». Así el verdadero médico por guarda de la salud espiritual debe poner su alma corporal, *ut corpus*, por su encomendado, según Ricardus libro sobredicho, doctrina sexta. Y esto en nunca en consejo ni en obra ser causa de omicidio, como los únicos infieles médicos hebreos, según me fue dicho hacen. Y la quinta y última es que el buen pastor fiel hace mucho en multiplicar las ovejas de su señor, porque cuando viniere a la cuenta con su señor, cumpla aquel consejo que nuestro Redentor dio a todos, Mateo, vigésimoquinto, diciendo: «cinco talentos me diste, hallé otros cinco que sobregané». Así el médico verdadero por causa del buen cómputo al señor dar y los clamores que rellenos tirar, ponga mucho en multiplicar en su ciencia por razón de abreviar las enfermedades, por no ser en la consorcio de los opositos en esto, *ut ebrey* y semejantes. De los cuales clamores son dados de ellos a Dios, según dice

Galeno, cuarto *de ingenio sanitatis*, título décimo. De donde todo eso se concluye, cuando el pastor bueno ha noticia de sí y de sus ovejas, porque no conociendo la cosa obrar en ella bien, no podrá, así como dice Galeno, *in de morbo et de accidente et in sexto pasionario*, «si la enfermedad o la causa no la conoces, cómo la podrás curar, seguro que no». Y por tanto el señor arzobispo como buen pastor, sabiendo todo lo sobredicho, siempre lo puso por obra en las encomiendas que el Señor por excelso le dio, de donde encomendándole Dios sus ovejas, que tenía en la partida del reino hispalino, luego quiso conocer a sí y a sus ovejas. Así vio y conoció que, por la gracia del Espíritu Santo, según fue ya dicho en el morante, así como vaso suyo electo, que era el padecer alguna pasión corporal, habida por causa de grandes trabajos tanto espirituales como corporales, le consintió el Señor Omnipotente tener por compasión en este mundo y gloria en el otro por llegar. Mas, por haber refrigerio por causa de haber potencia a Dios siempre, como piedra firme servir y darle cuenta, como buen pastor de sus ovejas, quiso pues el Criador Glorioso, ordenó remedio a las pasiones, el cual remedio es la medicina corporal, según el filósofo, en *De secretis secretorum*, libro segundo, título sexto. Por tanto, quiso que después de la visitación espiritual hecha a los médicos espirituales y a otros muchos de otros estados, queriendo visitar los médicos corporales, quiso primero visitar su cuerpo por consejos medicinales por más cumplidamente sufrir las labores exteriores e interiores, por causa de conservar la salud espiritual de sus ovejas. Por esto mandó hacer, por honra de la ciencia medicinal y provecho de los médicos corporales, un libro pequeño en volumen grande, el primero de la visitación conservativa cuanto a la salud corporal de su angélica persona y preservativa contra sus pasiones corporales, según en este tratado se dirá. El segundo tratado que fuese visitación espiritual y consiliaria, cuanto a los médicos corporales dar-

les buena cuenta al alto Señor de ellos, porque sus ovejas son *ut bonus pastor*, y cada visitación de estas por consejos notorios de los médicos discretos habidos, y, como buen pastor, sabe conocer y aconsejar a sus ovejas el bien que han de hacer para obtener el galardón sobredicho. De donde porque esta composición es nueva y nunca haberse dicho tal libro cuanto a la visitación de los médicos corporales, por esto, por gloria de la Santa Trinidad dar y servicio hacerle y ejemplo a los venturosos, *usque in fine*, de este mundo fincar. Mandó el señor arzobispo por su merced a mí, Estefano médico indigno, natural de la muy noble ciudad de Sevilla, hijo del maestro Esteban çilúrgico, alcalde mayor de los çilurgianos, en todos los reinos de Castilla por el muy aventurado y gracioso señor don Alfonso, abuelo del muy virtuoso señor Rey don Juan, por la gracia de Dios reinante en Castilla, amador de los buenos. Mandó que hiciese y compusiese este libro, probado por los mejores médicos modernos y discretos que pudieren ser habidos, por tal que a todos sea auténtico y creído, habido por causa de la salud espiritual a los médicos corporales conservar.

Erasmus de Rotterdam
Encomio de la medicina

(Lovaina, 1518)

*Erasmus Roterodano a Enrique Afinio Liviano,
insigne médico, salud*

POCOS DÍAS HA, mi muy docto Afinio, estando yo entretenido en revisar mis papeles y ordenar mi biblioteca, vino a mis manos una oración que años atrás en que mi activa curiosidad hacía experiencia de todo, compuse y pronuncié en loor del Arte de la Medicina. Y luego, al punto, me vino a la mente la idea de dedicar un discurso no bueno al mejor de los médicos, con el deseo egoísta de que siquiera el aliciente de tu nombre lo recomendase a las centurias de los estudiosos. Además será una demostración de mayor o menor valor de la disposición de mi ánimo para contigo, hasta que te envíe otra más digna de nuestra entrañable amistad.

Ten salud

Lovaina, a los tres de los idus de marzo, año 1518

Con cuanto mayor frecuencia mis afamados oyentes, el Arte de la Medicina fue encomiada en meditados y primorosos discursos, desde este lugar y en presencia de muchos de vosotros y por personalidades dotadas de singular facundia, tanto menor es mi confianza de que yo pueda tratarla como ella merece y de que vaya a satisfacer la avidez de

vuestra expectación. Ni es fácil que mi ingenua penuria de palabra consiga igualar la elevada materia de un tema casi divino ni que un discurso corriente y vulgar pueda evitaros el tedio, en cosa tan oída... Su primera y principal alabanza consiste en que no necesita de ninguna suerte de pregones, pues ella, de suyo, harto se predica a sí misma, y por su propia utilidad y necesidad se recomienda a los mortales. Afuera de que, habiendo sida predicada tantas veces y por tan claros ingenios, siempre, no obstante, suministra materia nueva de alabanzas, aun a los ingenios poco ricos, por manera que, según la divulgada costumbre, no hay necesidad alguna de desestimarla con aborrecibles polémicas, no sin ultraje de las restantes disciplinas... Y entrando ya apresuradamente en el asunto, las artes restantes, puesto que todas, sin excepción, acarrearón alguna utilidad a la vida, fueron soberanamentepreciadas; mas a la invención de la Medicina, allá en la sagrada antigüedad, ocasionó tal maravilla al linaje humano y fue tan dulce su experiencia que sus inventores o fueron tenidos por dioses simplemente, o se les consideró dignos de honores, como Asclepiades, a quien los moradores de la Iliria, recibieron como a un ser venido del cielo y en las honras le equipararon a Hércules. No apruebo yo lo que hizo la Antigüedad, pero sí apruebo su estimación y su criterio, puesto que, como cumplía, sintió y dio a entender que no existe recompensa asaz digna para el médico docto y fiel. Si alguno allá en el retiramiento de su interior considera cuán múltiple es la diversidad en los cuerpos humanos, y cuánta su variedad originada por la edad, el sexo, por la región, el clima, la educación, los estudios, el hábito de vida, cuán infinitas son las diferencias en tantos millares de hierbas; cuántos son los géneros de enfermedades que, según el testimonio de Plinio, se clasificaron ya más de trescientas, cada una con su nombre privativo, con excepción de las divisiones de los géneros que no tienen cuento, como fácilmente comprenderá

quien solamente conociere cuantas acepciones abarca la voz “fiebre”, para que por una sola se colijan las otras, sin que en la cuenta entren las nuevas dolencias, cuyo número se multiplica cada día y proliferan con tanta fertilidad, como si hubieran entablado deliberada competencia con el arte que las cura. Exceptuemos también las especies de venenos que rebasan la suma de mil, y cuántas son sus especies, tantos son los géneros de muerte, que a su vez, reclaman otras tantas diferencias de remedios. Exceptuemos los casos que ocurren cada día de caídas, de derribamientos, de rupturas, de quemazones, de luxaciones, de heridas y contratiempos semejantes que casi, igual por igual, contienden con las huestes de la enfermedad. Y como colofón, quien pondere cuánta sea la dificultad en la observación de los cuerpos celestes, que no de tenerse bien conocidos, las más de las veces se transformara en tósigo lo que se da para remedio. Mientras no he de mentar con cuánta frecuencia los síntomas morbosos son falaces, bien te fijas en el color del rostro, bien analices la orina, bien observes el ritmo del pulso, pues existen males cuya misión parece que no es otra sino la de engañar al médico que es su enemigo. De todos partes surgen tantas dificultades, que a mí se me hace difícil puntualizarlas debidamente en mi discurso...

No provoquen envidia mis palabras. Séame permitido pregonar noblemente un hecho más verdadero que la verdad. No es jactancia mía sino conocimiento de la excelsitud de este arte. Si dar la vida es propiamente función de Dios, defenderla cuando fue dada, retenerla cuando se escapa, es fuerza que confesemos que es, en cierto modo, profesión divina. Aun cuando de aquella misma atribución que nosotros queremos que sea exclusiva de Dios, no despojó al arte médica la Antigüedad, que a fuer de crédula, era más agradecida. Esta sagrada Antigüedad creyó que volvieron del Orco a la luz, Helena, la hija de Tíndaro, y después muchos otros no tan nefastos ni tan célebres como

ella, por obra de Esculapio. Léese que Asclepiades de la pira restituyó vivo a su casa a un hombre muerto ya, acompañado y llorado por el cortejo fúnebre. Xanto, escritor de historias, narró a la posteridad que, luego de haber sido aplicada la hierba que se dice *alin*, devolvió a la vida un cachorro de león que murió, y luego a un hombre, a quien había matado una serpiente. Es más, Juba es testigo de que en África un difunto tornó a la vida por la virtud de una hierba que no nombra. No seré yo quien me esfuerce por convencer en estos casos a los posibles incrédulos. No cabe duda que colman de admiración por esta arte tanto más cuanto más superan toda verosimilitud, y obligan a reconocer que son inmensas sus verdaderas posibilidades... Plinio, en su libro de la *Historia del mundo*, trae la relación nominal de muchos que hay conducidos al entierro, los unos ya puestos en la misma pira, y otros después de algunos días de muertos, revivieron. Milagro es este que la casualidad hizo con muy pocos. Pero no merece menor admiración el milagro cotidiano que en muchos realiza nuestra Arte. Aunque la debamos a la bondad de Dios, a quien se lo debemos todo, no pienso yo que haya quien crea que yo lo dije con más arrogancia que verdad. Es tal la virulencia de determinadas enfermedades que, sin la presencia del médico, tómate por muerte cierta aquella suerte de estupor en que suelen caer las mujeres especialmente, verbigracia, con síncope profundo, la parálisis, la apoplejía. No hay quien no pueda contar casos similares que personalmente le ocurrieron a él o a deudos y allegados suyos. Y yo pregunto, aquel que con su arte ahuyenta la muerte al punto de caer sobre su víctima, que restituye la vida aplastada repentinamente, ¿no se le ha de tener en todo tiempo por un numen propicio y de buen agüero?

¿Cuántos calculas que habrán sido los hombres malogrados enterados vivos hasta que la ciencia de la Medicina descubriera la malignidad de las dolencias y la naturaleza de los remedios? Y ¿cuántos milla-

res de mortales viven con salud robusta, los cuales ni siquiera hubiesen nacido, si esta misma Arte no hallara remedios para el azaroso trance del nacer y los medios de partear y facilitar el alumbramiento? Tan es así, que ya, en el mismo umbral de la vida, la parturienta y el naciente invocan con compasivos acentos las manos salvadoras de los médicos. A su arte debe la vida el que aun no recibió la vida, porque mediante ella se detienen los abortos, y a la madre se le comunican fuerzas para la concepción y la gestación a fin de que el parto sea feliz. Y si es expresión de la verdad aquel dicho «Obra de Dios es ayudar al mortal», según mi leal entender, o nunca se realizará este noble apotegma de los griegos, o habrá lugar en el médico fiel y probo que no solamente ayuda, sino que salva. ¿Por ventura no parecerá más ingrato que la misma ingratitud y casi indigno de la misma vida quien no ame, quien no honre, quien no admire, quien no venera a la Medicina, que, después de Dios, es la segunda madre, la defensora, la conservadora de la vida? Ni siempre ni todos necesitamos de las restantes artes; en cambio, en la utilidad de la Medicina se afianza toda la vida de los mortales. Supongamos que andan lejos de nosotros las enfermedades, supongamos que todos disfrutamos de próspera salud, ¿cómo podremos defenderla, si el médico no nos ilustra de la diferencia entre los manjares saludables y los nocivos, si no nos señala el régimen de alimentación que los griegos llaman *dieta*? Pesada carga es la vejez, inevitable como la misma muerte. Pues bien, la vejez por obra de los médicos les llega a muchos o harto más tardía o bastante más ligera. Y no es fabulosa del todo la que llaman la quinta esencia, la cual, luego de expulsar la ancianidad como un despojo abyecto, rejuvenece al hombre; y de ello subsisten algunos testigos. Y no hay razón para reprobar un Arte el hecho de que en su profesión no faltan vividores, que engañan a los incautos. Ya la Medicina no se ocupa solo del cuerpo, que es la más ruin porción del

hombre, sino que cuida del hombre todo, aun cuando el teólogo sirve al ministerio del alma, y el médico al ministerio del cuerpo... Allende de esto, todo lo que es grande en el hombre: erudición, virtud, prendas naturales, y todo lo demás que puede haber, es fuerza que todo ello lo consideremos como venido por el Arte del médico, puesto que nos conserva aquello sin lo cual todas estas facultades no podrían subsistir. Si todo es para el hombre y es el médico quien conserva al hombre, al médico se le debe la gratitud de todo. Si no vive el que vive atenaceado de dolencias y el médico devuelve o protege la vida con la salud ¿no es razón reconocerle como padre y autor de la vida? Si la inmortalidad es codiciable cosa, a ella atiende hasta donde le es posible la industria del médico, que a la vida le da longevidad. ¿Por qué aquí he de aducir conocidísimos ejemplos, Pitágoras, Crisipo, Platón, Catón el Censor, Antonio Cástor, y con estos, el cuento sin cuento de otros, la mayoría de los cuales, por mantenerse fieles en la observancia de las prescripciones médicas prolongaron, hasta rebasar el siglo, su vida libre de toda enfermedad, sin mella en el vigor de su ingenio, sin grietas en la solidez de su memoria, sin quebranto ni mengua alguna en sus facultades físicas? ¿No es esto ofrecer ya desde aquí una pequeña muestra de la inmortalidad que esperamos? El mismo Cristo, autor único y garantía de la inmortalidad, tomó un cuerpo; cuerpo ciertamente mortal, pero exento de enfermedad alguna. No se horrorizó de la cruz, pero se horrorizó de las enfermedades... Acrece, y no con endeble argumento, la gloria de la Medicina, el hecho de que la majestad de las leyes cesáreas y la autoridad de los cánones pontificios se sujeta espontáneamente al juicio de los médicos, como en las cuestiones de la pubertad, de los alumbramientos y de la hechicerías, como también en determinadas circunstancias referentes al matrimonio. ¡Oh dignidad nueva de la Medicina! Trátase de la pena capital: la sentencia del juez depende del jui-

cio y de la información del médico. La paternal bondad del Sumo Pontífice, si dispensa en determinados casos, no dispensa sin el dictamen de los médicos. En sus decretos, el Romano Pontífice, en caso de que se le denuncie que un obispo sufre una enfermedad secreta o asquerosa, según fuere el informe pericial del médico, resuelve que debe de ser depuesto de su sede, o mantenido o restablecido en ella. San Agustín sostiene que debe hacerse lo que el médico prescribe que se haga, por más que el enfermo se niegue a ello. El mismo Santo Doctor escribe que constituye un robo retener el salario que al médico se debe y que es premio de su arte y de su habilidad, y declara que es un poseedor injusto y que de mala fe detenta un bien ajeno. Es más, aun aquellos mismos que con exorcismos y conjuras expelen demonios de los cuerpos de los posesos, no pocas veces acuden a la consulta de los médicos; verbigracia, en aquellos casos en que, por secretas razones, se muestran viciados algunos órganos de los sentidos o del espíritu, y por ello dan la impresión de posesión demoníaca, tanto que no son discernibles sino por los profesionales de mayor pericia... En confirmación de esto que digo, de mil ejemplos que tengo a mano, presentaré uno, averiguado y verificado por mí; ruégoos que me escuchéis con paciencia. En mis verdes años traté con la consideración merecida a Panaceo, médico de muy extensa celebridad. Este médico, siendo yo testigo del hecho, restituyó de salud a un tal Filiario, natural de Spoleto, quien, atacado de lombrices, vino a dar en una especie inaudita de locura que consistía, mientras le duró la enfermedad, en hablar correctamente la lengua teutónica, cosa que, según de todos era sabido, jamás había alcanzado cuando gozaba de cabal salud. ¿Quién desconocedor de la Medicina no hubiera llegado hasta a execrar a este presunto demoníaco? Pues bien, Panaceo, con un remedio fácil y adecuado, le devolvió la sanidad de la mente que en él, hasta entonces, había sido habitual. Y si alguno porfiare que era demoníaco de

veras, ello enaltece, más y más, esta Arte a la que, según está averiguado, los impíos demonios obedecen, así en la restitución de la vida como en la expulsión de los malos espíritus, como instrumento que es, unas veces y otras, émula de la virtud de Dios. No faltaron quienes atribuían esta curación insólita a las artes mágicas; calumnia esta que yo vuelvo en gloria y loor de nuestra Arte, la cual presta tales servicios, que el vulgo no cree que puedan prestarse con solas las fuerzas humanas.

Con fundada razón, allá en los primeros siglos, cuando las sórdidas ganancias y los placeres sucios aún no lo habían manchado todo, el arte de curar, única entre todas las otras, fue la favorita de los más encumbrados personajes, de los reyes más poderosos, de los senadores más ilustres; e indistintamente, a todo el linaje humano, es la más grata. De aquel grande legislador, Moisés, se cree que no por otro procedimiento que el del Arte médica distinguió los manjares que le convenían. Léese que Orfeo, el más antiguo de los escritores griegos, compuso un tratado de las propiedades de las hierbas. El mismo Homero, sin contradicción posible, fuente inspiradora de todos los ingenios, es copiosísimo e irrestañable en la enumeración de las virtudes de las hierbas y en las alabanzas de los médicos. Homero fue quien nos describió con un grafismo pictórico la hierba *moly*, la más preciada y buscada de todas las hierbas, y según el testimonio de Plinio, eficaz contra las hechicerías. Homero atribuye su invención a Mercurio. Con ella proveyó a su caro Ulises para neutralizar los bebedizos de Circe. El mismo Homero da de consejo que en los convites no falte el *nepenthes*, que disipa la moñina y la tristeza. A cada paso hace mención, acompañándola del honor debido como descollados en este arte, de Macaón, Peón, Quirón y Podalirio, fingiendo que con ella subvinieron no solo a los héroes, sino también a lo dioses. Insinúa asimismo que los príncipes, por más arriba que estén, tienen necesidad de los médicos y que está en manos

de los médicos la vida de quienes parecen tener derecho de vida y de muerte sobre todos los demás mortales. Y qué más, si el mismo poeta en libro undécimo de su *Ilíada*, ennobleció la profesión de este Arte con un elogio hermosísimo con estas palabras: «Mas se debe preciar a un médico que a muchos de los restantes hombres». En otro pasaje notable demuestra el alto concepto en que al médico tiene, llegando a decir que es instruido en todo. Con esto no hizo más que publicar en voz alta una perfecta realidad. Este Arte no se ciñe a una que otra disciplina, sino que requiere conocimientos enciclopédicos, y además de un criterio firme, una muy rica experiencia. Léese que Pitágoras de Samo, a quien la antigüedad atribuía una suerte de divinidad, dejó escrito un noble volumen sobre la naturaleza de las hierbas. Y dejando a un lado a Platón, Aristóteles, Teofrasto, Crisipo, Catón el Censor y Varrón, que pusieron decidido empeño en mezclar este Arte en sus estudios o en sus negocios, débese saber que a Mitrídates, rey del Ponto, no le dieron tanta celebridad la opulencia deslumbrante de su reino ni el prodigio de su poliglottismo, que abarcaba veintiuna lenguas, como su pericia en el Arte de la medicina, puesto que, como afirma Plinio, dejó unos comentarios acerca de ella e hizo hallazgos felices y estudió sus efectos secretos. A él, aún hoy en día, se le celebra como el inventor de la triaca... Pero por si acaso hay algunos que prefieran medir el valor de las cosas por la utilidad y el lucro (aun cuando el Arte de la medicina está demasiada alta para que se le deba estimar por estas razones), ni aun bajo este concepto cede la palma a cualquiera de las artes. Jamás otra ninguna reportó tamaños provechos ni fue más activa para amasar de golpe una fortuna. Léese que Erasístrato, de quien hice memoria más arriba, del rey Ptolomeo y Cristóbulo de Alejandro Magno, fueron galardonados con cantidades fabulosas que a duras penas se creerían hoy. Si bien se debe declarar que a fin de cuentas no hay premio que

parezca excesivo pagado al que salvó la vida a aquel monarca, por quien tantos miles de hombres peleaban. ¿Por qué ahora he de mentar a los Casios, Carpitanos, Aruncios, Albucios, quienes en Roma, según referencias de Plinio, así de manos del príncipe como de los bolsillos del pueblo, cobraron pagas fantásticas? Pero ¿por qué he de retroceder a épocas tan antiguas, cuanto en estos tiempos nuestros no se le ocurran a cada uno los nombres de muchos a quienes esta profesión elevó a par de la fortuna de Crespo? La retórica y la poética no dan de comer sino al que descolló. El músico, si no sobresale, pasa hambre. Flacos son los ingresos del jurisconsulto si no es una eminencia. La Medicina sola mantiene y defiende al que la ejerce, sea cual fuere su saber. Disciplinas sin cuento, infinitos conocimientos integran el Arte médica, y, no obstante, con mucha frecuencia, uno que otro remedio proporciona el sustento a un idiota. ¡Cuán lejos anda esta profesión de que se la pueda tachar de improductiva y condenarla por estéril!

[...] Empero, como sea tanta, varones ilustrísimos, la riqueza y fertilidad de esta materia, que es extraordinariamente difícil darle fin, dejando de cumplir la promesa que os hice al principio, creo ya llegado el momento de recoger en brevísima suma todas sus excelencias. Y, en efecto, si son muchísimas las cosas que recomienda su sola antigüedad, es de saber que la necesidad halló esta Arte primero que todas las restantes y fue la más madrugadora. Si son sus autores los que ilustran una ciencia, en todos los tiempos su invención fue atribuida a los dioses. Si el honor confiere alguna autoridad, no hubo ninguna otra que por doquier y por tan largo tiempo mereciera honores divinos. Si es mucho el aprecio que se hace de aquello que consagró la aprobación de personajes de muchísima cuenta, esta Arte no solamente deleitó, sino que también ilustro a los primates y a los reyes más encumbrados. Si las cosas que son difíciles son también hermosas, no existe otra que

requiera tanto trabajo, puesto que la constituyen tantas disciplinas, tantas investigaciones y tanta experiencia. Si medimos la estimación de una cosa por su dignidad, ¿qué más excelente que aproximarse de cerca a la benignidad de Dios? Si la medimos por la facultad, ¿qué hay que tenga más poder y eficacia que a un hombre condenado a muerte cierta restituirle a sí mismo? Si por la necesidad la graduamos, ¿qué cosa hay más necesaria que aquella sin la cual no podemos vivir, ni siquiera nacer? Si por la virtud, ¿qué más glorioso que salvar al género humano? Si por la utilidad, ninguna otra arte tiene mayor uso ni más amplia esfera de acción. Si por el fruto, forzosamente esta debe ser la más fructuosa, ¡oh, ingratísimos mortales! Felicitoos, pues, con entusiasmo, varones eximios a quienes cupo la suerte de descollar en esta lucida profesión. Y a vosotros, jóvenes óptimos, yo os exhorto a que la abracéis con todo el calor de vuestro pecho, que a ella os entreguéis con todas vuestras fuerzas; ella os deparará honra, gloria, autoridad, riquezas, y, en feliz trueque, vosotros, por su medianería, estáis llamados a prestar a los amigos, a la patria y aun al linaje humano, servicios relevantes.

He dicho

Fray Antonio de Guevara
*Letra para el doctor Melgar,
médico, en el cual se toca
por muy alto estilo el daño y
provecho que hacen los médicos*

(Madrid, 1525)

MUY REVERENDO DOCTOR y cesáreo médico.
Recibí una carta vuestra la receta que dentro de ella venía, y si hablé o no hablé al presidente en vuestro caso, lo veréis por el despacho, y por lo que os dirá vuestro mozo, de manera que vos lo habéis hecho conmigo como médico, y yo con vos como amigo. ¿Cuál de nosotros lo haya hecho mejor, es a saber: vos en me curar o yo en os despachar?, véanlo los hombres buenos, pues yo me quedo con mi gota y vos os lleváis buena libranza. Yo, señor, mandé buscar aquellas yerbas y sacar aquellas raíces, y al tono de vuestro arancel las saqué, y las molí y aun las bebí, y mejor salud dé Dios a vuestra ánima que ellas aprovecharon cosa alguna a mi gota; porque me escalentaron el hígado y resfriaron el estómago. Yo os quiero confesar que como en este mi mal no sólo no acertaste, mas aún me dañaste, cada vez que con la frialdad de mi estómago comienzo a regoldar, luego digo que nunca medre el doctor Melgar. Pues mi mal no está de la cinta arriba, sino de la espinita abajo, y yo no pedía que me pergáseis los humores, sino que

me quitáseis los dolores, y yo no sé por qué castigaste mi estómago, teniendo la culpa el tobillo. Al doctor Soto hablé, aquí en Toledo, acerca de una ciática que me dió en un muslo, y mandóme dar dos botones de fuego en las orejas, y el provecho que sentí fue dar a toda la corte que reír, a mis orejas que sufrir. Hablé también en Alcalá con el doctor Cartagena, y él ordenóme una receta en que de boñigas de buey, de fresa de ratón, y de harina de avena, y de hojas de ortigas, y de cabezas de rosas, y de alacranes fritos, hiciese un emplasto y le pusiese en el muslo, y el provecho que de él saqué fué que no me dejó dormir tres noches, y pagué al boticario que le hizo seis reales. Ahora digo que reniego de los consejos del Conciliador, de los aforismos de Hipócrates, de los fines de Avicena, de los casos de Ficino, de los compuestos de Rasis y aun de los cánones de Herófilo, si en sus escritos y por ellos se halla aquel maldito emplasto, el cual, como no me dejase dormir, y menos reposar, no solo le quité, mas aun le enterré, porque por una parte me hedía y por otra me quemaba.

Acuérdome que en Burgos, año de xxi, me curó el doctor Soto de unas fiebres erráticas, y hízome pacer tanto apio, y tomar tanto ordeate, y beber tanta agua de endivia, que caí en un hastío tan grande, que no solo no podía comer mas aun ni lo oler. No pocos años después fuí a ver al mismo doctor Soto, que estaba en Tordesillas malo, y le vi comer una naranja, y beber una copa de vino blanco y oloroso al tiempo que le dejó el frío y le comenzó la calentura, de lo cual como yo me maravillase y casi escandalizase, le dije medio riendo: «Decidme, señor doctor, ¿en qué ley cabe, ni qué justicia lo sufre, que curéis vos con vino de San Martín a vuestra calentura, y por otra curéis con boñigas de bueyes a mi ciática?». A esto me respondió él con muy buena gracia: «Ha de saber vuestra merced, señor Guevara, que nuestro maestro Hipócrates mandó a todos los médicos sus sucesores que, so pena de su maldición,

curásemos a nosotros con agua de *fumus* cepa, y a nuestros enfermos con agua destilada». Aunque el doctor Soto me dijo esto de burla, creído tengo yo que pasa ello así de veras, porque vos, señor doctor, me dijiste una vez en Madrid que en todos los días de vuestra vida tomaste purga compuesta, ni probaste a qué sabía el agua destilada. No hay arte en el mundo que me haga perder los estribos, o por mejor decir los sentidos, como es la manera con que curan los médicos, porque los vemos codiciosos de curar y enemigos de ser curados. Y porque me escribís, señor doctor, y aun me juráis y conjuráis, por el siglo de don Beltrán, mi padre, que os escriba qué es lo que siento de la *Medicina*, y qué es lo que he leído de los inventores y nacimiento de ella, yo haré lo que me rogáis, aunque no lo que otros querrían, porque es materia con que holgarán los médicos sabios y darán a vos y a mí al demonio los médicos necios.

De los antiquísimos inventores de la medicina.— Si Plinio no nos engaña, en ninguna arte de todas las siete artes liberales se trató menos verdad, y hubo más mutabilidad, que fué en el Arte de medicina, porque no hubo reino, gente ni nación notable en el mundo a do no fuese recibida, y después de recibida que no fuese alanzada. Si como es medicina fuera persona, inmensos fueran los trabajos que nos contara que había padecido, y muchos, y aun muy muchos, los reinos que había andado y las provincias en que había peregrinado, no porque todos no holgaban de ser curados, sino porque tenían a los médicos por sospechosos. El primero que en los griegos halló el Arte de curar fué el filósofo Apolo y su hijo Esculapio, el cual, por ser tan ilustre en la Medicina, concurrían a él como a un oráculo de toda la Grecia. Fue, pues, el caso que como este Esculapio fuese mozo, y por desastre le matase un rayo, como no dejase ningún discípulo que supiese sus secretos, ni hiciese sus remedios,

juntamente murieron el maestro que curaba y pereció el Arte de curar. Cuatrocientos y cuarenta años estuvo el Arte de la medicina perdida, en manera que no se hallaba hombre en todo el mundo que públicamente curase, ni médico le llamase, porque tantos años corrieron desde que murió Esculapio hasta que nació Artajerjes el segundo, en cuyo tiempo nació Hipócrates, Estrabón y Diodoro, y aun Plinio hace mención de una mujer greciana que en aquellos antiquísimos tiempos floreció en el Arte de medicina; de la cual cuentan cosas tan monstruosas y insólitas que a mi parecer son todas o las más de ellas ficticias o hablillas, porque a ser verdad, más parecía resucitar los muertos que no curar los enfermos. En aquel tiempo se levantó en la provincia de Acaya otra mujer médica, la cual comenzó a curar con ensalmos o palabras, sin aplicar ninguna medicina simple ni compuesta, lo cual, como fuese sabido en Atenas, fue condenada por decreto del Senado a apedrear, diciendo que los dioses y naturaleza no habían puesto el remedio de las enfermedades en las palabras, sino en las yerbas y piedras. En los tiempos que no había médicos en Asia, tenían en costumbre los griegos que cuando alguno hacía alguna experiencia de Medicina y sanaba con ella, era obligado de escribirla en una tabla y colgarla en el templo de Diana, que estaba en Éfeso, para que en semejante caso usase el que quisiese de aquel remedio. Trogo y Laercio, y aun Lactancio, dicen que la causa porque los griegos se sustentaron tantos tiempos sin médico fue porque cogían en mayo yerbas odoríferas, que tenían en sus casas, y porque se sangraban una vez en el año, y porque se bañaban una vez en el mes, y porque no comían más de una vez al día. Conforme a esto, dice Plutarco que preguntado Platón por los filósofos de Atenas si había visto alguna cosa notable en Tinacria, que ahora se llama Sicilia, respondió: «*Vidi monstrum in natura, hominem bis saturum in die*»; que quiere decir: «Vi a un hombre monstruo en naturaleza, el cual se hartaba dos veces al día». Lo cual él

decía por Dionisio el Tirano, el cual fue el primero que inventó comer a mediodía, y después cenar a la noche, porque en los antiguos siglos usaban cenar, mas no comer. Curiosamente lo hemos mirado, y en mucha variedad de libros lo hemos buscado, y lo que en este caso hallamos es que todas las naciones del mundo comían a la noche, y solo los hebreos a mediodía. Prosiguiendo, pues, nuestro intento, es de saber que el templo más estimado de toda la Asia era el Templo de Diana, lo uno por ser muy superbo en edificios, lo otro por ser servido de muchos sacerdotes, y lo más principal por estar allí colgadas las tablas de las medicinas con que se curaban los enfermos. Estrabón, *De situ orbis*, dice que once años después de la guerra Pelopenense nació el gran filósofo Hipócrates, en una isla pequeña, que se llamaba Cos, en la cual también nacieron los muy ilustres varones Licurgo y Brias, capitán que fue de los atenienses, y el otro, príncipe de los lacedemonios. De este Hipócrates se escribe que fue pequeño de cuerpo, algo bizco, la cabeza grande, hablaba poco, laborioso en el estudio y sobre todo de muy alto y delicado juicio. Desde los catorce años hasta los treinta y cinco se estuvo Hipócrates en las academias de Atenas estudiando, filosofando, leyendo; y dado caso que en su edad florecían muchos filósofos, él era el más nombrado y estimado de todos. Después que Hipócrates salió de los estudios de Atenas, anduvo peregrinando por diversos reinos y provincias, inquirendo y pesquisando de todos los hombres y mujeres qué es lo que sabían de las propiedades y virtudes de las yerbas y plantas, y qué experiencias habían visto de ellas, lo cual todo lo escribía y encomendaba a su memoria. Buscó también Hipócrates con grandísima diligencia si había algunos libros escritos en Medicina por otros filósofos antiguos, y dicese que halló algunos libros escritos, en los cuales escribían sus autores, no medicina que se hiciese, sino las que ellos habían visto hacer.

De los reinos y provincias por do anduvo desterrada la Medicina.—

Once años continuos anduvo en este trabajo y peregrinación Hipócrates, después de los cuales se retrajo al templo de Diana, que estaba en Éfeso y allí trasladó todas las tablas de medicinas y experiencias que allí estaban desde grandes tiempos colgadas, y puso en orden, lo que estaba confuso, y añadió muchas cosas que él había hallado, y otras que había experimentado. Este filósofo Hipócrates es el príncipe de todos los médicos que fueron en el mundo: lo uno, porque él fue el primero que tomó la pluma para escribir y poner en orden la Medicina; lo otro, porque se lee de él que jamás erró en pronóstico que dijese, ni enfermedad que curase. Aconsejaba Hipócrates a los médicos que no curasen al enfermo desordenado, y a los enfermos aconsejaba que no se curasen con físico mal afortunado, porque según él decía, no se puede errar la cura a do el enfermo es bien regido y el médico es bien afortunado. Muerto el filósofo Hipócrates, como sus discípulos comenzasen a curar, o por mejor decir a matar a mucha gente enferma de Grecia, por causa que era muy nueva la ciencia y muy menor la experiencia, fueles mandado por el Senado de Atenas, no solo que no curasen, mas aun que de toda la Grecia se saliesen. Después que los discípulos de Hipócrates fueron alanzados de Grecia, estuvo el arte de Medicina desterrada y olvidada ciento y sesenta años, la cual ninguno osaba aprender, ni menos enseñar, porque tenían en tanta reputación los griegos a su Hipócrates, que afirmaban haber la Medicina con él nacido y con él haberse muerto. Pasados aquellos ciento y sesenta años, nació otro filósofo y médico llamado Crisipo, en el reino de los sicionios, el cual fué tan esclarecido entre los argivos, cuanto lo había sido Hipócrates entre los atenienses. Este filósofo Crisipo, aunque fue muy docto en la Medicina, y muy afortunado en las experiencias de ella, fue, por otra parte, muy opinativo, y de juicio muy remontado, porque

en todo el tiempo que vivió y leyó, y en todos los libros que escribió, no fue otro su fin sino de impugnar a Hipócrates en todo lo que dijo y probar ser verdad solo lo que él decía, por manera, que él fue el primer médico que sacó la Medicina de razón y la puso en opinión. Muerto el filósofo Crisipo, hubo muy grande alteración entre los griegos, sobre cuál de las dos doctrinas seguirían, es a saber, la de Hipócrates o la de Crisipo; y al fin fue determinado que ni la una se siguiese ni la otra se admitiese, porque decían ellos que la vida y honra no se había de poner en disputa. Bien estuvieron los griegos otros cien años sin tener médicos, hasta que se levantó el filósofo Erasístrato. nieto que fue del gran filósofo Aristóteles, el cual residió en el reino de Macedonia, y allí levantó y resucitó otra vez de nuevo la Medicina, y eso no tanto porque fue mas docto que sus pasados, sino porque fue más afortunado que todos. Este Erasístrato comenzó a cobrar fama por causa que curó de una enfermedad del pulmón al rey Antíoco el primero, en albricias de lo cual le dio el príncipe, su hijo, que se llamaba Ptolomeo, mil talentos de plata y una copa de oro, por manera que ganó la honra en toda Asia y riqueza para su casa. Este filósofo Erasístrato fue el que mas infamó la Medicina, por causa que él fue el primero que puso la Medicina en precio y que comenzó a curar por dinero; porque hasta su tiempo todos los médicos curaban unos por amistad y otros por caridad. Muerto el médico Erasístrato, sucedieronle unos discípulos suyos mas codiciosos que sabios, los cuales, como se diesen mejor maña en el robar las bolsas que en el curar las enfermedades, fueles prohibido en el Senado de Atenas que ni osasen leer la Medicina, ni menos curar a alguna persona.

De otros trabajos que pasó la Medicina.— Otros cien años estuvo en Asia olvidada la Medicina, hasta que la resucitó el filósofo Euperices, en el reino de Trinacria; mas como él y otro médico altercasen sobre

curar al rey Crisipo, que a la sazón reinaba en aquella isla, fue por todos los del reino determinado que curasen solamente con medicinas simples, y que no fuesen osados de mezclar unas con otras. Grandes tiempos estuvo el reino de Sicilia, y aun la mayor parte de Asia, sin saber qué cosa era el Arte de la medicina, hasta que en la isla de Rodas remaneció un gran médico y filósofo llamado Herófilo, varón que fue en su siglo asaz docto en la Medicina y muy instruido en la Astrología. Muchos dicen que este Herófilo fue maestro de Ptolomeo, y otros dicen que no fue sino su discípulo; y sea lo que fuere, que él dejó en Astrología escritos muchos libros y doctrinados bastantes discípulos. Este Herófilo tuvo por opinión que el pulso del enfermo no se había de tomar en el brazo, sino en las sienes, diciendo que allí nunca faltaba y que en las muñecas algunas veces se escondía. Fue de tanta autoridad este médico Herófilo entre sus rodos, que sustentaron esta opinión de tomar el pulso en las sienes, todo el tiempo que él vivió, y aun sus discípulos, los cuales todos muertos, la opinión se acabó, aunque él no se olvidó. Muerto Herófilo, nunca los rodos se quisieron más curar ni en su tierra otro médico admitir; lo uno, por no ofender la autoridad de su filósofo Herófilo, y lo otro, porque naturalmente eran enemigos de gentes extrañas, y aun no amigos de nuevas opiniones. Después que esto pasó, bien estuvo adormecida la Medicina otros ochenta años, así en Asia como en Europa, hasta que nació el gran filósofo y médico Asclepiades, en la isla Metilena, varón asaz docto en el saber y muy extremado en el curar. Este Asclepiades tuvo por opinión que el pulso no se había de buscar en el brazo, como ahora se busca, sino en las sienes, o en las narices, y esta opinión no fue tan apartada de la razón que muchos tiempos después de él no se aprovecharon de ellas los médicos de Roma y aun de Asia. En todos estos tiempos no se lee haber nacido ni venido médico

ninguno a toda Italia, ni tampoco a Roma, porque los romanos fueron los postreros de todo el mundo que recibieron relojes, truhanes, barberos y médicos. Cuatrocientos años y cuarenta y seis meses se pasó la gran ciudad de Roma sin que entrase en ella médico ni cirujano, y el primero que se lee haber venido a ella fue uno que se llamó Antonio Musa, de nación griego y en oficio médico. La causa de su venida fue una enfermedad de ciática que tuvo el emperador Augusto en un muslo, al cual, como Antonio Musa le curase y del todo le librase, en remuneración de tan gran beneficio hiciéronle los romanos una estatua de pórfido en el campo Marcio, y más y allende estos que gozase de ser ciudadano romano. Inmensas riquezas habían allegado, y renombre de gran filósofo había alcanzado Antonio Musa, si con aquella se quisiera contentar, y el Arte de su Medicina no exceder. Fue, pues, el caso de su triste hado que, como se diese a curar de Cirugía, así como de Medicina, y en aquella arte sea algunas veces necesario cortar pies o dedos, romper carnes podridas o dar botones de fuego, los romanos, que no estaban avezados a semejantes crueldades ver, ni tan enormes dolores sufrir, en un día y en una hora apedrearón a Antonio Musa, y le arrastraron por toda Roma. Desde que en Roma apedrearón al sin ventura de Antonio Musa no consintieron haber más médico, ni aun cirujano, en toda Italia, hasta en tiempo del malvado Nerón, el emperador; el cual, a la vuelta que volvió de Grecia, trajo a Roma muchos médicos, y aun muchos vicios. En los tiempos que imperaron el emperador Galba, Otón y Vitelio, floreció mucho la Medicina, y triunfaron mucho los médicos en Roma; mas después de aquellos príncipes muertos, mandó el buen emperador Tito alanzar de Roma a los oradores y a los médicos. Preguntado el emperador Tito que por qué los desterraba, pues los unos abogaban en los pleitos, y los otros curaban los enfermos, respondió: «Destierro a los oradores como a destruidores de las cos-

tumbres, y también a los médicos, como a enemigos de la salud». Y dijo más: «También destierro a los médicos por quitar las ocasiones a los hombres viciosos; pues vemos por experiencia que en las ciudades a do residen muchos médicos siempre hay abundancia de vicios» De una carta que escribieron desde Grecia, para que se guardasen de los médicos que iban a Roma. El gran Catón Uticense fue muy grande émulo de todos los médicos del mundo, en especial para que no entrasen en el Imperio romano, el cual desde Asia escribió una carta a su hijo Marcello, que estaba en Roma, en esta manera: «En ti y en mí se conoce claro ser mayor el amor que tiene el padre al hijo, que no el hijo al padre, pues tú te olvidas aun de escribir, y yo no me descuido de escribirte, ni aun de tus necesidades proveer. Si no me quisieres escribir como a padre, escríbeme como a un amigo, cuanto más que lo debes a mis canas, y aun a mis buenas obras. En lo demás, hijo mío Marcello, ya sabes cómo yo he estado aquí en Asia cónsul cinco continuos años, de los cuales el más tiempo he residido aquí, en la ciudad de Atenas, a do toda la Grecia tiene sus notables estudios, y sus muy esclarecidos filósofos. Y si quieres saber lo que me parece de estos griegos, es que hablan mucho y obran poco, llaman a todos bárbaros y a sí solos filósofos, y lo peor de todo es que son amigos de dar a todos consejo y enemigos de tomarlo. Las injurias saben disimularlas, mas nunca perdonar. Son muy constantes en el aborrecer, y muy mudables en el amar. Son muy tenaces en el dar, y muy codiciosos de allegar. Finalmente, hijo Marcello, te digo que de su propio natural son superbos en el mandar, y indómitos en el servir. He aquí, pues, lo que en Grecia leen los filósofos, y lo que aprenden los populares, y si te escribo esto es para que no tomes trabajo de venir a Grecia, ni te pase por pensamiento de dejar Italia, pues sabes tú y lo sé yo que la gravedad de nuestra madre Roma ni puede sufrir mocedades, ni aun admite novedades. El día que los

padres de nuestro sacro Senado permitieren que entren en Roma las artes y letras de Grecia, desde aquel día da por perdida a toda nuestra república, porque los romanos préciáanse de bien vivir, y los griegos no sino de bien hablar. En estos reinos y ciudades a do las academias están bien corregidas y por otra parte están las repúblicas mal gobernadas, dado caso que las veamos florecer, muy en breve las veremos acabar, porque no hay en el mundo cosa que con verdad se puede llamar perpetua, sino la que sobre verdad y virtud está fundada. Aunque todas las artes de Grecia sean sospechosas, perniciosas y escandalosas, te he de decir, hijo Marcello, que para la república de nuestra madre Roma es la peor de todas la Medicina, porque han jurado todos estos griegos de enviar a matar con médicos a los que no han podido vencer con armas. Cada día veo aquí a estos filósofos médicos tener entre sí grandes altercaciones acerca del curar las enfermedades, y el aplicar de unas a otras medicinas, y lo que más de espantar es, que haciéndose lo que el un médico manda y el otro aconseja, vemos al enfermo padecer, y aun a las veces morir, por manera que, si altercan entre sí, es no sobre cómo le curarán, sino con qué medicina le matarán. Avisarás, hijo Marcello, a los padres del Senado que, si aportaren por allá seis filósofos médicos que se han partido de acá de Grecia, no les dejen leer Medicina, ni curar la república, porque es un Arte esta de Medicina tan peligrosa de ejercitar y tan delicada de saber, que son muchos los que la aprenden y muy poquitos los que la saben».

De siete notables provechos que hacen los buenos médicos. — He aquí, señor doctor, declarado el origen de vuestra Medicina, y de cómo fue hallada, y de cómo fue recopilada, y de cómo fue perdida, y de cómo fue desterrada, y de cómo fue recibida, y aun de cómo anduvo la triste peregrinando de república en república. Pedísme por vuestra carta,

señor doctor, que os escriba, no solo lo que de la Medicina he leído, mas aun lo que de ella siento, lo cual quiero hacer por haceros placer, y aun porque se vea de cuánta utilidad son los buenos médicos, y cuán dañosos son los malos.

¶ *De loar es la Medicina*, pues el Hacedor de todas las cosas la crió para el remedio de sus criaturas, poniendo virtud en las aguas, en las plantas, en las yerbas, en las piedras y aun en las palabras, para que con todas estas cosas los hombres se curasen y con la salud le sirviesen. Mucho se sirve Dios con la paciencia que tienen los enfermos, mas mucho más se sirve con la paciencia y caridad y hospitalidad en que se ejercitan los sanos. Cosa es religiosa y aun necesaria procurar la salud corporal, aun para servir a Dios, porque el enfermo, si tiene los deseos buenos, tiene las obras flacas; mas el que está sano y es virtuoso, tiene los deseos buenos y las obras buenas.

¶ *De loar es la Medicina*, cuando ella está en manos de un médico que es docto, es grave, es prudente, es atinado y experimentado; porque el tal médico, con la ciencia conocerá fray antonio de guevara la enfermedad, con la cordura buscará la medicina y con la mucha experiencia sabrá aplicarla. De loar es la Medicina cuando el médico no usa de ella sino en enfermedades agudas y muy peligrosas: es a saber, en un dolor de costado, en una esquinencia, en una nacida, en una fiebre aguda o en una modorra, porque en tan atroces casos, y tan peligrosos peligros, todas las cosas por la salud se deben probar, y en todo y por todo el buen médico se debe creer.

¶ *De loar es la Medicina*, cuando es tan cuerdo el médico, que a un pujamiento de sangre cura lavándole; a un dolor de jaqueca, con un sahu-

merio; a un dolor de estómago, con un saquito; a un escalentamiento de hígado, con una unción; a un escocimiento de ojos, con agua fría; a una repleción de vientre, con una medicina, y a una calentura simple, con buena dieta.

¶ *De loar es la Medicina*, cuando yo viere que el médico que a mí me cura se aprovecha más de las medicinas simples que crió naturaleza, que no de las compuestas que inventó Hipócrates; de manera que pudiéndome curar con agua clara, no me hace beber de agua de endivia.

¶ *De loar es la Medicina*, cuando es tan cuerdo el médico, que en una simple calentura no solo espera hasta que pase la quinta terciana, mas aun después mira la orina si está sanguinolenta; tienta el bazo si está opilado; reconoce el pulmón si está dañado; mira la lengua si está encostrada, y abre los ojos si están cargados, por manera que nunca para la botica receta hasta que la enfermedad está bien conocida.

¶ *De loar es la Medicina*, cuando el médico que viere al enfermo estar en mucho peligro, y de sospechosa enfermedad herido, huelga que con él llamen a otro, y aun a otro, si quisiere el paciente, con tal condición que todos juntos se ocupen en encomio del arte de la medicina estudiar, y no que se paren a hablar, y se asan a porfiar. El médico que con estas condiciones quisiere curar, seguramente le podemos llamar, y podemos de él confiar, y aun de nuestras bolsas pagar, porque todo el bien de la Medicina consiste en tener habilidad para conocerla y experiencia para aplicarla.

De nueve daños muy perniciosos que hacen los malos médicos.— Quéjome a vos, señor doctor, de muchos médicos torpes, idiotas, atrevidos y

inexpertos, los cuales, con haber oído un poco de Avicena, o haber residido en Guadalupe, o haber sido criado del doctor de la Reina, se van a la Universidad de Mérida, o con un rescrito de Roma se gradúan de bachilleres, licenciados y doctores, de los cuales se puede con verdad decir el proverbio que dice: «Médicos de Valencia, haldas largas y poca ciencia».

¶ **Quéjome a vos, señor doctor**, de muchos médicos comunes y inexpertos, los cuales, si toman entre manos algunas enfermedades graves, peregrinas y peligrosas, después que al triste enfermo le han jaropado, purgado, sangrado y untado, no saben otro remedio que le aplicar, ni otra experiencia que le hacer, si no es mandarle que sobre cena tome culantro preparado, y a las mañanas ordeate serenado.

¶ **Quéjome a vos, señor doctor**, de muchos médicos mozos y inconsiderados, los cuales contra unas calenturas que son simples, ordinarias, comunes, no furiosas, ni peligrosas, tan largamente recetan luego en la botica, como si fuese contra una pestilencia inguinaria, por manera que le sería menos daño al triste enfermo sufrir el mal que tiene, que no esperar el remedio que le dan.

¶ **Quéjome a vos, señor doctor**, de muchos compañeros, y aun discípulos vuestros, los cuales contra un estómago ahíto, contra una cólera alterada, o contra una acedía ordinaria, contra una calentura efímera, lo cual todo podrían atajar y remediar con una medicina común, o con tres días de dieta, o con beber el agua azucarada, o con tomar un poco de miel rosada, no contentos con esto, mandan al pobre paciente que le echen unas ventosas, le unten el hígado, le pongan unos saquitos, tome zumo de verbena, y aun le den en la nariz una sangría, por manera que en lugar de le curar, se ponen a martirizarle.

¶ Quéjome a vos, señor doctor, de muchos compañeros vuestros que presumen de doctores, y a la verdad no son necios, los cuales nunca nos curan con beneficios simples, ni nos aplican medicinas benedictas, llanas y no furiosas, sino que, por darnos a entender que saben lo que otros no saben, recetan cosas tan peregrinas y inusitadas, que al presente son muy difíciles de hallar y después muy dificultosas de tomar.

¶ Quéjome a vos, señor doctor, de muchos criados vuestros, bachilleres bozales, en que teniendo, como tienen, todas las enfermedades días críticos, y vayan haciendo de día en día sus cursos, no curan ellos de mirar, ni menos contar, el día que el mal comenzó, y la hora que el parajismo primero le tomó, para ver si la enfermedad va todavía en cremento, o está ya en disminución, porque aplicar la medicina en una hora o en otra, no te va más al enfermo de la vida.

¶ Quéjome a vos, señor doctor, de que generalmente todos los que sois médicos os queréis mal unos a otros, siendo diferentes en las condiciones, y contrarios en las opiniones lo cual parece claro en que unos siguen a Hipócrates, otros a Avicena, otros a Galeno, otros a Rasis, otros al Conciliador, otros a Ficino, y aun otros a ninguno, sino a su parecer propio; y lo que en esto más de lastimar es, que todo este daño no cae sino sobre el triste del enfermo, porque el tiempo que le habíais de curar, os ponéis a disputar.

¶ Quéjome a vos, señor doctor, de muchos médicos que son mozos en la edad, nuevos en el oficio, rudos en el juicio, y aun asentados en el seso, los cuales, cualquier experiencia que hayan visto, leído u oído, por más que sea dificultosa de hacer y peligrosa de tomar, luego man-

dan que se haga, aunque la enfermedad no lo requiera, de lo cual resulta muchas veces que una experiencia loca cuesta a un enfermo la vida.

¶ *Quéjome a vos, y aun de vos*, señor doctor, que generalmente todos los médicos recetáis lo que nos mandáis dar en latín cerrado, en cifras de jeringonza, en vocablos inusitados y en unas recetas muy largas, lo cual yo no sé por qué ni para qué lo hacéis, porque si es malo lo que mandáis, no lo debíais de mandar; y, si es bueno, dejárnoslo entender, pues nosotros, y no vosotros, somos los que lo hemos de tomar, y aun al boticario pagar.

Qué es lo que siente el autor de la medicina.— He aquí, señor doctor, tocados delicadamente los provechos que los buenos médicos hacen y los muchos años que los malos médicos cometen, y para deciros, señor la verdad, tengo para mí creído que aunque mis quejas son muchas, todavía son vuestros agravios mayores, pues a costa de nuestra vida ganáis para vosotros gran fama, y aun mejoráis vuestra hacienda. Con el señorío del médico no se puede igualar ningún otro señorío, pues a la hora que entran por nuestras puertas, no solo confiamos de ellos las personas, mas aun partirnos con ellos las haciendas, de manera que si el barbero nos saca tres onzas de la vena de la cabeza, ellos nos sacan diez de la vena del arca. Después de dar limosna, no hay cosa tan bien empleada como la que se da al médico que acertó en una cura; y, por el contrario, no hay cosa en el mundo tan mal gastada como la que lleva el médico que erró la cura, el cual merecía, no solo no ser pagado, mas aun por ello ser muy bien castigado. Ley fue muy usada, y aun mucho tiempo guardada entre los godos, que el enfermo y el médico hiciesen entre sí su concierto, el uno de sanarle, y el otro de pagarle, y si por caso no le sanaba, habiéndose obligado a sanarle, mandaba en tal caso

la ley que el médico perdiese el trabajo de su cura, y aun pagase las medicinas en la botica. Yo os prometo, señor doctor, que si esta ley de los godos se guardase en estos tiempos, que vos y vuestros compañeros os dieseis más a estudiar, y os atentáseis mejor en lo que habíais de hacer; mas como sois tan bien pagados, que sane el enfermo, o que no sane, si acertáis, atribuíis a vosotros la gloria, y si no acertáis, echáis al pobre enfermo la culpa. Parece esto muy claro, en que decís que el enfermo es un glotón, bebe mucha agua, come mucha fruta, duerme entre día, no toma lo que le mandan, sálese a pasear fuera, y no guarda el sudor de la calentura; por manera, que al triste enfermo, de que no le pueden curar, acordaron de infamarle. Mucho me cae en gracia lo que dice vuestro Hipócrates, y es que no vale nada el médico si de su cosecha no es bien afortunado; de lo cual podemos inferir que depende toda nuestra vida, no de las medicinas que nos aplicáis, sino de la fortuna buena o mala que los médicos tenéis. Poca confianza debería de tener de la Medicina el que osó decir esta sentencia, porque si nos arrimamos a esta regla de Hipócrates, hemos de huir del médico sabio y mal afortunado, e irnos a curar con el que es simple y dichoso.

Año de dieciocho, estando yo en Osornillo, que es cabe vuestro lugar, viniéndome allí vos a ver, me dijiste que mirase lo que hacía, porque habíais muerto a don Ladrón, mi tío, y a don Beltrán, mi padre, y a don Diego, mi primo, y a doña Inés, mi hermana, y que si yo quería entrar en aquella cofradía, antes os encargaríais de matarme, que no de me curar. Aunque vos, señor doctor, me lo dijisteis burlando, ello pasó así de veras, a cuya causa, desde que aquello os oí y aquella regla de Hipócrates leí, determiné en mi corazón de nunca más daros el pulso, ni fiar mi salud de vuestro consejo, porque en mi linaje de Guevara no es bien afortunada vuestra Medicina. A muy ilustres médicos he visto hacer muy ilustrescuras, y a muy necios médicos he visto muy grandes

necesidades; y digo esto, señor doctor, porque en manos del molinero no perdemos sino la harina; en las del albéitar, la mula; en lo del letrado, la hacienda, en las del sastre, la ropa, mas en las del médico perdemos la vida. ¡Oh, cuánta necesidad ha de tener, y cuánto primero lo ha de mirar el que ha de tomar por la boca una purga, y ha de consentir que en su brazo den una lancetada, porque muchas veces acontece que daría el enfermo cuanto tiene por tener la purga fuera, o por tornar la sangre al brazo. No hay en el mundo hombres más sanos que los que son bien regidos y no curan de andarse tras médicos, porque nuestra naturaleza quiere ella ser bien regida y muy poco medicada. El emperador Aureliano murió de sesenta y seis años, en los cuales todos jamás se purgó, ni se sangró, ni medicó, sino que cada año entraba en el baño, cada mes hacía un vómito, cada semana dejaba de comer un día y cada día se paseaba una hora. El emperador Adriano, como en su mocedad fuese voraz en el comer y desordenado en el beber, vino en la vejez a ser muy enfermo de la gota y mal sano de la cabeza, por cuya ocasión andaba cargado de médicos y experimentando muchas medicinas. Si alguno quisiere saber el provecho que las medicinas le hicieron y los remedios que los médicos le hallaron, se podrá conocer en que a la hora que falleció mandó poner estas palabras en su sepulcro: «*Perii turba medicorum*», como si más claro dijera: «No me habiendo podido matar mis enemigos, vine a morir a manos de médicos». Del emperador Galieno cuentan una cosa digna, por cierto, de saber y graciosa de oír, y es que estando aquel príncipe malo, y muy malo, de una ciática, como un gran médico le curase, y mil experiencias en él hiciese sin aprovecharle cosa, llamóle un día el emperador y díjole: «Toma, Fabato, dos mil sestercios, y has de saber que si te los doy no es porque me curaste, sino porque nunca más me cures». ¡Oh, a cuántos y cuántos médicos podríamos hoy decir lo que dijo el emperador Galieno a su médico

Fabato, los cuales, si no se llaman Fabatos, los podríamos llamar con razón “bobatos”, porque ni conocen el humor de que la enfermedad peca, ni aplicar la medicina necesaria. ¡Así, Dios a mí me salve! Señor doctor, tengo para mí creído que nos sería más sano consejo pagar de vacío a los médicos simples, porque no nos curasen, que no porque nos han curado, pues vemos claramente con nuestros ojos que más matan ellos recetando en la botica, que mataron sus pasados peleando en la guerra.

Sea, pues, la conclusión de toda mi letra que, yo acepto, apruebo, alabo y bendigo la Medicina, y por otra parte maldigo, repruebo y condeno al médico que no sabe usar de ella, porque según vuestro Plinio dice, hablando de la Medicina: «*Non rem antiqui damnabant, sed artem*»; como si más claro Plinio dijese: «Los antiguos sabios, y los que de sus repúblicas echaron a los médicos, no condenaban la Medicina, sino el Arte de curar que los hombres inventaron en ella, porque habiendo naturaleza puesto el remedio de las enfermedades en medicinas simples, las han ellos puesto en cosas compuestas, de manera que a las veces es menos penoso sufrir la enfermedad, que no esperar el remedio».

No más, sino que Nuestro Señor sea en vuestra guarda, y a mí dé gracia que le sirva.

De Madrid, a XXVII de diciembre de MDXXV

Pedro Mejía
Coloquios o Diálogos
(Sevilla, Domenico de Robertis, 1547)

¶ Diálogo de los médicos

EL ARGUMENTO DEL CUAL es introducir dos caballeros leídos, que el uno dice mucho mal de los médicos y tiene por opinión que nos los había de haber, ni Arte de medicina, sino que se curasen los hombres por uso y experiencia, sin maestro conocido; el otro alaba y defiende la Medicina y los médicos, como se practica hoy. Introdúcese así mismo, un docto hombre, llamado el maestro Velázquez, que dice la sentencia y opinión que se debe tener, en lo cual se tocan y tratan muchas cosas notables de erudición y doctrina.

Interlocutores: Gaspar, Bernardo, Don Nuño, Maestro

Gaspar.— Dios dé salud a vuestra merced.

Don Nuño.— Beso las manos de vuestras mercedes y huelgo que hayáis hallado aquí al señor Maestro, porque os entenderá si quisieris los dos hablar en latín o porfiar como soléis.

Bernardo.— No, que ahora muy conformes venimos, como buenos vecinos. No habrá sobre

Maestro.— No hace mal en eso el señor don Nuño, porque siempre se sacará buen fruto de esa buena discordia.

Bernardo.— A lo menos vos, señor, tendréis poca necesidad de ella, pues nos podréis mostrar a todos. Pues, a todo esto, ¿vuestra merced está ya muy recio?

Don Nuño.— No estoy, por cierto, sino todavía muy flaco, porque como el mal fue muy largo y me sangraron dos veces, no puedo acabar de convalecer; y me ha quedado también una gran sed, que nunca me veo hartado de beber, y nunca han acertado los médicos a curármela.

Bernardo.— Si fuera un hombre que yo conozco, no le pesara con ello, porque estando una vez con gran calentura y sed, y habiendo informado al médico que lo curaba, él le dijo dos o tres cosas para templar la fiebre y para quitar la sed. Y le dijo él muy en seso: «Señor doctor, curadme la calentura, que la sed yo la holgaré de quedarme con ella».

Don Nuño.— No soy yo tan amigo de beber como eso, antes en salud huyo siempre de las cosas que provocan sed, pero la que tengo ahora, cierto me quedó de una purga que me dieron.

Gaspar.— Y aun con eso reniego yo de los médicos y aun de quien se cura de ellos. Yo os doy mi fe que, si no os hubierais purgado, que el mal fuera más corto y la flaqueza menos.

Maestro.— Pues los señores médicos no saben otra cosa.

Gaspar.— Pues eso solo querría yo que no supiesen, y aun convenía que así fuese.

Don Nuño.— Pues si vierais las disputas que hubo sobre con qué me purgaría y sobre las sangrías, con más razón lo dijerais.

Gaspar.— No es menester que vea yo eso, que otras causas bastantes más tengo para lo que digo, que eso días ha que sé que los médicos son gente que pocas veces concuerdan en sus opiniones; y aun estoy por decir que las menos aciertan.

Bernardo.— También sé yo, días ha, que tenéis por gala de decir mal de abogados y de médicos. Pues decid lo que quisiereis, que por fuerza o de grado habéis de fiar de los unos la vida y de los otros la hacienda.

Gaspar.— Ruin sea yo si tal hiciere; a lo menos mi vida de los médicos. Porque os hago saber que en mi vida me sangré ni curé con médicos en cuanto he andado por el mundo, y estoy más sano que vos, que siempre tenéis cuenta con ellos.

Bernardo.— Y aun por eso repicáis, porque estáis en salvo. Yo os doy mi fe que, si os apretase una enfermedad de veras, que dieseis voces por los médicos.

Gaspar.— Ya podría ser que el mal fuese tal, que me sacase de juicio e hiciese eso; pero en tanto que yo esté con él, no hayáis miedo que lo haga. Que, pues he vivido cuarenta y cinco años sin ellos y sanado de algunas enfermedades con solo dieta y buen regimiento, no había ahora de probar nuevas invenciones.

Don Nuño.— Aun podría ser que fuesen ciertos los toros, señor Maestro; si el señor Bernardo tiene gana, no parece que le falta al señor Gaspar.

Bernardo.— No traigo yo ganas de porfiar, pero siempre las tengo de defender la verdad.

Gaspar.— Nunca esa me faltará a mí; por eso, si algo queréis, a buen tiempo estamos.

Bernardo.— Pues a mí me parece donosa cosa, señor Gaspar, decir nueva invención a la Medicina, siendo, como vos sabéis, la más antigua Arte del mundo, aprobada y admitida por Dios y por todos los hombres. ¿No habéis leído en el *Eclesiástico* que Dios crió de la tierra la Medicina, y que el varón sabio no la debe huir, que la Medicina ensalza y honra la cabeza del médico, y que por ella será alabado en presencia de los grandes y reyes? Pues nuestros autores y letras humanas no hacen menos caso de la Medicina, porque, aunque varían en quién haya sido su inventor, todos han conformado en tener y honrar por dioses a tales, teniendo unos que fuese Mercurio, otros Apis, otros Apolo; hasta Esculapio, que dicen que la alargó y puso en práctica, lo adoraron también por dios. Y Homero, fuente de los buenos ingenios, en muchos lugares alaba la Medicina, y él se aprecia de mostrar y nombra yerbas medicinales. Pues en cuánto haya sido tenida acerca de los emperadores y reyes, mejor lo sabéis vos que yo, que habéis leído las mercedes que hizo Alejandro Magno a Aristóvolo, médico, y el rey Ptolomeo a Erasístrato, y los increíbles salarios que ganaron en tiempo de emperadores en Roma, que Plinio y otros escriben. En conclusión, mirad cuánto bien es la salud

que, entre los bienes que no son del ánimo, tiene el primer lugar, y cuánto mal es la enfermedad; y de ahí sacaréis si se debe honrar el Médico y la Medicina, que nos conserva la una y nos libra de la otra.

Maestro.— Aunque ha sido poco lo que ha dicho el señor Bernardo, no ha sido menester leer poco para decirlo.

Gaspar.— Bien lo habéis retoricado, y pues así lo queréis yo habré de hacer lo mismo. Pero querría que entendieseis, lo primero, que yo no condeno la buena Medicina, que ya os dije que me curo con dieta y buen regimiento, y aun con algunas yerbas y cosas que tengo experimentadas; pero condeno el mal uso de ella y a los malos médicos, que la hicieron, gran tiempo ha, arte y mercadería, inventando y buscando medicinas y remedios violentos y extraños, escondiendo y oscureciendo con opiniones y cautelas la facultad que más simple y más clara debería de ser. Y de sí lo es y lo fue en sus principios, donde los hombres se curaban con yerbas y cosas simples, virtuosas y experimentadas, y no con las ponzoñosas y composiciones de ahora, que ni sabéis qué son, ni de dónde ni para qué son, ni tampoco cuántas son, por son tantas que perdéis la cuenta. La Medicina que en el *Eclesiástico* se alaba es la que yo uso y se usó en el buen tiempo y la que inventaron los que decís, que tuvieron por dioses, porque descubrieron las virtudes y propiedades de las yerbas, piedras y frutos y otras cosas y las aplicaron a las pasiones, dolores y enfermedades, sin venir a hacer la cosa artes, reglas y preceptos, como después hizo la malicia y codicia de los hombres. Y así, no hallamos cosa escrita en medicina de antes de Hipócrates que, según Plinio, por autoridad de Marco Varrón, afirma que fue el primero que escribió preceptos de ella... Después de estos tiempos antiguos y dorados,

bien sé, señor Bernardo, que entraron los médicos en las casas de los reyes y de los emperadores y que hubo algunos muy famosos y señalados, como fueron Hipócrates, que fue la fuente y padre de todos, y después Aristógenes en casa del rey Antígono de Macedonia, y Asclepiades, prusiense, su familiar y amigo del grande Pompeyo, Antonio Musa del emperador Octaviano, los dos Apolodoros, de quien trata Plinio y Cornelio Celso, romano, Erasístrato, afamado porque entendió el mal de Antíoco ser amores de su madrastra; Galeno, a quien ahora siguen muchos y llaman príncipe de los médicos, y otros que aun nombrar no los quiero. Pero sé también que, desde que comenzó a haber médicos, se usó vivir poco los hombres y que los romanos antiguos vivían más sanos y más tiempo que esos reyes y emperadores que dieron salarios e hicieron mercedes excesivas a médicos. Si no, dígalo Alejandro Magno, a quien traje por ejemplo, que no llegó a cuarenta años. Y díganlo hoy día los viejos canos de los montes y aldeas, que nunca vieron médicos, y los mozos que mueren en sus manos en las ciudades y cortes.

¿Sabéis qué dio causa a admitir en Roma los médicos?, lo que dije poco ha: la intemperancia y desorden, que por no templarse y curarse a sí los hombres quisieron dar el cargo a otro, que era imposible tener; y así lo declara Plinio y otros. De lo cual se siguieron grandes daños en la salud y en las costumbres, porque los hombres dejaron el cuidado de sí en confianza de los médicos. Y los médicos, poniendo su fin en el interés y no en más, por encarecer su Arte, haciéndola mercadería, por hacerla alta y que no se entendiese, comenzaron a huir de los remedios comunes y verdaderos e inventaron composturas y mezclas, buscando frutos, raíces y yerbas nunca vistas ni oídas, y hechizaron y embaucaron a las gentes con los nombres y propiedades secretas y no entendidas, y a las comunes bus-

cáronse los extraños. Apartándose en todo de lo común y verdadero, diéronse a novedades y ficciones. Y de aquí vinieron las destilaciones de las aguas, de cuantas cosas limpias y sucias hay en el mundo; de aquí jarabes, o como los llamáis, dulces y amargos, claros y oscuros, de cosas que el diablo no lo pensara, cosa que nunca adivinaron los antiguos ni lo supieron; de aquí el hacernos comer oro y las piedras, y aun el hierro como avestruces, contra toda naturaleza; de aquí los compuestos mitridatos y triacas, y otros que se hacen de doscientas y tantas cosas, a lo menos de cincuenta y cuatro, y algunas de ellas de las ponzoñosas, y que, aunque una fuese buena por sí, la incompatible compañía de unas y de otras la hace ponzoñosa y aborrecible. Lo cual Plinio, casi mil y quinientos años ha, dice haber sido hecho por ostentación y apariencia de su Arte; porque es imposible haber naturaleza mostrado, ni conocido experiencia, temple y concordancia de tantas y tan discordes cosas, ni la puede haber en ellas. Y de estas cosas y de otras semejantes han hecho pruebas en los cuerpos de los hombres algunos de ellos, con tan poco tiento y tanto atrevimiento que, en lugar de dar salud, ha acontecido matar al enfermo, llevando la hacienda por la vida que quitaban; y lo que peor es, sin castigo ni escarmiento. Si no decidme, ¿qué médico habéis visto castigado por muerte ni lesión de nadie?

Finalmente, señor Bernardo, la malicia de los hombres ha dañado la mejor cosa del mundo, haciendo, como digo, artificio oscuro lo natural y claro; a la caridad, interés; la misericordia, codicia y granjería, encubriéndolo y oscureciéndolo tanto, que parece que nadie puede curar sino los médicos, burlando las experiencias comunes, persuadiendo sus artificios y misterios hasta en los nombres de las cosas, buscando los bárbaros y extraños, cuando los griegos o latinos son conocidos. Y aun en el escribir han inventado caracteres

y señales que no entiendan sino de aquellos con quien tienen su cifra. Tanto procuraron oscurecer este negocio, que había de ser el más público y sabido de todos.

Pues, ¿qué diré de la diversidad de las doctrinas y opiniones de ella? Los árabes difieren de los griegos y entre sí no son conformes los unos ni los otros. La práctica y manera de curar de su Avicena es muy diferente de la de Galeno y de los antiguos, tanto que parece otra cosa, y los de ahora ni curan como Avicena ni como los otros. Todo es invenciones y opiniones, y si juntáis dos o tres médicos, cada uno es singular en su parecer las más veces y vienen a concertarse a riesgo del enfermo; si a cada uno oís por sí, sin que sepa el uno del otro, es milagro si no discrepan y ordenan diversa y contrariamente. Y esto no es menester que yo lo diga, lo que pasa cada día lo veis ante los ojos, no me quiero yo cansar en contarlos.

Maestro.— Estos caballeros deberían de venir sobre hecho pensado y quieren mostrarnos cuán leídos y avisados son, pues tan de veras toman este negocio. Bien sería atajar y abreviar la plática.

Don Nuño.— No es razón que sea a este tiempo, que quedan los médicos sin ser defendidos, y también yo huelgo infinito de oír estas cosas; pero sea de esta manera: que, pues han pasado sendos ataques, aunque se ha alargado algo el señor Gaspar, pasen otras sendas y no más, que será como escritos y replicatos, en audiencia, y luego vuestra merced, señor Maestro, sentenciará cuál de las partes tiene justicia.

Gaspar.— Yo soy contento de mi parte, no renunciando el beneficio de la apelación, si fuere agraviado.

Bernardo.— Yo también lo soy por la mía, y estoy tan confiado de mi justicia y del juicio del señor Maestro, que me obligo a estar a su única sentencia.

Maestro.— Dura provincia se me encarga, pero diré lo que Dios me diere a entender, porque se acabe la contención, mas cada uno tendrá libertad de tener lo que quisiere

Don Nuño.— El señor Bernardo me parece que se endereza en la silla; salga en buena hora.

Bernardo.— Al principio de nuestra plática yo creí, señor Gaspar, que estabais burlando, pero cuando os he visto tocar doctrinas e historias, me parece que habéis tomado la cosa de veras, y por eso os quiero responder sensatamente. Lo que siento de lo que decís es, en suma, que os parece que no debía de haber médicos en el mundo, a lo menos señalados y conocidos, sino que todos los fuésemos y nos curásemos los unos a los otros; y aun la Medicina no queréis que sea Arte ni fundada en Ciencia ni filosofía, sino que sigamos solo la experiencia y conjeturas y la voz del pueblo, como si viviésemos en los montes donde no hubiera ni policía ni discreción. Estos, pues, dos puntos quiero impugnar y destruir primero en el proceso y después responderé a algunas malicias que habéis dicho.

En lo primero de los médicos, claro está que no tenéis razón, porque el nombre y oficio de médico santo y amable es y no debiera seros a vos odioso, pues Cristo nuestro Redentor, no menospreció llamarse ni ser tenido por médico cuando, hablando de sí propio, dice que para los sanos no es menester médico, y cuando curó la vista de los ojos con lodo y saliva, y cuando señala por medicina al

samaritano aceite y vino, y, pues, no se despreció de curar y sanar infinitas enfermedades; y lo mismo encomendó y mandó a sus discípulos. Pues san Pablo, doctor de las gentes, persona y oficio tomó de médico cuando escribe a Timoteo que beba vino par esforzar el estómago. San Juan Evangelista también sabemos que fue y se nombró médico. Y no encarezco mucho en dar este oficio a los apóstoles, pues el ángel Rafael lo quiso usar, dando receta y consejo a Tobías con que se curase y cobrase vista de los ojos. De manera que, cuanto a esta parte, cierto no os queda camino por porfiar, porque el nombre y oficio de médico es útil y necesario en el mundo. Y si algunos médicos ha habido falsos y codiciosos y que hayan usado y usen de las maneras que vos decís, que no sé ni vos debías juzgar ni creer de ellos, no por eso los sabios y buenos deben ser repelidos ni es cosa conveniente que no haya personas particulares y señaladas de tan grande y alto oficio. Y querer que todos lo ejerciten y que ande en la confusión e inconstancia, y, por mejor decir, ignorancia del pueblo, cierto no solamente no es cosa provechosa, pero parece imposible. Y el ejemplo de que os ayudáis de los romanos, que estuvieron seiscientos años sin médicos, digo, y así es la verdad, que fue por falta y simpleza suya, que, como carecieron de las otras letras y artes, carecieron también en ese tiempo de la Medicina. Pero, después que entendieron las doctrinas y ciencias y las tomaron de los griegos, abrazaron también la Medicina como a una de las más necesarias, y a los maestros de ella. Y lo mismo digo de las otras gentes que nombraste.

Pues cuanto al segundo punto, que queréis fundar que no sigamos preceptos ni se tenga Arte ni fundamento de Ciencia, ni queréis que se siga la razón y causa, sino sola la experiencia, y juzgáis y sentís mal de la forma y orden que hay en las medicinas y en la com-

postura de ellas, digo estoy muy maravillado. Lo primero, porque ya vos sabéis por cuán dudosas son tenidas las experiencias desnudas de ciencia y consideración y juicio, pues se mudan con la edad, con la complexión, con el tiempo, con el lugar y con otras mil cosas. Por lo cual es necesario que el que ha de curar sepa estas diferencias y la causa secreta y la descubierta de la enfermedad, y por imposible se debe tener el saber curarla el que no sabe de dónde proviene. Es también menester que entienda la compostura y complexiones de los cuerpos humanos, los humores que hay en él, cuál es el que peca, qué enfermedades son las que puede padecer, porque no hay duda ninguna sino que de otra manera se ha de curar si proceden las enfermedades de todos cuatro humores, como algunos sabios afirman, y de otra, si la culpa y causa está en sola humedad, como quiso tener Herófilo, según cuenta Cornelio Celso, y de otra, si en los espíritus, como a Hipócrates le pareció, y por cierto, de otra, si es lo que dijo Erasístrato, que, pasándose y colándose la sangre a las arterias o venas de los espíritus, causa la inflamación y que esta inflamación hace el movimiento que vemos en la fiebre. De manera que ese sabrá curar, que alcanzare el origen y causa verdadera, porque veáis si es menester Arte y estudio de Filosofía.

Requírese, asimismo, que entendidas, como digo, las causas y enfermedades, entienda y sepa las calidades y propiedades de los metales, de las piedras, de los árboles, de los frutos, de las yerbas y raíces, de los animales, de todas las otras cosas de que se puede usar por medicina, para que no yerre en la aplicación de ellas. No os niego yo que la experiencia sea provechosa, pero presumo y oso afirmar que no la pudo haber sin alguna razón o causa, ni creo que los antiguos, a tienta y sin consideración, usaron de las cosas y las aplicaron por medicina, antes creo que, mirando y especulando lo

que más convenía, aquella experimentaron que primero les había parecido y conjeturado ser buena.

De manera que no demos la honra sola a la experiencia, pues fue prudencia y consejo la principal parte. Cuanto más que cada día se descubren diversos géneros de enfermedades, a las cuales no puede servir la experiencia ni uso, pues no la puede haber de lo no conocido ni visto, y es menester investigar de dónde procedieron; para lo cual es necesario conocer por arte y doctrina las oscuras e íntimas causas de los daños y corrupciones que pueden padecer los humores y miembros en el hombre, sin estas claras y descubiertas de frío, calor, hambre y repleción o henchimiento y otros semejantes. Ha también de saber, el que ha de ser médico, y entender las que llaman acciones u operaciones naturales, que son aquellas por las cuales damos y tomamos el espíritu resuelto y comemos y bebemos los licores y mantenimientos, y lo digerimos y se reparte por todos los miembros. Y también se requiere que se entienda por qué tienen los pulsos continuo movimiento y qué sea la razón y causa del sueño y vigilia, sin noticia de lo cual no parece que se puedan preservar ni curar las enfermedades...

De manera, señor Gaspar, que si bien me habéis querido oír, no dejaréis de confesarme que es necesario que los médicos tengan reglas y preceptos y que sean fundados en las ciencias y artes; y como esto no puede ser común, es bien y necesario que haya hombres particulares médicos y que sean honrados y estimados, como siempre lo han sido... Y a lo que decís de que no son los médicos castigados por las muertes que hacen, sois digno de gran reprehensión por presumir vos que por malicia maten a nadie; pero que no se pueda hacer por ignorancia y que se examinasen con gran rigor los médicos, bien estoy en ello y cosa conveniente es que se haga. Pero si, haciendo el

médico bien su oficio y siguiendo la regla y arte, sucediese sin culpa suya causarse la muerte a un paciente, no merecería pena por ello; y así lo define y determina Platón, en el nono diálogo de sus *Leyes*. Pues que los médicos procuren ser pagados de sus trabajos, no deben ser reprendidos por ello, pues de ley divina y humana se debe al mercenario su premio, y manda Dios que al buey que trilla no se le ponga bozal. Y cierto es demasiada agudeza, y no sé si diga malicia, presumir que de industria han oscurecido su arte con nombres exquisitos de las cosas que decís, porque aquello no es sino por hablar propiamente y por dar el origen y nombre verdadero y, a las veces, por ignorancia del vulgar y conocido. Y lo que decís de las letras y recetas, téngolo por donaire y no digno de respuesta, pues sabéis que se hacen por excusar trabajo y porque cada facultad tiene sus términos y manera de tratarse, y así sus abreviaturas y escritura. Y en lo que tocaste de los diversos pareceres y sentencias, también está claro el descargo, pues los ingenios y juicios de los hombres son diversos y con sana y buena intención pueden ser contrarios en las sentencias. Y esto con poco peligro en la medicina, pues una enfermedad se puede curar con muchas cosas y por diversas maneras, y así pueden varias los médicos en sus consejos y en los medios, y por diversos caminos ir al fin, que es la cura y salud del enfermo. Y así queda vuestra mala sospecha desbaratada. Y también vuestra opinión por las razones dichas, queda sin fundamento; pareceme que, sin más porfiar, os debéis apartar de ella. Y porque confío que lo haréis así, no quiero ahora deciros más, aunque se me ocurrirían otras muchas.

Don Nuño.— Por mi fe, señor Maestro, que aunque yo entiendo poco, que ha orado valientemente el señor Bernardo y estoy ya del bando de los médicos. No sé que le parece al señor Gaspar.

[...]

Maestro.— En verdad, señor Nuño, que yo recibiría merced de ser relevado de esta obligación, porque veo tan determinados sus pareceres a cada uno de estos caballeros, y hanlo tan bien defendido y tratado, que tengo por dudoso este pleito, porque, como este no es artículo de fe, que diga yo lo que quisiere, ellos tendrán lo que se pagaren.

Don Nuño.— Todavía lo habéis de hacer, que, aunque ellos estén aficionadas a sus opiniones, más lo están a vuestro juicio y letras, y no podrán dejar de humillar su parecer al vuestro, pues tanta razón hay para ello.

Bernardo.— Lo que el señor Nuño dice es la verdad, y ambos recibiremos merced, a lo menos yo, por mi parte, muy grande.

Gaspar.— En verdad que yo mayor, porque tengo cierto que ha de aprobar mi parecer.

Maestro.— Porque lo tengo por buen ejercicio, quiero hacer lo que se me manda y dar también mi voto en este propósito, que sentencia yo no tengo jurisdicción para pronunciarla, ni vuestras mercedes obligación para estar por ella. Si lo que dijere fuere algo, cada uno tomará lo que quisiere, porque yo no quiero argüir ni disputar, sino en muy pocas palabras diré lo que siento.

Vuestra contención, pues, señores, principalmente consiste en dos puntos, y todo lo otro es accesorio a ellos. El primero es que el uno dice que para curar las enfermedades humanas no es menester ni arte ni ciencia, sino que basta uso y experiencia; el otro dice que

es menester arte y reglas, y ser, el que ha de curar, maestro y docto en ellas y tener grandes fundamentos de otras letras, como largo se ha platicado. El segundo punto, y parece que sale del primero, es que el señor Gaspar, que tiene la parte de la experiencia sola, querría no hubiese médico conocido, sino que todos lo fuesen; y el señor Bernardo los defiende y dice que conviene que los haya.

La verdad es que la primera y principal cuestión no es nueva, ni sois los primeros que la habéis movido ni disputado, antes es muy antigua en Medicina o entre médicos, y que siempre podemos decir que la hubo, unos siguiendo la experiencia sola, y por ello fueron llamados “empíricos”, y otros queriendo saber las razones y causas, y por eso llamados “rationales”. Cornelio Celso y otros autores lo tratan; y la una y la otra parte han tenido secuaces y favorecedores muy grandes. Y de estos dos primeros extremos, si el uno forzosamente se hubiese de tomar y que no hubiese otro remedio, el menos peligroso y más razonable es de los primeros que siguen la experiencia, porque, cuanto a lo primero, como Aristóteles en su *Política* dice, los experimentados más idóneos y hábiles son para obrar que los letrados sin experiencia. Y particularmente hablando en los médicos, Platón, en los libros de la *República*, para ser uno médico, le necesita a que haya de haber comunicado con enfermos y sanos, y aun a que haya sido enfermo; finalmente, que sea experimentado. Allende de esto, ninguna duda hay sino que la Medicina y el Arte de ella tuvo origen de la experiencia y no al contrario, y en esta parte no tiene razón el señor Bernardo en negarlo... Así que no se debe dudar ser el origen de la Medicina la experiencia, y totalmente necesaria, pero no por eso quedan vencederos los que llaman “empíricos”, que quieren sola la experiencia, ni vencidos los “rationales”, que siguen el arte, porque entre estos dos bandos u opiniones hay otra tercera y

media que se debe tener. Y esta es que, aunque ello sea así, que la experiencia fue el origen y que sin ella no se puede bien tratar esta facultad, todavía fueron provechosos, después de las experiencias, los preceptos y arte. Y no solamente provechosos, pero necesarios, así por la inconstancia de las mudanzas que hay en ellas, por las razones que aquí se han tocado, como para tener cuenta y razón de ellas y para elegir y conocer las mejores, que sin letras y cánones fuera imposible, porque es claro que sin letras y doctrina no se puede hacer entero juicio ni elección. Y si esta cosa no se redujera a reglas y arte, todo fuera confusión y olvido, y la discordia lo confundiera todo. De manera que, aunque no se hubiera de usar sino solos los experimentos, era menester arte y reglas de ellos, y saber y aprender cómo y a qué tiempos y en qué lugares, a qué edades, en qué disposiciones, a qué enfermedades, a cuáles ocasiones sirven y aprovechan los unos y a cuáles los otros, y de estos por fuerza ha de haber reglas y modo. Y esta es el arte que se puede excusar, porque, aunque el origen haya sido la experiencia, ella sabe hallar pero no guardar: el arte guarda y conserva, y no se ha de esperar cada día a hacer la experiencia, ni todos las pueden hacer todas, ni acordarse de las hechas, ni saber las que otros han hecho, sin regla y artificio de ellas. Y para prueba de cosa tan notoria no son menester muchas razones ni autoridades; la experiencia tenemos delante de los ojos, pues no hay obra ni oficio tan bajo que no siga su arte y razón. El labrador y el marinero, que el señor Gaspar dice que el uso hace maestros, aunque aquello fuese así, no dejan de tener sus regimientos y reglas fundadas en experiencia, por donde se siguen y lo aprendieron y por donde muestran y enseñan a otros. Y lo mismo hace el cantero, el carpintero, y los otros oficiales todos, que juntamente con el uso y experiencia tienen sus fundamentos y reglas.

Y pues la Medicina tiene más precioso y algo sujeto, no es razón que sea menguada de ellos... Así que, por concluir, porque con personas tan discretas no es menester alargarme más, la resolución y voto mío en lo primero, que fue sobre si basta sola la experiencia o si es menester artes de letras, es que, de dos faltas en el médico, antes le sufriré falta de letras que de experiencia, pero que el *médico perfecto* ha de ser experto y letrado; de manera que la Medicina ha de constar de ambas partes y bandos de los racionales y empíricos, y ha de tener arte y preceptos y fundamentos, juntamente con la experiencia.

Ahora vengamos al segundo punto, que es sobre si conviene haber personas y médicos particulares y señalados o no; y digo que, de lo que tengo dicho, se sigue por verdadera conclusión que es necesario que haya médicos y maestros conocidos, y que no todos lo pueden ser, porque, aunque fuera sola experiencia necesaria, no era posible ser todos experimentados ni todos tener discreción. Cuanto más que tenemos por probado y cierto que es menester arte y reglas y otras letras y doctrinas varias, lo cual no puede ser común. Y, pues de todas las artes y aun oficios mecánicos hay oficiales y maestros conocidos, no ha de ser menos condición la Medicina, que no haya hombres doctos en ella que, aprendiendo las letras que competen y son necesarias y cursando y haciéndose primero experimentados, curen y usen la santa Medicina...

Así que, señores, tengamos entendido que la experiencia hizo el Arte de la medicina, y que ella y letras son necesarias y provechosas y que haya médicos particulares y experimentados y letrados; pero digo más otra cosa que no se ha tocado y es la más necesaria de todas: y es que no solamente deben ser doctos pero de buenas costumbres y virtuosos y católicos cristianos y temerosos de Dios, sin lo cual ningún arte se puede bien administrar...

De manera que, pues que aquí hay bien en qué escoger, el señor Bernardo no se contente con solas letras y preceptos, ame y procure juntamente con ellas la experiencia. Y vuestra merced, señor Gaspar, no condene la doctrina en los médicos ni fie tan poco de ellas que deje de curarse con ellos si enfermarse, y no quiera decir que sean aquí los médicos como los que decía el otro chocarrero al marqués de Ferrara, que escribe Pontano, que no hay lugar de contarse, aunque no es malo el cuento para quien lo ha oído. Y con esto, porque es tarde, concluyo lo que me ha sido mandado por hoy; lo demás quedará para otro día.

Don Nuño.— Por Dios, señor Maestro, que creo que no hay más que decir, pues lo habéis tan sabiamente determinado; a lo menos, yo estoy del todo satisfecho y aprovecharía poco cuanto estos caballeros quisieren decir para mudarme ya de vuestra sentencia, cuanto más que creo están ellos ya del mismo parecer, porque es grande la fuerza de la verdad, y más ayudada de vuestra autoridad y elocuencia.

Bernardo.— Yo, por cierto, me doy por satisfecho y consiento en la determinación del señor Maestro, y lo mismo creo que hará el señor Gaspar. Y, con esto, nos podemos ir como venimos.

Gaspar.— Yo no puedo dejar de callar a lo que el señor Maestro ha dicho, y aquello debe ser lo más cierto, pues él lo dice. Pero para mí yo tengo que no me conviene curar con médicos, porque tengo entendido que sola dieta y buen regimiento me basta, y también yo he oído decir a ellos que curar con ella es falsísima cura, que manera que yo sigo experiencia y consejo. Así que no tenéis que condenar-

me; para todos los otros digo que sea en buena hora lo que el Maestro ha dicho. Y con esto nos podemos ir, y Dios dé entera salud a vuestra merced, porque nunca hayáis menester médicos, sino que de viejo os muráis.

Don Nuño.— Buena es la paciencia para las adversidades, pero no quiero que os vayáis hasta que el señor Maestro nos cuente lo que tocó de los médicos de Ferrara, porque con el cuento se acabe la plática de hoy, que temprano es y tiempo hay para todo.

Maestro.— Porque se le quite el enojo al señor Gaspar, lo quiero hacer, aunque él lo habrá leído también como yo. Y es la historia que, estando una vez Nicolao, marqués de Ferrara pasando tiempo en pláticas con un truhán suyo, le preguntó de qué oficio le parecía a él que había más número de personas en Ferrara; y el loco discreto le respondió que de médicos. Y el marqués, oyendo esto, se rió y burló de él diciendo: «Simple, ¿no ves que no hay en ciudad más de cinco o seis médicos, y hay más de trescientos zapateros y de muchos oficios otros tantos?». El truhán le respondió: «Señor, como estáis ocupado en cosas muy grandes, no tenéis estas cuentas por menudo ni sabéis los vasallos que tenéis, pues hagoos saber que lo que os digo es verdad, que del Arte que más hombres hay en Ferrara es de Medicina, y apostad doscientos ducados que es así». El marqués se tornó a reír de él y a contradecirle. Y en conclusión, la apuesta se hizo, aunque lo tenía por simpleza y locura, y lo olvidó luego y se descuidó. Pero el chocarrero, que tenía codicia del dinero apostado, habiendo bien pensado su negocio, se levantó otro día de mañana, que era domingo, y se rebozó el rostro y puestas unas estopas o lana en un carrillo fingiendo que tenía gran dolor de muelas, púsose a la

puerta de la iglesia mayor de la ciudad, y cabe sí un muchacho hijo suyo, que escribía muy bien, con tinta y papel para lo qué diré. Y como él era conocido, los que entraban y salían, todos, le preguntaban qué mal tenía, y él respondía a cada uno que muy gran dolor de dientes y muelas, que por amor de Dios le dijese que haría. Y como todos presumimos de dar consejos a los vemos padecer algún dolor, cuantos pasaban le decían algún remedio que hiciese, y el muchacho lo escribía luego, y los nombres de los que lo decían. Y habiendo estado allí lo que convenía y escrito harta copia de nombres y medicinas, hizo el mismo día otra tanto por diversas casas y calles de la ciudad; y siempre con su rapaz que escribía. Y al cabo, así como estaba, se fue al palacio del marqués, que estaba olvidado de la porfía y apuesta. Y como el marqués lo vio así, cayó en lo que todos, que preguntándole qué mal tenía y siendo respondido como a los otros, le dijo también que hiciese no sé qué y luego sería sano. El truhán dijo que le besaba las manos. Y después de estar un poco con él, disimulando, se vino a su posada, y sacando en limpio todo su proceso de aquel día, hizo una memoria de más de quinientos médicos, y al marqués por principio y cabeza de todos, y los consejos que le habían dado. Y otro día vínose a palacio sin rebozo, como ya sano, y díjole: «Señor, ya vengo sano, como curado por el más honrado médico de Italia, que sois vos, porque con el buen consejo que me distes, sané. Pero mandadme pagar la apuesta, porque os hago saber que, para el mal que he tenido, hallé en Ferrara todos los médicos de este memorial, y si más quisiera buscar más hallara». El marqués tomando el cuaderno y viéndose puesto a sí propio en cabeza y otros muchos hombres principales que allí venían, se río muy mucho y se confesó por vencido y mandó pagar luego lo que había apostado con el truhán; que, cierto, fue cosa graciosa. Y, si

de tales médicos como estos se contenta el señor Gaspar, digo que tiene razón y que no hay nadie que no lo sea.

Don Nuño.— Ahora yo os doy mi fe, que ha sido donoso el cuento y que se puede reír con razón. Y no quiero deteneros más; andad con Dios.

Gaspar.— El truhán estuvo donoso, pero yo os doy mi fe que, aunque fuera el dolor de muelas verdadero, pudiera él curarse con los consejos que le dieron, y que me atrevería yo antes a los quinientos médicos del memorial, que a los cinco o seis que decía el marqués. Y con esto nos vamos, señor Bernardo, que aunque hemos porfiado, tan amigos nos iremos como venimos.

Pedro Mercado
*Diálogos de filosofía
natural y moral*

(Granada, Hugo de Mena, 1558)

DIÁLOGO QUINTO, de la comparación de las ciencias, en el cual Joancio médico y un **Licenciado** jurista, confiriendo sobre la prelación de las suyas, se encuentran con **Basilio** teólogo y **Julián** matemático, los cuales quieren entrar en la misma comparación. Y el médico y el jurista se rinden al teólogo y matemático, y hacen de sus jueces. Donde el uno contra el otro se ponen cavilos y argumentos contra sus ciencias y se responden.

Joancio.— No hay para qué quebrarnos la cabeza, señor licenciado, que por mucho mal que vos digáis de médicos y yo de juristas, no lo padecerán, ni se ha de aventajar vuestra facultad a la mía, sino por las razones que alarguéis. Y sea en presencia del señor Basilio y del señor Julián, porque no se repita tantas veces esta porfía, que ya damos por decir con ella.

Basilio.— Antes queremos entrar en esa comparación y fundar nuestra intención contra ambos, que el señor Julián holgará de ello.

Licenciado.— Yo doy la del señor Basilio por bien fundada y tan notoria, que a ninguno le convendría dudar de ella, por ser su fin más noble que de ninguna otra, y entre todas sola esta es divina, y por esto se dice Teología, que en griego quiere decir “ciencia o razonamiento de Dios”.

Joanicio.— Pues entre las humanas, yo doy por bien fundada la del señor Julián, porque las ciencias Matemáticas son las que tienen más certidumbre, y por ellas se verifican las demás, por lo cual son dichas matemáticas, que en griego quiere decir “disciplinas por excelencia, demostrativas y certísimas”. Así que no pueden ser nuestros competidores en este caso, ni excusarse de ser jueces en él, porque ha de quedar hoy sentenciado en mi favor o yo no sería Joanicio; no tanto por lo que a mí toca, cuanto por poner escrúpulo en la Medicina, ciencia tan aprobada de todos. Y por aquí quiero que empiece mi argumento, que no hay hoy parte del mundo donde no la reciban y tengan en gran veneración a los médicos que la ejercitan. Y todas las gentes la han escrito y comentado, griegos, latinos, judíos, cristianos y moros, y de todas estas naciones se hallarán sabios en ella; lo cual cesa en el derecho civil y sus loores, porque el señor licenciado me confesará que la escriben pocas naciones y que infinitas provincias se gobiernan sin ellas por solas costumbres.

Licenciado.— Esas costumbres leyes son, y tienen tanta fuerza y razón de leyes en esas partes, como acá las escritas. Y para tener la perfección que acá tienen las de los emperadores, no les falta sino escribirse; porque de hoy tengáis por tan leyes las unas como las otras, y tan derecho el uno como el otro, salvo que el uno es derecho escrito, y el otro derecho no escrito. Y de este mismo usamos en los casos que por derecho escrito no se pueden determinar.

Joanicio.— ¿Qué mayor autoridad que estar escrita la Medicina en toda parte y el Derecho no? Y además de esto haberse hallado mucho antes, porque en el principio del mundo, viendo los primeros hombres que los manjares de que los brutos animales se mantenían les hacían daño, necesidad le compelió a buscar mantenimientos, con los cuales conservasen la salud. ¿Qué fue, pues, hallar manjares con tanto artificio compuestos, ordenados para conservación de la sanidad, si no hallar la principal parte de la medicina? Y, considerando después que los manjares, de que se mantenían en su sanidad les dañaban en sus enfermedades, la misma necesidad les compelió a buscar comida que en sus enfermedades les aprovechase, que es la otra parte de que se compone la Medicina. Y viendo que solos mantenimientos no bastaban, cada uno con deseo de remediar su pasión, buscaba y experimentaba diversas medicinas, hasta hallar la que particularmente aprovechase a cada enfermedad. Y de estas experiencias hacían preceptos, que de ahí adelante aprovechasen en semejantes enfermedades. Porque tengáis su gravedad y antigüedad ser mayor de las vuestras leyes.

Licenciado.— Eso sería, si en ese mismo tiempo no empezara el Derecho, mas también tiene principio desde los primeros hombres, porque aunque no hubo derecho civil hasta Solón, que fue el primero que lo dio a los atenienses, hubo derecho natural y leyes naturales, que para la simplicidad que los hombres tenían entonces bastaba gobernarlos. Porque ni compraban ni vendían, ni contrataban, ni se cometían los delitos de ahora, porque ninguno hacía a otro lo que no quería que así se hiciese; ni había principados, ni guerra, ni cautiverios, ni propiedad alguna: los campos eran tan comunes como lo son ahora el aire y la mar. Y vivieron los hombres en esta

conformidad, hasta el derecho de las gentes, que fue propio suyo, el cual estableció guerras, cautiverios, señoríos de los campos e infinitas maneras de contratos, hasta el derecho civil, que, con razones naturales y morales particularmente, determinó y juzgó los acaecimientos de las cosas. Porque veáis que no son menos antiguas las leyes que vuestra Medicina, cuanto más que yo no pongo escrúpulo en su antigüedad, pero póngolo en haber de ser admitida, pues no lo fue por los romanos, gente de tan buen conocimiento, que si conocieran en ella algún aprovechamiento, la traerán de lo más lejos de la tierra, pues casi la señorearon toda, como trajeron todas las otras ciencias. Y a la Medicina, no solo la trajeron, pero leemos que la desterraron Roma.

Joanicio.— Fue porque se recelaban de Grecia, donde florecía la Medicina, creyendo que los griegos de malicia les enviaban médicos que los matasen, y no porque dudaron de su certidumbre. Y si de ella dudaran, de necesidad fueran convencidos a dudar de la filosofía natural tan aprobada de todos. Porque la Medicina se prueba en ella, y podemos decir que sea parte suya, llamándola filosofía práctica, porque curar no es otra cosa sino experimentando la filosofía natural, filosofar en el cuerpo del hombre mal dispuesto y destemplado. Y entre los griegos eran dichos físicos, que quiere decir filósofos naturales. Mas como los romanos señorearon a Grecia, y cesaron las diferencias entre ellos, leed el caso que en Roma se hacía del Galeno, y cuánto lo loan vuestras propias leyes, y cómo el senado salariaba médicos de lo público de Roma, con grandes salarios y de cuántas pestilencias se libraron por su industria. Y lo que anoche porfiábais, que con sola dieta y buen regimiento se habían de curar los enfermos, lo decís como hombre sano que si enfermo y con do-

lores os experimentáseis con ese remedio, pediríais mayor socorro a la Medicina, conocido lo poco que os aprovechara. Ni se curan con solo dieta sino indisposiciones faciales, y más a larga, puesto que con mayor seguridad. Y menos razonable es que con sola experiencia se curó, porque sería poblar la tierra de vagamundos, y no habría hombre que no se hallase grande experimentador y médico, sino fuesen obligados a más razón que la experiencia, allende de los daños que causarían en la República, los cuales conoceréis claro en los experimentadores que ahora hay. ¿Qué sería si se diese licencia de experimentar a todos? Y la razón es muy clara, porque estos creen que valen sus experiencias, una misma cosa en todo tiempo, lugar personas, y quieren con un zapato calzar a todos, constando que no lo que aprovecha a la mujer aprovecha al varón, ni lo que al niño al mancebo, ni lo que al mancebo, al viejo; ni lo que al colérico el flemático, ni lo que en el estío, en el invierno, ni lo que en Persia en Arabia.

Licenciado.— Si eso es así, cómo muchos de mucho aviso se entregan a estos y se confían de ellos.

Joanico.— La salud es tan deseado bien, que hace a los enfermos que den crédito a todos los que la prometen. Y allende de esto, lo que les falta de ciencia, súplenlo con mil maneras de engaños y cautelas, con que al más avisado engañarán. Así que en ese artículo está bastantemente reprobada vuestra opinión, y vuestras propias leyes la reprueban, castigando a los que curan sin ser filósofos, graduados en Medicina. **Licenciado.**— No digo yo que no lo sean pero que usen de la Medicina curando, y de la Filosofía, filosofando, y que, como médicos den remedios, y, como filósofos las

causas de ellos. Y no que pretendiendo curar con argumentos más que con remedios y medicinas, lo tienen todo tan revuelto que ya no se sabe lo qué es Medicina, ni lo qué es Filosofía, ocupados en cuestiones que en ninguna manera aprovechan; sino ved qué le hace al enfermo quedar o no quedar las formas de los elementos en él, y gastáis en esto tanto almacén que hoy día está por sentenciar. Y con otras cuestiones, que reís adelgazar tanto la física, que hacéis bandos la salud de las gentes. Unos, decís que es opinión de griegos, sangrar en dolor de costado del mismo lado; otros, ser opinión de árabes, que se haga de el contrario: ponéis el negocio en tanta duda que es necesario preguntar a los enfermos si quieren ser curados según griegos o árabes.

Julián.— En esto yo seré con el señor Licenciado, porque el año de treinta y ocho, por mandado de su Majestad, se juntaron en Salamanca a determinar esa cuestión, e íbamos a oír la disputa muchos de otras profesiones. Y porque no me tengáis por sospechoso, no diré con qué intención, que eran tantas las voces que daban que no se oían ni entendían. Y creo que quedó el negocio más dudoso de lo que antes estaba.

Joanicio.— Esa culpa ni está en la física ni en los médicos que la escribieron, sino en los trasladadores que la trasladaron de griego en otras lenguas, que unos trasladaron del mismo lado, y otros trasladaron del contrario. Y los que de ahí adelante veían estas traslaciones, las tenían por verdaderas. Y los unos y los otros hallaron tantas razones para ambas cosas, que aunque ha parecido la verdad original, no la reciben.

Basilio.— En su seso estaba el Comendador Griego en no curarse, y lo daba por consejo a sus amigos, no porque tenía la física por incierta, antes la loaba, y veía por muchos autores, que yo vi en su librería, como Paulo Aecio, Oribasio, Filoteo, sino porque estaba mal trasladada.

Julián.— Si lo dijera cincuenta años atrás, por ventura dijéramos que tenía razón, porque había pocos que supiesen griego, mas ahora ninguna razón tiene el señor Comendador, porque hay tan grandes griegos como los naturales de Grecia lo podían ser en el tiempo que escribieron la Medicina. Y de estos han venido tan ciertas y fieles traslaciones, que no hay que hacer escrúpulos. Y sin saber Medicina, osaría decir que en sangrar del mismo lado o del contrario va poco.

Joanicio.— No me queda que responder en eso, más de lo que el señor Julián ha respondido, porque de una parte a otra que se sangre, reciben gran beneficio, y no sangrándose, se mueren. Y volviendo a lo primero, no dejo de culpar en la cura de las enfermedades la demasiada teórica y argumentaciones.

Licenciado.— Eso es lo que yo porfío, que aunque conozco que para curar las enfermedades se requiere conocer sus causas, que se traten gruesamente y no con tanta filatería que, lo claro y fácil, hacéis oscuro y dificultoso. Y parece permisión de Dios, que jamás conocí médico que adelgazase demasadamente las cosas, que no tuviese nombre de desdichado, y no se le muriesen los más de sus enfermos.

Julián.— De mí os juro por mi salud, que no me hallo también con el médico intricado y argumentador, como con el experimentado y cuerdo. Porque el primero, me deja quebrada la cabeza y atestado de razones peor de lo que estaba; y el segundo, me deja aliviado con los remedios y medicinas que me ordena.

Basilio.— Otros piden que les den causas y razones de su mal, y si no se las dan, los arguyen de ignorantes, como le acaeció a Aristóteles con un médico que lo curaba. Y yo soy de esta opinión, y me huelgo cuando el médico me especifica mi enfermedad, y, si no lo hace, me desvergüenzo a pedirlo. Y a la experiencia que decía el señor Licenciado, es costumbre muy guardada en los estudios, que primero que los médicos se gradúen y salgan a curar, hayan experimentado con sus maestros. Y de esta manera ninguno sale a curar sin ella.

Licenciado.— Antes ninguno hay que la saque, porque es tan poco el tiempo que estudian y practican, que será poca su experiencia, y para ganarla por su autoridad, no tienen cuento los hombres que matan. Y por esto decía la reina doña Isabel, que los médicos habían de salir de los estudios a curar con canas, y muy cursados en ver experimentar a sus maestros.

Julián.— Por cierto decía muy bien, y lo mismo dirían los mismos médicos, si en confesión se lo preguntaren. Porque la experiencia en la física es peligrosa, que como sea probanza de lo que no es cierto, acaece faltar y perderse el cuerpo del hombre, y este daño no es reparable en ella, como en las demás artes. Finalmente el médico experimentado habla como testigo de vista, y el letrado no experimentado de oídas solamente. Y estos testigos de derecho no hacen fe.

Joancio.— No es tanta la diferencia del médico experimentado al no experimentado, porque los fundamentos físicos son unos mismos y escritos a todos por un tenor por los antiguos. Solamente difiere el médico experimentado del no experimentado, cuanto al conocimiento de las enfermedades, en la facilidad y presteza en conocerlas, luego que se le representan. Y lo que el experimentado, sin mucho discurrir y fatigarse conoce, alcanza el no experimentado con trabajo y atención. Y, porque lo entendáis mejor, al experimentado le acaece en las enfermedades lo que a vos os suele acaecer con los hombres que de mucho tiempo habéis comunicado y tratado, los cuales cada vez que se os representan, aunque disimulados y desde lejos, por la familiaridad que con ellos habéis tenido y conocimiento, los conocéis luego. Y a los que de poco tiempo habéis comunicado, aunque los hayáis de conocer para venir en su conocimiento, es menester atención de vuestra parte, y demás de esto, que de la suya se representen descubiertamente. Esta es la diferencia, cuanto al conocer las enfermedades. Quanto a curarlas, en los cánones e intenciones curativas, en nada difieren, solamente se diferencia el médico experimentado del no experimentado en saber y haber hecho averiguación de los remedios escritos, los mejores y más domésticos y con menor daño. Ni creáis los médicos decirse experimentados, por haber curado mucho tiempo, como el vulgo lo entiende, sino por haber mucho tiempo sabiamente curado, conforme a razones médicas. Porque los idiotas y charlatanes, que corrompen las Repúblicas, aunque hayan ejercitado muchos años sus dañosas y necias imaginaciones, no se dicen experimentados, por haber carecido de los fundamentos de la Medicina, que la verdadera experiencia presupone. Muchos años se había ocupado es su arte el herrero de Arganda, mas fue tan mala su experiencia que, en cuarenta años que

usó el oficio, no salió con el temple del acero y hierro; porque entendáis que no es experiencia lo que no lleva fundamento de razón, sino atrevimiento.

Licenciado.— Todas vuestras medicinas y experiencias aprovechan poco, cuando Dios no quiere, y por esto, como el rey Argesilao enfermase y le mandase su médico que hiciese ciertas cosas medicinales, según la costumbre de los lacedemonios, respondió: «En verdad te digo, que si Dios no quiere que viva, aunque haga todo lo que dices no viviré. Y esto me quita la devoción de curarme».

Joanico.— Eso creo yo certísimamente, pero también creo que cuesta la vida a muchos que se descuidan con ello y no ponen diligencia en remediar sus enfermedades con tiempo, hasta que cumple la voluntad de Dios, que es que los que no ponen diligencia en curar sus enfermedades se mueran. Porque, aunque Dios reparte la salud a quien el quiere, dala mediante naturaleza ayudada del artificio de la Medicina; y, puesto, que por sí mismo la pueda dar, sin que intervenga causa natural, como sabe el señor Basilio, Dios no hace milagro sin necesidad, ni hay tanta necesidad de vuestra salud, para que Dios haga milagro en dárosla. Así que, según orden natural, son muy necesarios los médicos, para que, favoreciendo a la virtud con medicinas, se venza la enfermedad.

Licenciado.— No hay más que decir si se hiciese como decís, pero las más veces, queriendo ayudar a la virtud, la disminuís y enflaquecéis con demasiadas sangrías y purgas, y otras medicinas que ordenáis, no tanto con intención de aprovechar a los enfermos, cuanto de dar a entender que crecéis el trabajo y solicitud, para que os crezcan y

hagan mayor paga. Y por eso siendo preguntado Pausanias, cuál era el mejor médico respondió que el que enterraba al enfermo, antes que se enflaqueciese demasiadamente; porque muchos por codicia que dure su interés, alargan las enfermedades. Y añadiendo purga a purga, y sangría a sangría, dais tan gran batería a los enfermos, que se puede creer que pelea su virtud más con vosotros que con las enfermedades. Y si, por caso hostigados de la sangría o purga pasada, no hacen la que otra vez les ordenáis, tomáislo por punto de honra; y, si la rehúsan, sois tan importunos y hacéis tantas promesas de salud, como si estuviese en vuestra mano darla.

Julián.— De ese miedo disimulo muchas veces mis indisposiciones, sin llamar médico, porque en dos palabras, me hacen un proceso de enfermedad, y de tal manera me atemorizan, que vengo a hacer lo que pudiera excusar, y por ventura no me conviene. Licenciado.— Y si por caso alguno de ellos enferma o sus mujeres o hijos, ni jarabe ni purga ni otra cosa de medicina hacen, y esto no es sin misterio.

Julián.— Porque tienen conocidos los inconvenientes que muchas medicinas traen, y los ven padecer cada día; y nosotros haríamos lo mismo, si lo entendiésemos como ellos.

Basilio.— Eso me quita la devoción de curarme, y cuando de importunación lo hago, es para no salir de maná o de pulpa de caña fístula, ni sé mejor purgarme con dieta; porque esta, enjugando las humedades, sin ninguna molestia gasta los malos humores. Y las medicinas fuertes con que purgáis con el fuerte calor que tienen y el movimiento que hacen en los humores, calientan tanto el cuerpo, que es mayor el daño que dejan hecho, que el provecho. Y si el señor

Joanicio dijese lo que sabe en este caso, él diría que le han peligrado algunos de este achaque.

Licenciado.— Mas ellos mismos confiesan que las medicinas purgativas son ponzoñosas, y su Mesué, a quien todos tienes por gran caudillo, no entiende en otra cosa sino en consolarlas y buscar correctivos con que corregirles lo ponzoñoso que tienen, que no es pequeña dificultad. Porque, si en las medicinas ponzoñosas se pueden bien corregir su ponzoña, de fuerza me habéis de conceder que víboras y otros animales, que matan con ponzoña, se podrían consolar; pues no menos matan las medicinas ponzoñosas tomadas en gran cantidad. Así que la verdadera consolación sería no tomarlas. ¡Que así me valga Dios!, cómo todas las veces que visito a mis amigos enfermos, si los hallo purgados, tengo la mayor compasión del mundo de las congojas que los veo padecer, desabrimiento y falta de comer.

Joanicio.— En las enfermedades largas y que dan tiempo largo para curarse, conviene la poca medicina que decís, porque el daño que hacen, aunque sea por mucho tiempo, es tan poco, que con gran facilidad lo va naturaleza corrigiendo. Mas en enfermedades agudas, hay gran peligro en la tardanza de los remedios, y así es menester que sean fuertes, aunque con algún daño, porque el beneficio que hacen, es sin comparación mayor que su daño, puesto que no se sienta luego.

Licenciado.— No pararíamos en ese poco de daño, que hacen las medicinas, si al fin sanasen la enfermedades como lo prometen, pero vemos lo contrario tantas veces, que hace incierta la física, por ser tan ciertos sus remedios. Y por consiguiente, que sanar los enfer-

mos consiste más en buena fortuna que en arte ni ciencia, viendo que unos sanan con las medicinas mismas que otros murieron.

Joanico.— Por cierto, yo no niegue en estos casos hacer algo la buena o mala fortuna, antes creo a las enfermedades que mal se curan, sin ser conocidas, comprenderlas mala fortuna en ser curadas de médicos, que no las conocieron; y, por el contrario, a las que bien se curaron, buena fortuna. Pero pregunto a los que de las enfermedades escapan sanos, cómo es posible no proceder su sanidad de la Medicina, habiendo sanado con uso y ayuda suya, y no por fortuna, pues a la Medicina se entregaron y no a la fortuna; en lo cual, aunque en haber sido sus enfermedades bien curadas, y de médicos que las conocieron, hubo algo de buena fortuna y suceso, a lo menos no podrán negar deberse las gracias de su salud a la Medicina, pues a ella pidieron favor.

Licenciado.— Eso solamente concluye que los que escapan de las enfermedades, no sea por fortuna. Pero no quedó respondido ni satisfecho en ver que a muchos que se curan, es la Medicina causa de muerte; y esto arguye no tener la certidumbre que las demás artes tienen.

Joanico.— Verdaderamente yo no entiendo por qué el vulgo no da por casusa de la muerte de esos a la inobediencia y excesos que hacen, y da por causa a la Medicina, como si los enfermos no pudiesen dejar de hacer lo que los médicos les mandan, y los médicos pudiesen ordenar lo que nos les conviniese, siendo, como se presupone, médicos sabios y verdaderos artífices.

Julián.— La razón está en la mano, que es más verosímil que los enfermos, por no tener tan entero el conocimiento, no obedezcan a los médicos y escojan lo que les acrecienta la enfermedad, por serles apacible al gusto, que no los médicos aplicarles lo que les conviene, siendo, como dice el señor Joanicio, sabios. Así que no me maravillo que entre otros yerros que el vulgo tiene, tenga este.

Basilio.— Lo del señor Julián será verdad en los enfermos desobedientes y mal regidos, mas ¿qué diremos de muchos que celaron tanto su salud, que no excedieron en cosa del mundo, de lo que los médicos les aconsejaron y se murieron? En estos gran razón tendrá el señor Licenciado.

Joanicio.— Entonces o han de tener la queja de la enfermedad, por no haberse manifestado ni significado con verdaderas señales, o del médico, que por su ignorancia no la conoció ni ordenó los remedios que convenía. Ni por esto se arguye ser incierta la Medicina; porque de la manera que la sentencia dada por el juez ignorante no arguye los derechos ser injustos, de los médicos mal entendidos, no argüirán la Medicina ser incierta.

Licenciado.— Esta comparación me parece bien, si de los yerros que comenten los médicos hubiese apelación, como la hay de la sentencia de los jueces ignorantes. Y pues vuestro juzgado no tiene más que una instancia, conviene que en ella no nos pongamos en aventura de encontrar médico ignorante, cuanto más que a los sabios veo morirse tantos enfermos, como a los demás. Y esto me confirma en mi opinión.

Joancio.— Antes más la destruye, porque, cuando los verdaderos médicos, bien consideradas las enfermedades, conocen ser mortales, desahucian los enfermos y excúsanse de curarlos por conjeturas, lo que los profetas hacían por revelación; cuanto más que creer, que la Medicina socorre a todas las enfermedades es gran desatino y causa de perpetuarse la vida, que es imposible. Solamente da remedio en las que de tal manera combaten la virtud, que no la sojuzgan demasiadamente; pero en las que la tienen muy sojuzgada, no da remedio ni lo promete. Y así, declarando Hipócrates qué cosa es Medicina, dijo que es quitar las enfermedades, amasando sus accidentes, y no curar a los muy sojuzgados de ellas. Porque entendáis, que es tan gran parte de la Medicina dejar de curar a estos, pronosticándoles la muerte, como curar a los otros.

Licenciado.— A esos muy vencidos había de socorrer, que los que no lo están con sola naturaleza, sin arte ninguna sanarán. Y pues no favorece igualmente a todas las enfermedades, no merece nombre de ciencia.

Joancio.— Esa ventaja os hacemos, que la Medicina según muchos es Arte y por arte la cuentan entre las liberales, dándole el primer lugar, como a madre y conservadora de la salud; y según otros, es también Ciencia. Y los Derechos ni son lo uno ni lo otro, ni los legisladores eran dichos sabios por las leyes que compusieron, sino por la filosofía natural y moral que supieron, en que las fundaron. Así que ni se dirán ciencia, ni arte, sino confusión y muchedumbre de leyes, tan grande, que en ninguna manera se deja comprender, según la diversidad de derechos contienen: uno antiquísimo de los griegos, y otro, antiguo y muy ancho, de los romanos, otro nuevo de

Justiniano, otro novísimo, que añaden los reyes en sus reinos. Y sobre esto no tienen número las glosas que hay, pues las lecturas y determinaciones es tan grande escritura, que aun no se puede hojear, cuanto más leer y entender en la brevedad de la vida que vivimos. Unos dan un entendimiento a las leyes, otros les contradicen, otros concuerdan a estos, otros los refieren, unos las ensanchan y amplían, otros las estrechan; unos confirman y concuerdan con otras leyes, otros las contradicen, otros las traen por los cabellos, y les quieren hacer sonar otra cosa, que ni la dicen ni la sintieron los legisladores, oscureciendo y enturbiando lo claro y fácil con sus imaginaciones, de la manera que se enturbia el agua, meneándola demasiadamente o mezclando cieno o tierra con ella. De suerte que de ley en ley, de glosa en glosa, determinación en determinación, de consejo en consejo, se viene a parar en una confusión tan grande, que en las más dudas y pleitos, que se hallan derechos y determinaciones para absolver al reo, se hallarán leyes, glosas, determinaciones y consejos para condenarlo.

Basilio.— Así me ayude Dios, que tiene razón el señor Joanicio, porque las leyes como han de ser reglas y norte por el cual se gobiernen los hombres, era justo que fueran no solamente pocas, pero claras y fáciles y en lengua que cada uno las entendiera, para vivir conforme a ellas; y no que, por su oscuridad, las ignoren, y por su muchedumbre, no las puedan comprender...

Joanicio.— ¿Qué fuera, pues, si sobre las leyes vieran Bártulos, Baldos, Paulos, Jasones, Albericos, Abades, y los demás, que para leer no bastan diez vidas largas? De esta confusión de leyes nace los abogados famosos ser señores del Derecho y encaminar la justicia por la

vía que quieren, y ser tan buscados y pagados de las partes, que en poco tiempo fundan grandes mayorazgos, en perjuicio del común. De donde es que en las universidades todos arrebatan esta profesión, y hay tanta superfluidad de abogados. De aquí nace la dilación de los pleitos, por claros que sean con las resistencias y cautelas de abogados, alegando cada día nuevas alegaciones. De aquí también nace la infinidad de pleitos que hay en España, porque si el autor halla consejo para pedir al reo, no le faltan abogados para defender; si el letrado del autor cree su parte pedir justicia, el letrado del reo pretender defenderla, y aun condenar en costas al contrario. Esta confusión de leyes hace errar a cada paso los jueces ordinarios y pronunciar sentencias que se revocuen; y a los supremos, pone en tanta duda, que no se atreven a determinar los pleitos, a veces remitiéndolas, otras revocando las sentencias que pronunciaron de los mismos autos, por ofrecérseles diversas leyes, de las que primero se les representaron. Esta confusión de leyes tiene los juristas en perpetua servidumbre de estudios, envejecidos en ellos por veinte y treinta años. Esta enriquece a Francia y a sus librereros, y empobrece a España.

Licenciado.— Pluguiera a Dios que fueran los hombres tan domésticos y bien acostumbrados, que no tuvieran necesidad de las leyes del derecho civil, como estaban cuando vivían con solo derecho natural, que contenía la brevedad que deseáis; mas como la malicia reinó en los hombres y codicia de señorear los campos, nacieron tantas diferencias y delitos que compelió a las gentes a inventar el derecho civil, eligiendo reyes que con leyes las gobernasen. Y como las leyes nacen de los casos que acaecen, y la malicia continuamente crecía a nuevas malicias, nuevas leyes eran necesarias; de esta manera han crecido hasta este tiempo, en el cual estar la malicia tan encumbra-

da, ha sido causa que haya tan grande número de leyes. Y las dudas que antes decíais de los jueces, los casos las hacen más que la muchedumbre de ellas, lo cuales a veces se ofrecen tan intrincados que cualquier juicio titubea en ellos... Por ventura tienen la culpa las leyes de esta indeterminación, pero el provecho y la necesidad de ellas díganlo las ambiciones en adquirir justa o injustamente haciendas; díganlo los homicidios, hurtos, injurias, que acaecen cada día, pues si con tantas leyes y tantos ministros de la justicia, tantos y tan grandes delitos desafueros se cometen, qué sería si no las hubiese.

Basilio.— Esa duda las cosas la hacen, que no lo dudo, pero también la hacen la muchedumbre que decía el señor Joanicio, y la demasiada curiosidad y rigor de los juicios...

Joanicio.— Si a todos los casos se hubiesen de hacer leyes o determinaciones, sería nunca acabar, por ser los casos infinitos. Solamente había de determinar el Derecho lo más dificultoso y de mayor duda, porque los demás albedrío de buen varón los alcanzara, el cual no tiene menor fuerza que de ley.

Licenciado.— Si el albedrío fuese de buen varón, razón tenéis, pero cada uno presumirá que lo tiene, y se harían juicios muy desvariados, porque a unos les parecería albedrío de buen varón una cosa, y, a otros, y aun a los mismos, otras veces lo contrario. Y por esto convino que este albedrío de buen varón, bien considerado y disputado por hombres de entendimiento subido, como el Bartolo y otros, se escribiese y fuese notorio a todos, en lo cual seguimos la mayor parte. Y esta es la común opinión, por la cual se determinan las dudas y pleitos, en defecto de ley.

Joanicio.— Esa hallo yo la más recia cosa del mundo y más trabajosa que, para hallar esa común, habéis de revolver doscientos libros; no me habéis de negar la ventaja que os tenemos en usar de la Medicina, con menos trabajo y costa, porque la leen menos doctores. Y porque los casos que se os ofrecen son tan diferentes, que cada uno requiere nuevo estudio, y a nosotros tan semejantes que con lo que trabajamos para un año, satisfacemos toda la vida, con solo reducirlo a la memoria, porque las enfermedades que acaecen en este año son de una misma especie con las que acaecieron los pasados y acaecerán los venideros.

Julián.— La nobleza de las ciencias no consiste en ese mayor o menor trabajo, sino en la mayor o menor nobleza de sujeto. La ventaja nos la tenéis en que vuestros yerros se disimulan, con ser tan perjudiciales y los nuestros se firman; y a nosotros nos suele costar un homicidio la persona y hacienda, y a vosotros, os pagan los homicidios que hacéis, como los suelen pagar a los ejecutores de la justicia.

Joanicio.— Esa justicia con más razón se haría de los maliciosos, que nos cargan las muertes de los enfermos y no consideran los muchos que sanamos, mediante la Medicina, ¿cómo sino curándose los hombres hubieran de perpetuarse?

Licenciado.— No se perpetuarán, pero vivieran vida sin comparación más larga, como en tiempos pasados que duraba por quinientos y seiscientos años, como leemos de Matusalén y Noé, y otros; y en estos tiempos vivir cien años se tiene por grande admiración, de lo cual no sé qué causa se pueda dar, sino usar tanta medicina en

este tiempo que antes no se usaba, pues los manjares que entonces había y ahora hay, y lo demás que nos altera, son de unas mismas cualidades.

Joanicio.— Antes los manjares que había entonces eran muy diferentes de los que ahora tenemos, puesto que fuesen de una misma especie, porque en aquel tiempo la tierra tenía toda su fuerza y groseza, no está trabajada ni disfrutada como ahora, y a esta causa los frutos que producía eran de gran perfección y mucho mantenimiento y loable. Y esto cesa en los frutos, que la tierra ahora produce, y se ve claro por la dieta con que los griegos dietaban sus enfermos, con ser mucho tiempo después, que con sola leche de cebada o cocimiento de ella, los mantenían tanto tiempo, como ahora con pan y otros frutos, de donde se arguye ser entonces de tanto mantenimiento la leche sola o cocimiento de cebada como ahora la harina y sustancia de trigo. Lo cual es verosímil, que fuese causa que entonces se viviese vida más larga, aunque no de la vida que duraba por quinientos o seiscientos años, porque entonces fueron pocos los que vivían tanto tiempo. Y si queréis ver más claro la mayor nobleza de la Medicina, ved cuánto más nobles su sujeto que el del Derecho: que la Medicina trata de la conservación de los hombres, y el Derecho de conservación de haciendas; luego, cuanto son más nobles los hombres que las cosas poseídas de ellos, tanto será la Medicina más noble que vuestras leyes.

Licenciado.— Por ese mismo camino sois menos nobles los médicos, porque destruíis y matáis el más noble sujeto del mundo sin enmienda ni remedio, que si el teólogo yerra, otro teólogo lo corrige; si el jurisconsulto pronuncia mal, otro jurisconsulto lo enmienda, y a lo

más pierde el dinero o la posesión; pero el yerro del médico, ¿quién lo corregirá o quién dará remedio a un hombre muerto? Y lo que peor es, que mil veces a sabiendas dejáis morir los hombres, por no sujetaros a la verdad ni apartaros de vuestro primer yerro y parecer. Y porque lo veáis más claro, pregunto ¿cuántas veces os acaece, por considerar flojamente las enfermedades, teniéndolas por diferente especie, aplicar diferentes y aún contrarios a los remedios, y llamando a otros médicos, que acompañasen en el caso, conocer los compañeros vuestro yerro, y por no confesar vos vuestra ignorancia, insistir en él, hasta matar a sabiendas al enfermo?

Joancio.— No hay en el mundo quien haga tal, salvo creyendo ser verdadera su opinión.

Licenciado.— ¿Qué mayor mal, que hacer opiniones la vida de las gentes?

Joancio.— En lo dudoso son las opiniones, y esta duda se ofrece muchas veces en las enfermedades, las cuales, puesto que en lo esencial se diferencian unas de otras bastante, algunas veces nos engañan las señales accidentales, representándonos diversas enfermedades, de la que causó aquellos accidentes, según los cuales ha el médico de juzgar, como vosotros jugáis, según lo alegado y probado. Y así, de la manera que siendo la probanza mentirosa, ningún yerro comete el juez; siendo engañosas las señales, ningún yerro cometemos nosotros.

Licenciado.— No sé si recibirán esa excusación los huérfanos o viudas a quien tocare.

Basilio.— Si no la recibieren, recibirán otras razones y consuelos que para esto traen proveídas, como preámbulos con que los dejan consolados y contentos, y ellos quedan pagados y amigos suyos.

Julián.— Esa es a mi juicio la cosa más recia del mundo, que suele la muerte de un hombre ser causa de perpetua guerra entre los linajes, ¿qué razones serán esas tan poderosas?

Joanicio.— A cada uno estarle consignado su término de vida, y que a la tal persona se le cumplieron en aquel tiempo sus días.

Licenciado.— También se le cumplieran sus días, si encontrándolo a puñaladas o estocadas, lo matáseis y supiérais la pena que merecíais en hacerlo. Y aunque sea verdad que cada uno tiene su término de vida, ese término hacéis vosotros venir antes de tiempo. Otra razón es menester, que concluya mejor que la pasada.

Joanicio.— Ser la muerte natural, y de nuestra cosecha.

Licenciado.— De esa muerte natural no mueren los que padecen enfermedades, si me acuerdo bien de lo que he oído en ese artículo a filósofos, porque a esta no precede dolor ninguno, ni otra cosa de las que matan presurosamente, antes, la causa de ellas, es sola la falta de humedad natural, de la manera que se apagan las lámparas cuando del todo se les ha gastado el aceite.

Joanicio.— Y haber sido por voluntad de Dios, llevarse la tal persona, el cual, cuando así lo termina, ciega los términos de los médicos. Y que otra cosa no siento, por haber sido su mal, de que sanan otros

cada día, y que aquella persona estaba en estado de salvarse, pues en tal tiempo la llamó, para llevársela al cielo, donde tendrá abogados que rueguen por ellos, descolgándolos de tanto trabajo como padecía en la enfermedad, loándoles la muerte, por muchas autoridades de la Sagrada Escritura. Con lo cual, sin embargo, de vuestras malicias, los dejó consolados y contentos.

Licenciado.— Yo confieso que tenéis mil excusas para vuestros yerros, como es la desobediencia y excesos de los enfermos, y la agudeza de la enfermedad, pero nuestra es sin ninguna duda, la nobleza y honra, la cual nos apropián todas las Repúblicas, cometiéndonos sus gobernaciones y juzgados. Y nuestra es la privanza y favor con reyes y señores, de donde somos tan aprovechados, que la mayor parte de los mayorazgos, que hoy hay en España, son de juristas.

Joanico.— Ninguna envidia os tengo, según lo que encargáis vuestras conciencias, porque, si usáis oficio de jueces, unas veces os aficionáis perdonando los delincuentes, y otras os aceleráis castigando los inocentes. Si de oficio de abogados, todo lo defendéis y pedís justicia y sin justicia. Y en lo que defendéis, o pedís injustamente, es conclusión de teólogos, como sabe el señor Basilio, que sois obligados a restitución, de todas las costas que ambas partes hacen, y aun de la cosa injustamente perdida y defendida. Y los médicos, tienen gran seguridad de conciencia y obliganse a pocas restituciones, porque toman lo que les dan sin perjuicio de ningún tercero, visitando y socorriendo a los enfermos tanto que ha habido médicos santos, bienaventurados, como san Cosme y san Damián. Y tienen mil ejemplos para serlo, porque ninguno hay

que mejor entiendan la brevedad de la vida, y cuán poco aprovechan para esto las riquezas. Ni pueden los médicos hacer las enfermedades, como los juristas los pleitos, incitando y levantando los hombres a ellos, y aun prometiéndoles victoria de lo que es clara injusticia. Ni los remedios escritos en la Medicina hacen enfermedades, como muchas veces suelen las leyes, que previenen a los delitos, despertar a que se cometan, trayéndolos a la memoria, por lo cual Solón no quiso hacer ley en los parricidas, ni Licurgo en los adulterios, porque hasta entonces no se habían cometidos aquellos delitos y no dar asa a que se cometiesen.

Licenciado.— No hacéis las enfermedades, pero a más no poder las prolongáis, porque dure vuestro interés, en lo cual no habíais de ser reprendidos, mas castigados no menos que los homicidas. Y si ha habido médicos santos, ¿acaso nos faltan? Y mejor vida dice una glosa, que hacen los buenos abogados que los frailes franciscanos, y con razón, porque además del bien temporal que causan dando a cada uno lo suyo, son causa de gran bien espiritual, acostumbrando las gentes en costumbres virtuosas y santas; y la Medicina solamente da bien temporal. La ventaja pues que hace el bien espiritual, al temporal, esa hacen los Derechos a la Medicina.

Joanico.— Esa glosa los mismos frailes la reprueban, si no se entendiese de los abogados del cielo y santos bienaventurados; pero si de los abogados de la tierra se entendiese, es error claro, antes de ellos ninguna necesidad hay en la Repúblicas, ni de las prolijidades de sus escritos y replicatos, con que impiden la determinación de los pleitos, llevando excesivos intereses.

Licenciado.— Ninguna cosa se puede bien hacer sin ellos, porque proponen y escudriñan las leyes, y disputando en ellas se afina la verdad y derecho de las partes.

Joanicio.— De nada sirve esa disputa, porque si el que sustenta justicia, la funda y manifiesta, el contrario, la contraria y oscurece con mentiras y cautelas; y aun con falsas alegaciones a veces, con jueces idiotas frunciendo leyes y rúbricas, así que lo que de una parte se gana de claridad, hay de oscuridad de la otra. Y menos necesarias son las formas y solemnidad que el Derecho ordena en los libelos y demandas, en el pedir de las cosas, con tales palabras, condiciones y ofrecimientos, diciendo que con ellas no intentare o defendiere, pierda la cosa perdida o defendida... Y de este temor, ninguno osa-ba pedir sino lo que era debido, sin muchos gastos en alcanzarlo. Y no el vencido, vencido, y el vencedor, perdido. Y así es siempre una la gobernación en cualquier tiempo, porque en todo tiempo es una la razón y albedrío; lo cual falta en vuestras leyes, las cuales, como nazcan del estado de las cosas y este es tan mudable, necesariamente lo serán las leyes, y no tendrán la certidumbre que es la Medicina.



Alfonso de Miranda
Diálogo del perfecto médico
(Lisboa, Juan Álvarez. Impresor del Rey, 1562)

Al muy poderoso y esclarecido Rey, nuestro señor

ESTE DIÁLOGO se dirige a Vuestra Alteza para saber las letras, experiencia, honestidad y otras virtudes que ha de tener el buen médico; para tener cuidado de avisar a los reyes y príncipes en la salud, y curarlos en las dolencias, y cómo ha de ser diligencia grande y continua con los pacientes. Y porque es una cosa muy dificultosa hallarse médico en estos tiempos que tenga las condiciones que se requieren, o a lo menos cumple que tenga las mejores y más necesarias, puesto que no pueden excusarse totalmente los médicos y las medicinas. Pónense por interlocutores a petición de Filiatro el Comendador Fernán Núñez, que fue Catedrático de retórica y griego en la Universidad de Salamanca, porque nunca se coronó como médico y usó de muy pocas medicinas y vivió noventa años, cuya sola imagen es suficiente para poder representar a lo vivo.

Comendador.— Comenzando, pues, del médico como más principal, aunque ahora no hay por qué hagan ventaja en autoridad a los boticarios, porque la ley civil da igual dignidad a unos y a los otros; y la misma ley los tiene en tan poco, que parece burlar con ellos, pues después de haberlos una vez aprobados, permite se puedan tornar a

reprobar. Pero dejando esto, quiero formar un Médico tan perfecto como imaginó Tulio un orador. Para que, mostrando las muchas partes que en el médico se requieren, mostraré también serle todas tan necesarias cuan raras en los físicos de ahora se ven.

Filiatro.— Sí, pero tal orador como ese, dice Tulio, que no se halló.

Comendador.— También confieso que en nuestros tiempos dificultosamente médico con los colores que yo pintaré.

Filiatro.— ¿Cuáles?

Comendador.— Primeramente, ha de ser gran latino y griego, y entender el latín de Cornelio Celso.

Filiatro.— De esa manera, forzadle que sepa la lengua árabe.

Comendador.— Antes me parece que por fuerza la habrían de saber, porque la doctrina de Avicena, y de Rasis y Averroes, y de los otros árabes, en su misma fuente, y no encenegada en el latín en que está escrita. Fuera de esto, ha de ser consumadísimo filósofo natural, pues es el quicio sobre el que la Medicina juega.

Filiatro.— Bien me parece.

Comendador.— La astrología me parece le es necesarísima, por la dependencia de nuestros terrenales cuerpos con los celestiales. ¿Pensáis que obran iguales efectos el sol y la luna y otros planetas, estando en diferentes lugares y en diversos aspectos? Ved lo que

hacen las oposiciones, conjunciones, eclipses de sol y la luna. Mirad lo que hacen en el aire, en el mar, en la tierra, en los animales y en los planetas, los ortos y ocasos de los signos y de los otros astros.

Filiatro.— Pues he oído algunos médicos hacer burla de esta ciencia.

Comendador.— Así la hago yo de ellos y de quien se cura con ellos, pues no trabajan para saber la especulación de la teórica, sino, como hombres ociosos o faltos de ingenio, recetas como balas de mercancía para ganar de comer. Y aún con todo esto, nunca los veréis contentos, sino quejarse que no hay qué hacer.

Filiatro.— Un cuento os quiero, señor, contar de un médico, sobre cierta cuestión delante de un príncipe, de la conjunción o movimiento de la luna. Porfiando uno de ellos no hacer poco al caso el quererse dar la purga en aquel día, sino después de la oposición o conjunción ser mejor, y decir el otro médico: «quitaos de esas niñerías, que los planetas están en cielo y nosotros en la tierra».

Comendador.— Debía de saber bien aquel verso de Ovidio, que dice: «como todas las alimañas miren hacia la tierra, no tenía él necesidad de mirar al cielo, que sola la composición del hombre fue puesta derecha y el rostro alto, para mirarle y maravillarse del curso del sol y de la luna, y de los eclipses y de otros astros y planetas, y las mudanzas y ciertos movimientos que continuamente consigo traen».

Filiatro.— Con razón a ese tal le debieran quitar el cargo de curar.

Comendador.— Mas los ojos, pues que no los puso Dios sino para investigarle y conocerle por las obras de sus manos, que los cielos, como dice David, cuentan las maravillas de Dios, y si un hombre desea luego, entrando en un palacio, saber el orden y fábrica y arquitectura de él, hasta los postreros retretes, por qué naturalmente no se deleitará cualquiera género de hombre de saber la causa de este movimiento del subir y bajar del sol, del menguar las noches y crecer el día, que son causa de la generación y corrupción del mundo, y finalmente, de esta hermosísima máquina del cielo por donde fue criado.

Filiatro.— Parece que la vida del hombre, como dice Hipócrates, es breve y la arte luenga, los acaecimientos súbitos, la experiencia peligrosa, el juicio dudoso; ni aun basta hacer su deber el médico si no hay obediencia en el enfermo, diligencia en el servicio, abundancia en lo necesario. Que pienso ser dificultoso alcanzarse todo medianamente.

Comendador.— Del enfermo no trato, que claro está que ha de ser pacientísimo. Mas lo que toca a la ciencia, alcanzándola Hipócrates, Galeno, Avicena, Aristóteles y aquel divino Platón, que vino por ella a reconocer la primera causa, que es Dios. Y otros muchos, perfectos en su arte por haber repartido bien el tiempo desde su niñez.

Filiatro.— Bien lo reparten luego los que, desde la mañana a la tarde, están hechos estatuas delante de los príncipes por negocio de privanza; otros quebrantando calles porque los vean, otros en otros

vicios metidos. Así que las ciencias especulativas no se han de aprender para ganar, sino para saber. Con todo, bien me parece la astrología para los generosos príncipes y reyes, que son libres, y por eso se llamó arte liberal, porque a solos los libres era lícito aprenderla.

Comendador.— Bien creo que los médicos son cautivos de nuestro dinero y salud, y que esta es su especulación.

Filiatro.— Con todo, porfían algunos de no pequeña opinión, no ser tan necesaria y bastarles un repertorio para las conjunciones y oposiciones de sus purgas y sangrías.

Comendador.— Así son ellos médicos de cartapacios. Ciertamente, señor Filiatro, que me habéis alterado, y no quisiera alargarme tanto en lo que está tan manifiesto, principalmente con las simples razones de esos, pues, no la sabiendo, ¿qué crédito se les debe de dar, más que al ciego querer deslindar el esmalte de los colores? Antes esos, allende necios ociosos, los debían tener por desvergonzados: dicen mal de lo que no entienden ni trabajaron, siendo una de las siete artes liberales y siendo de todos los santos y de sus mismos autores aprobada, pues su mismo Hipócrates, príncipe de la Medicina, nos dice no ser pequeña parte la astrología para la medicina, y que las mudanzas de los tiempos, principalmente si provienen por mudanza de los planetas, son causa de enfermedades. ¿Cómo podrán entender los libros de Galeno de los días decretorios que cuentan, desde la hora de la enfermedad hasta el cuarto, seteno, oncen y cuatorcen, sino por ciertos aspectos sextiles, trinos y oposiciones que hace la luna con el punto de la enfermedad? Y si le preguntáis las causas de esta alteración, no

saber decir otra sino que por experiencia ver alterarse naturaleza en aquellos días, y la causa, según Ptolomeo, es que la naturaleza o la virtud del enfermo vinieron a campo con el mal, y luego, en el principio, la naturaleza fue vencida del mal, y constreñida que no proceda con sus obras naturales adelante en su proporción, ni tampoco ella, viéndose sobresaltada del mal con pocas fuerzas, no puede resistir, mas esperando socorro del aspecto favorable de la luna, al cuarto día ve si la favorecerá en el seteno, porque entonces los humores no son tan fuertes como en el principio. Y otras muchas razones que dejo, y así el buen médico, sabiendo en qué signo o término estaba la luna con el sol, y con los otros planetas, y entendiendo bien la teórica de esto, podrán con razón natural más cierto saber si antes del cuatorceno será necesario más o menos evacuación, y conociendo el nacimiento de un príncipe y complexión, podrá ver si algún eclipse del sol cae en su ascendente, y conociendo antes por razón natural, si será el año seco o frío, húmedo o caliente, porque de las mudanzas de estos se engendran las enfermedades. Podrá, antes templando con buen regimiento y mudanza del lugar, prevenir y evitar alguna enfermedad, o a lo menos mitigar la mayor parte de ella. Porque el sabio enseñoreará las estrellas, y el buen astrólogo podrá evitar mucho mal, como dice Ptolomeo.

Filiatro.— De esa manera, también necesitaréis a vuestro médico que sea médico y aritmético.

Comendador.— Claro es que sin ella no puede ser astrólogo.

Filiatro.— Gran carga le vais poniendo; temo que ha de dar con ella en tierra, pues no falta que pidáis sino la música.

Comendador.— ¿Cómo fuera de propósito lo decís? Vos no sabéis cómo nuestro cuerpo está compuesto en proporción, por donde algunos filósofos quisieron que nuestra alma no fuese otra cosa sino una armonía a manera de un instrumento de cuerdas templadas, y cómo aflojando y quebrándose las cuerdas se desconcierta la música, ni más ni menos se acaba la vida desconcertándose los humores que en el cuerpo sano estaban concordes. Quien esta música contradijere en su cuerpo, nunca debió de llegar la mano a su mismo pulso, en el cual está tan claro descubierta la proporción y compás.

Filiatro.— ¿Ya no requeriréis más ese médico?

Comendador.— Lo principal le falta, que es oír de médicos doctísimos la medicina, porque la voz viva del preceptor es de gran eficacia y como los cuerpos toman la calidad conforme al manjar de que se mantienen, la recibe también el ánima de la doctrina que bebió de la boca del maestro. Además de esto, es menester pasar por sí la medicina muchos años, para digerir las materias que de los preceptores ha oído, y anatomía también es necesaria.

Filiatro.— Para cirujano será eso.

Comendador.— Y para médicos ni más ni menos, pues que aunque hayan leído en los libros la interior compostura del hombre, pero conviene que la vean, como los geógrafos y astrólogos se ejercitan en los mapas y esferas materiales, y otros instrumentos.

Filiatro.— A esa causa me parece se ha hecho en esta Universidad y en la de Coímbra y Valladolid cátedra de anatomía de los que justiciaren.

Comendador.— De los mismos médicos fuera justísimo hacerse, pues si condenan a muerte a un triste hombre porque mató a otro desventuradamente, con cuánta mayor razón lo merecían estos, que tantos matan por año; pero vemos ahorcar al que tomó dineros para matar a otro, y a los médicos dánseles porque nos maten.

Filiatro.— ¿Os contentáis en haberle puesto en ese estado para fiarle vuestra salud?

Comendador.— No, por cierto, pues es necesaria la experiencia, y esta, por ser peligrosa, no querría que se comenzase en mí, pues como aprendices forzoso han de estragar la primera cosa en que se ensayan, antes que salgan diestros maestros. Y también hace al caso ver diversas provincias y regiones, comunicar con diversos médicos de diversos climas, y aun las tierras donde los autores escribieron, porque allá, por ser tierra más septentrional, no tienen los mantenimientos al doble la fuerza y virtud que acá tienen. Y así, tienen ellos otros simples que acá, por la tierra ser más meridional, se pierde. Así que para ninguna facultad aprovecha más el ver diversas provincias que para esta.

Filiatro.— ¿No queráis pedirle más?

Comendador.— Diligencia grandísima.

Filiatro.— Con esa y con la cortesía, ganan muchos idiotas más que los otros con su gravedad.

Comendador.— En nombre solo de médico les basta, con los buenos pilotos que tienen de sus alabanzas, que con mayor diligencia procuran que el estudio, y les dan el ser, contando en cada casa sus milagros, diciendo que saben más que Esculapio ni Apolo, secretos nunca vistos de particulares enfermedades y a cualquiera calentura dicen que son héticos confirmados, y a cualquier tos llaman tísicos, y a cualquier sarna, leprosos; y, si acaso sana, no dejan rincón donde no digan cómo han curado males incurables.

Filiatro.— ¿Pues es malo procurar el médico de cobrar buena fama?

Comendador.— No, por cierto, si con ella procurasen el estudio de ser perfectos en su Arte, que la buena opinión y firme confianza que el enfermo tiene de la buena fama del médico es la principal causa, mediante Dios, de su salud. De donde muchas veces acaece una simple vieja curar enfermedades y lo peor con remedios contrarios, por la confianza que de ella se tiene. Mas, cuanto a lo que dijimos, no se excusa continua diligencia con el paciente, pues sabéis las novedades que de una hora a otra, y aun de un momento a otro, obra la naturaleza humana con el cuerpo humano. Porque la virtud con la enfermedad se han puesto de manera de los que luchan: a uno de los cuales, pareciendo que va a caer, derriba a su contrario; y como en las guerras, según los historiadores y los que escribieron avisos de la milicia, es de mucha importancia no dejar pasar la mínima ocasión que dé, su natura es velocísima. Y así, esta diga de la virtud y dolencia, es cosa muy peligrosa perder alguna ocasión no hallando siempre presente al médico, y así acaece que la orina que el doliente hace, si para hacerla se detiene un poco más, mostrará diferente señal que la que a esta sazón señala. Y lo mismo es en la sangría que antes había mandado.

Filiatro.— Bien deben luego curarse los que envían de sus casas las orinas, que llegan a la posada del médico corrompidas; y los que dejan al albedrío del barbero la cantidad de la sangre.

Comendador.— Cosa es digna de gran conmisericordia en nuestra España, que hayan fieles y sobrefieles en las medidas del vino y aceite, y otros licores de poco precio, y que en la de la sangre, estando en ella nuestra vida, se dé a ojo sin peso ni medida; y lo peor es que, primero que el médico vaya, los tienen los barberos hecho la salva con dos o tres sangrías.

Filiatro.— Claro mostráis la necesidad que tiene el paciente de la residencia del médico.

Comendador.— Ved que aun Cristo Nuestro Señor, pudiendo sanar con sola palabra, quiso ir en persona a curar las enfermedades; y el profeta Eliseo no pudo curar al hijo de la viuda hasta que personalmente se vio con él.

Filiatro.— ¿Satisfacéis os con eso?

Comendador.— No, porque allende de esto, ha de estar muy sobre aviso de tener cuenta de los tiempos pasados del año, si fueron secos o húmedos, porque conforme a ellos toman calidad las enfermedades. Ni basta tampoco hacer esto, si en particular no estudia la dolencia, porque en pocos casos se pueden ofrecer dudas en ninguna facultad de que, sin tornar a rever en los libros el punto, se pueda tomar cierta resolución de él, pues no hay ninguno tan fácil, ni memoria tan perfecta, ni estudio tan continuo, que baste a retener la menor parte de

lo que se ha leído, sin tornarlo luego a mirar, excepto si pensáis que no estudian medicina sino hombres a quien naturaleza haya dado las prodigiosas memorias que de Metrídates, Cicerón, Scipión, Séneca y de algunos antiguos hemos leído. Y es cosa digna de gran lástima ver, según el Derecho, no valga la sentencia del juez que, recibiendo a la mañana el proceso civil lo sentencia a la tarde, porque se presume haber sido breve tiempo aquel para haberse visto con diligencia la justicia; y el bueno del médico, no desde la mañana a la tarde, mas solamente en acabando de tomar el pulso sin otra deliberación, sentencia al enfermo, y no sobre causa civil, sino de sangre, y aún las más veces de muerte, cuyo daño, aunque hubiese de dar residencia, no lo puede reparar, puesto que lo pagase con su misma vida; y el juez de la causa civil, puede, con sola la hacienda, restituir su yerro.

Filiatro.— De esa manera, ¡ay de los dolientes de nuestro tiempo!, porque se buscan a los médicos más afamados, también lo son más ocupados, de arte que andan con memoriales en las manos para no olvidarse de las casas que han de visitar, así como citadores o recaudadores de bulas o cogedores de pechos.

Comendador.— No suelen ellos recaudar en burla el salario que por premio de tan bien empleado trabajo pretenden debérseles.

Filiatro.— Ya sabéis tener en el punto que deseábamos a nuestro médico.

Comendador.— Lo más esencial le falta.

Filiatro.— ¿Qué?

Comendador.— El juicio y estimativa aplicada a esta facultad.

Filiatro.— ¿Cómo le puede faltar, habiendo aprendido las cosas a que le obligáis, en la cuales tan sutil ingenio se requiere?

Comendador.— Porque se han visto muchos hombres tener ingenio en las matemáticas, ciencia tan delicada, y si lo sacaseis a derechos no se les asentara aquella facultad, siendo menos sutil; y habéis visto hombres sin haber visto a Vitrubio, y aún sin saber leer, muy excelentes en toda trazas de arquitectura, como lo fue Noguera, fraile franciscano, en nuestros tiempos; y otros del todo idiotas pero muy grandes pilotos, en cuyo ejercicio se requiere gran delicadeza de entendimiento. Tanta fuerza tiene la natural inclinación y aptitud en cualquiera ciencia.

Filiatro.— Parece habéis sacado de la postrera línea a nuestro médico.

Comendador.— Aún todavía es menester bruñirle más, porque además de ser lo que he pintado, ha de ser tan secreto como confesor, trabajar de ser sano, discreto, prudente, cauto, muy leído, limpio, grave, honesto, cortés, gracioso a sus tiempos y no tanto que gane nombre de chocarrero y pierda su autoridad, recogido, tener orden en el estudiar no quebrantar la orden, que la mayor herencia es la del tiempo; curar con diligencia los pobres de gracia y ayudarles con la décima de lo que ganar; y de cuanto más edad fuere, tanto más autoriza la experiencia de sus letras. Y cuanto a la doctrina, ha de tener conforme a ella la bondad y costumbres, y temor de Dios, pues hay médicos tan amigos de su parecer, que por no rendirse al ajeno, contradicen la verdad; y otros rijosos, y como halcones tomadores, no quieren volver en compañía.

Filiatro.— De algunos he oído que han llegado a las manos, y aun defendido hasta la sangre de su cuerpo, sus pertinaces porfías.

Comendador.— Muchos cuentos podría yo contar en este propósito si mi mala disposición diera lugar a alargarme.

Filiatro.— Ahora no es posible que falte hevilleta a vuestro médico. Pero creo cierto que si tal como le habéis pintado le hallásemos, se podría contar por octava maravilla en las del mundo, y paréceme que esta imagen parece al mismo momo, o reprender en las sombras y lejos, según la habéis dejado perfecta.

Enrique Jorge Enríquez
Retrato del perfecto médico

(Salamanca, en casa de Juan
y Andrés Renaut, Impresores, 1595)

Breve suma de lo que se contiene en este primer Diálogo

TRÁTASE DE LA VERDADERA AMISTAD, y cuán necesaria es la amistad del docto médico; muéstrase cuán noble y antigua es la Medicina y cuán útil a la república, que el médico ha de ser temiente del Señor y muy humilde y no soberbio, vanaglorioso y que sea caritativo con los pobres, manso, benigno, afable y no vengativo. Que guarde el secreto, que no sea lenguaraz, ni murmurador, ni lisonjero, ni envidioso. Que sea prudente, templado, que no sea demasiadamente osado. Declárase qué hace a los médicos ser bien afortunados en sus curas, y a los capitanes en los sucesos de las batallas; que sea continente y dado a la honestidad y recogido; que sea el médico dado a las letras y curioso, que trabaje en su arte, y que huya de la ociosidad, que sea el médico muy leído, y que sepa dar razón de todo. Declárase qué libros ha de haber leído el médico, que imite a algún docto varón, que no sea dado a sofistería, sino a ciencia madura, que no huya de las disputas sobre cosas de sus ciencias. Cuánto daño hacen los imperitos vulgares que quieren cura y usar de el álgebra, cómo habían de ser punidos. Muéstrase el poco cuidado que tienen las justicias en castigar a los que mal profesan este Arte, y lo que hacen en premiar al indocto

médico como al docto; lo cual es causa que la Medicina tan poco florezca, y no haya muchos sabios en ella. Sobre cualquiera de estos puntos se tratan cosas muy galanas y muy curiosas, como puede ver el lector.

Diálogo primero del Perfecto Médico.
Interlocutores, el licenciado **Enríquez**, médico,
y un **Teólogo** arcediano

Al tiempo que el suelo está de diversas flores y muy olorosos jacintos cubierto, antes que el sol con sus ardientes rayos nos alumbrase, salióse de esta ciudad un teólogo, no tanto por gozar de la mañana y amenidad de los verdes prados, cuanto para que viendo la amenidad de ellos y de su hermosura y el suave olor de muchas lindas y olorosas yerbas de que estaban esmaltados, diese gracias al Señor que tantas cosas había criado por causa del hombre. Iba pues el Teólogo paseando, no había llegado al lugar donde muchas veces solía ir, por ser lugar aparejado para consigo filosofar los misterios de la naturaleza, cuando ya le iba en el alcance un gran amigo suyo, Médico en profesión. Habiéndose pues amigablemente saludo, no se puede creer lo mucho que el Teólogo se holgó con la presencia de su buen amigo, lo uno, por lo mucho que le quería; lo otro, porque había muchos días que no se habían visto, y así tenía muchas cosas que tratar con él. No pudo el Teólogo encubrir el regocijo que con la venida de su buen amigo había recibido, que no se le echase de ver en la cara...

Teólogo.— Uno de los oficios que yo quería tener por amigo es el del Médico, que siendo el médico mi amigo, como vuestra merced me parece que lo es, se desvelara por mi salud, tendrá mucho cuidado sobre el remedio de mi mal.

Médico.— Con mucha razón, dice vuestra merced eso, aunque no con palabras cuales requiere, porque cuál será el desventurado que el médico que tiene en su pueblo, no le tenga encima de la cabeza, le acate, y le haga toda reverencia, y trabaje por tenerle por amigo para el tiempo de sus enfermedades, que teniendo yo amor a uno, no me contento con le visitar dos veces en el día, sino muy a menudo. Porque del menudo visitar, si hay letras y la suficiencia que deseamos, se viene a caer en la cuenta de la enfermedad, y los accidentes que cada rato sobrevienen se remedian con brevedad, antes que echen raíces. Por eso decía Hipócrates que el Médico había de visitar muchas veces y con diligencia, y Cornelio Celso decía, que los amigos y conocidos mejor los curamos.

Teólogo.— En el libro que vuestra merced hizo ley, que para bien curar aprovecha mucho conocer la complexión particular del enfermo, y esta se viene a saber del uso y conservación frecuente.

Médico.— A mis amigos suelo yo tomar el pulso muchas veces en sanidad para que, si enfermaren, entienda mejor la destemplanza y exceso que trae la enfermedad, y pueda pronosticar el suceso, que no estén los asistentes vanamente confiados, pensando ser segura la enfermedad, siendo ella muy peligrosa. Después que había pasado esta plática bien quería el Médico oír lo que se seguía y así dijo, «Basta lo dicho, volvamos, que se nos aviene acercando mucho el sol». Nunca Dios tal quiera —dijo el **Teólogo**—, aún no hemos tocado lo que quería mostrar».

Médico.— Bien creo, señor, que según el caudal del ingenio de vuestra merced, le parecerá que hemos dicho poco, aunque todo ha sido

de cosas de humanidad gustosas, que casi no pueden dar molestia. Vuestra merced me ha de perdonar que yo determino de pasar adelante, porque, lo que vuestra merced pretende, es para mí muy arduo y dificultoso, principalmente, tratando de la perfección de la Medicina, no podré dejar de decir mal de los médicos imperitos, y cómo por nuestros pecados de ellos haya mucha mayor multitud que de los sabios, que es así que *Infinitus est stultorum numerus*, no querría que algunos que yo conozco me tomasen por enemigo.

Teólogo.— Nuestro intento no es hacer agravio a nadie, sino dar reglas y avisos, con los cuales cada cual se pueda perfeccionar en esta Arte: los sabios se holgarán en ver que acertaron con el oficio que les convenía, y los idiotas, corridos de vergüenza, dejarán de matar a diestra y siniestra, o procurarán por mejorarse; y las gentes sabrán de qué Médico podrán fiar su vida. Declarar esto será servicio muy acepto a la República, digno de muy gran galardón.

Médico.— Cosa es esa que hasta el día de hoy ninguno particularmente ha tratado, mas el galardón que nos darán los Médicos al cabo de esta jornada, será el que se suele dar a otros semejantes trabajos: el Médico idiota querrá ser juez de lo tratado, no teniendo en ello voto, y nos tendrá mayor odio, porque mentamos la soga en casa del ahorcado; el docto, podrá ser que la envidia le ciegue, y, no hallando qué reprender, dirá no ser decente para confirmación de lo que tratamos traer autores de diversas ciencias, a lo cual respondo, que no soy yo el primero que esto hice porque de Galeno lo aprendí, el cual a cada paso trae historias, versos, adagios de otros autores sabios en otras ciencias, para confirmación de su doctrina, y nunca a Cornelio Celso fue tachado. Antes por ello fue de Quintiliano alabado que,

teniendo conocimiento de la Medicina, la tuvo también de otras ciencias. Yo cierto, como dije, no pasara adelante sino antes me retirara, si no entendiera que daría pena a Vuestra Merced, que siempre trabaja por autorizar la Medicina, y si oso meter la mano en negocio tan hondo es porque sé que tengo en Vuestra Merced buena ayuda que, viéndome caer, se me dará la suya para levantarme. El lugar nos está convidando, que cierto lo es muy acomodado para engañar y suspender cualesquiera pesares y pasiones de un corazón, y quién no holgara de entretenerse bien con tan buena conversación y compañía. Era el teólogo el doctor Palomares, arcediano de Coria, muy privado y querido del ilustrísimo y sapientísimo don Pedro García de Galarza, obispo dignísimo de Coria; y el médico era el licenciado Enríquez lusitano, lo que entre ellos se finge que pasó, para que se entienda mejor y parezca estar los dos presentes, se propone de esta forma.

Licenciado.— Sentencia es muy celebrada y muy recibida de todos los escritores que Dios Omnipotente hizo la Medicina y que ninguno que fuere prudente la aborrecerá.

Arcediano.— Fue esa sentencia dicha por el Sabio, y así la leemos en su *Eclesiástico*.

Licenciado.— De ella se puede inferir ser justa razón que los médicos doctos sean acatados y reverenciados, y en ese lugar que Vuestra Merced allegó un poco más abajo, si no me olvido, leí yo estas palabras: «el altísimo Dios dio la Medicina al género humano, y quiso que fuese preciada entre otras grandezas y cosas milagrosas que hizo».

Arcediano.— Platón en el *Diálogo del convite* decía que Dios por el amor que tenía al género humano le había dado las artes, y ejemplifica esto en la Medicina.

Licenciado.— La Medicina, fue servido Dios por su infinita bondad y misericordia de revelarla a nuestro primer padre Adán, y de él vino de unos en otros por herencia, y estando como olvidada por negligencia de algunos, por otros fue reducida su dignidad y resplandor antiguo, entre los cuales fue Hipócrates, que descendía de la casta y generación del gran Esculapio. Después de Hipócrates la cultivaron muchos, que en ella florecieron, Diocles, Caristio, que fue en el tiempo de Darío Histaspis, Praxágoras, Aristóteles, Erasistrato, Serapión, Apollonio, Erofilo, Asclepiades, Andrómaco, Antonio Musa, Largo, Plinio, y el excelentísimo Galeno, el cual más que ninguno la puso en el primor que ahora está.

Arcediano.— Bien se deja entender que el solo inventor de la Medicina fue Dios, inmortal y sumo Arquitecto nuestro, y fabricante del orbe universal, y luego que formó al hombre conociendo las flaquezas y enfermedades, a las cuales había de ser sujeto. Como padre piadoso, le enseñó los remedios contra ellas, para que en las aflicciones humanas no desesperase, y que así vino la Medicina de mano en mano, descendiendo de nuestros primeros padres a nosotros sus sucesores. Esto está averiguado entre todos los escritores, así griegos como latinos.

Licenciado.— Hipócrates en el libro *De prisca medicina*, decía que era la Medicina un don e invención de Dios, con las cuales palabras declaró bien su dignidad y veneración; lo cual también dejó escrito

en el libro *De sacro morbo*. Y en otros lugares leído habrá, Vuestra Merced, muchas historias, por las cuales manifestamente ve, cuánto sea el valor de la Medicina y en cuánto siempre fue tenida, que algunas cosas de ellas toqué yo en el tratado que compuse el año pasado de catarro epidémico, el cual, como Vuestra Merced me escribió, contentó mucho a su Señoría, y su Señoría ilustrísima me lo alaba mucho en una carta suya; tengo yo gran contento haber agradado a un tan sabio varón en su Señoría. Decía Marco Tulio ser muy grande y excelente cosa ser alabado de otro varón, el cual de todos fuese alabado. Y porque es verdad lo que dice Séneca, *Qui laudatum laudat, se ipsum glorificat*, quiero por ahora recoger mi pluma y no detenerla en loar lo que de suyo está tan loado...

Arcediano.— Y volviendo a nuestra plática, es muy justo que los médicos sean de estos acatados, como lo eran en los siglos pasados. Muchos capitanes esforzados y valerosos tienen renombre y gloria por sus señaladas hazañas, mas los más deben su fortaleza y vigor a la Medicina, y así se tiene por cierto, que Filipo, médico de Alejandro Magno, no menos venció a Darío en la lid, que el mismo Alejandro, al cual un poco antes de la victoria él había restituido y restaurado las fuerzas de una grave enfermedad ya perdidas. Y si es verdad lo que dice Aristipo, que el dolor es mayor de todos los males, aquello sin duda debe ser tenido por sumo bien, que nos libra de un tal tirano.

Licenciado.— Siempre la Medicina fue muy estimada y los médicos hoy en día lo son en las casas de los grandes, como se ve cada día de las mercedes que reciben los que son sabios, de los reyes, príncipes, y otros grandes. Muypreciado fue Galeno de los grandes de Roma, y de Antonio Pío emperador, y del sabio Marco Aurelio, emperador

romano. A Hipócrates levantaron los atenienses una estatua de oro, que era grande victoria, y, como dice Aristófanes autor griego, las honras que hacían a Hércules hacían a Hipócrates, y todos los de Coi festejaban su nacimiento. Oribasio, muy estimado fue de Justiniano; Antonio Musa, de Augusto César, y Filipo médico, del cual habemos poco antes hablado, del grande Alejandro; y, como escribe Plinio, nunca los profesores de las más artes ni aun a los senadores se hicieron tantas honras como a los médicos: dábanse a esta facultad los reyes, príncipes, como Mitrídates rey del Ponto, Agripa, y otros reyes y muy poderosos de Siria, tomaban los nombres de las plantas y yerbas medicinales que ellos con el uso hallaban. Preciábanse del oficio de médico y profetas muy grandes ejercitaron el mismo oficio, y lo que es más, el mismo Dios, como cada cual podrá ver en la Sagrada Escritura, usó del mismo oficio de médico curando muchos enfermos de muy grandes y prolijas enfermedades. Si leemos haber los romanos desterrado y echado fuera de su ciudad a los médicos, no por eso se colige que la Medicina ha de ser despreciada, sino los malos y ruines profesores, que no saben usar de ella a su tiempo y lugar oportuno, cuales eran aquellos que en aquel tiempo había en Roma, que no tenían más que los nombres de los médicos, la ciencia y letras para tan alto y sublime oficio les faltaban. Por lo cual con mucha razón fueron por el sacro Senado de la ciudad excluidos, que si ellos fueran hombres doctos, prudentes, sabios y leídos, ejercitados, no hay duda sino que los tendrían consigo en mucho respeto, y nunca los echaran de su compañía, como del mismo Plinio se puede colegir, y lo dice muy a las claras, escribiendo Catón el Censor a su hijo Marco. Mas ellos eran todos imperitos idiotas, y de poco estudio y menos ejercicio, y los que así son, ¿cómo pueden en su facultad acertar?

Arcediano.— Siempre entendí que no por odio de la Medicina, sino por el aborrecimiento de los artífices de ella, los romanos estuvieron tantos años sin médicos, y creo que acertaron porque eran, según escriben los antiguos, más dados a las leyes y retórica y otras artes que a la Medicina; ciencia por cierto tan singular y sin afición mal podían salir tales cuales ella requiere. Que pocos días ha, que oí a Vuestra Merced, que decía Galeno y con mucho razón que fue parecer de Herófilo médico, ser las medicinas la manos de Dios, y declaraba Vuestra Merced la autoridad, diciendo si se aplicaban cuando convenía.

Licenciado.— Ser eso así se deja entender, porque leemos que viendo los senadores romanos la falta que hacía a la ciudad por no haber buenos médicos, mandaron a Epidauro buscarlos, y los trajeron con muy gran pompa, y con ellos a Esculapio en figura de serpiente de cobre. Toda la ciudad y nobleza romana los fue a recibir con mucha veneración, y leído tengo en el derecho civil, en el *Digesto viejo*, que entonces fueron concedidos grandes privilegios e inmunidades a los médicos.

Arcediano.— El Comendador griego en el tratadillo que hizo contra los médicos o en su favor, dice ser traído Esculapio de Epidauro en figura de serpiente para significar la venenosa cualidad de la Medicina.

Licenciado.— En todo tiempo que el Comendador griego vivió sano, aborreció la Medicina, mas después que se vio enfermo con enfermedad peligrosa, vemos todos que se socorrió a ella muy humilde, y como a falso traidor al tiempo que la buscaba, ella le faltó. Y harta

necesidad es decir que los senadores, yendo a buscar a los médicos, trajeron a Esculapio en figura que demostrase la Medicina ser dañosa, porque llano es que si los romanos, hombres tan amigos de gloria y fama, iban a buscar a los médicos, que no habían de ir de suerte que demostrasen ser la Medicina mala, pues la iban a buscar, que eso ni en locos cabía, trajeron a Esculapio en figura de serpiente para nos dar a entender que la Medicina, usando bien de ella, puede desbaratar y consumir todo género de males, como la serpiente a otros animales fieros, y a la vida humana perniciosos, hicieron esos mismos templos a Esculapio y a Apolo médicos, y a otros que hallaron algún oficio útil y provechoso a los hombres. Y si también hicieron templos y en ellos sacrificaban a Mercurio y a Venus, ni por eso, como quiere el Comendador griego, se ha decir de la Medicina ser mala, que esos gentiles en uno y otro erraron, que el verdadero sacrificio y honra a Dios solo se ha de dar. Mas ellos, como hombres sin lumbré y claridad de justicia, lo que les agradaba o veían ser provechoso a sus cuerpos amaban y tenían por dios: hicieron templo a Mercurio, porque los había enseñado a hurtar, y decían que hurtar no era vicio, sino astucia loada de los lacedemonios y concedida por los egipcios, según son autores Aulo Gelio y Alejandro de Alejandro. Y, que aunque en Mercurio había eso, tenía también otras buenas habilidades de la palestra y tocar una vihuela, las cuales artes, porque a los hombres había comunicado, pensaron ser digno de aquella veneración, y así se burla de los tales dioses Luciano. Y quien quisiere ver cosas muy buenas acerca de la veneración y sacrificios de los gentiles, lea al buen Lactancio Firmiano. Homero autor griego celebró con sus sabios y bien compuestos versos a la Medicina, y afirma que, en la guerra de los troyanos con los griegos, acompañaban a Agamenón dos grandes médicos, Podalirio y Ma-

caón, hijos de Esculapio. Y a este propósito dice el mismo Homero en el libro onceno de su *Iliada*, y Platón en su obra, que vale por muchos en la guerra un médico curando a los enfermos, los cuales faltando el médico se morirán. ¿Por ventura el mismo Homero no alaba mucho a Quirón, centauro médico? ¿No leemos que otros poetas lo llamaron noble? Pues ¿cómo el gran Homero había de alabar a los profesores de la Medicina y tenerla por dañosa?

Arcediano.— De Catón Censorino dicen que el día que trajeron a los médicos a Roma, clamó diciendo aquel ser el día en el cual entraba la pestilencia por los muros de Roma.

Licenciado.— Muchos han querido decir eso en desfavor de la Medicina, mas engañanse que nunca Catón tal dijo; si leemos las historias romanas, hallaremos que fue amigo de los buenos médicos, y no faltan algunos que digan que solía traer consigo a Cleantes médico. Así me acuerdo haberlo leído en Plutarco, y si es verdad que el mismo Catón uticense escribió una carta a su hijo Marcello desde Asia en la cual dice mal de los médicos, cierto que bien considerado no tachaba sino a los griegos que en Roma ejercitaban esta arte, a los cuales por las disensiones que había entre el pueblo romano y Grecia tenían por sospechosos, según que él lo da a entender en la misma carta, cuando dice: «Aunque todas las artes de Grecia sean sospechosas, perniciosas y escandalosas, te he decir, hijo Marcello, que para la República de nuestra madre Roma es la peor de todas la Medicina, porque han jurado todos estos griegos de enviar a matar con médicos, a los que no han podido vencer con armas». De estas palabras se entiende cuál fue la causa porque fueron echados de la República de Roma los médicos...

Arcediano.— Una duda me ocurre la cual a muchos siempre hizo dificultad, y es que ninguna cosa se puede hacer sin la permisión divina, y todo cuanto ha pasado y está por venir fue primero en ella: pues si todo fue primero en la providencia divina, ¿qué aprovecha usar de la Medicina en las enfermedades? ¿Para qué usan los médicos de sangrías y purgas y otros remedios? Porque si Dios tiene proveído que aquel se muera, por mucho que le curen no sanará; y si está determinado por Dios que no se muera, sin medicinas escapará. ¿No dice Dios por el profeta, yo soy Dios y no me mudo?

Licenciado.— Esta dificultad me acuerdo haber leído en el sapientísimo Navarro, en una famosa repetición suya que escribió cuando leían en la universidad de Coímbra, aunque en diversos términos y para responder a ella, era menester ser yo otro gran teólogo, como Vuestra Merced, más con todo, aprovechándome de la Medicina, en cuyo loor tomé este trabajo, responderé. El alma vegetativa, que es causa de la nutrición principal y de la aumentación, usa del calor natural como de instrumento, con el cual da perfección a sus obras y es esta necesidad del calor natural tan grande, que sin él no puede el alma permanecer en el cuerpo, mas antes, faltando él, falta ella luego. Esto parece que quiso significar Hipócrates cuando dijo, *Calor producit usque ad mortem*. Y otros le quisieron atribuir tanto que dijeron ser él la naturaleza: es de natura ígnea, y así perpetuamente se ha de nutrir y alentar, y para esto tenía necesidad de pábulo, como vemos al ojo en la llama de la vela, y del candil que, faltando el aceite o la cera, perece luego. El pábulo y nutrimento del calor natural fue constituido por la divina sabiduría el húmido radical, y no fue hecho de naturaleza de agua, sino de aire, para que mejor se conservase el calor natural. Este húmido radical, hablando ahora

algo toscamente, no es otra cosa sino humedad natural engendrada en el principio de la generación del viviente con el calor natural, él continuamente la va gastando, y, por otra parte, conservándola... Este húmido radical presto se consumiría sino se reparase con la comida y bebida... Mas por cuanto este húmido radical que se gastó, nunca se puede reparar tanto cuanto se consumió, o a lo menos tan bueno, de ahí viene que necesariamente nos hayamos de morir y tener más larga la vida hablando filosóficamente los que tuvieren más húmido radical, y entre el calor y el húmido mejor proporción. De aquí nace la causa de la variedad que hay de complexiones y de otros muchos efectos, considerados muy frecuentemente de los médicos. Y hablando a la duda de Vuestra Merced, de esto se colige que tiene el hombre un periodo y término constituido de su vida, largo o breve, según la variedad de su complexión; y así entre los animales los de una especie suelen vivir más que los de otra. Según Aristóteles lo dejó escrito, y no solo hay diversidad de una especie a otra, más aún en la misma especie del hombre tenemos por experiencia que viven más los labradores que los ciudadanos, y entre estos menos los clérigos ociosos y los hombres comilones, lujuriosos. Este término de vida se llama complexional, y este se puede dilatar con la Medicina, así como se puede acortar con muchos excesos, con la lujuria, la destemplanza en el vivir con los vanos y bobos peligros a los que muchos se oponen con los cuidados, hambres, necesidades que muchos pasan. Aquí se ve a las claras de la excelencia de la Medicina, la cual, algunas veces quitando, otras poniendo, como Hipócrates nos daba a entender, puede hacer que el hombre llegue a este término y no se muera antes que él sea llegado. Esto parece que quería significar Boecio Severino en estas palabras: *Homine si corpus expectes, quid imbecillius reperire queas? Quos saepe muscularum, vel morsu,*

vel in secreta quaeque raptantium necat introitus. Hay otro término que llaman, según la praescientia divina, la qual ab eterno determinó a cada cual el término y plazo de su vida, y este el médico no puede dilatar, ni por ninguna vía se puede humanamente acortar; y es tal, que, así como al otro muchos no llegan, a este todos llegan, porque de otra manera implicaría contradicción. Lo que toca a este punto, dejo a yo a Vuestra Merced y a los demás señores Teólogos, y quiero concluir que, como sea verdad, como lo es, que ninguno puede saber lo que está por venir sino solo Dios, fuente perenne de sabiduría, ninguno podrá saber cuándo llegará este término. Y, por lo tanto, fue el Señor servido que el hombre como ignorante del día de su muerte, procure salud por medios convenientes, cuales son los de la Medicina; para esto nos dio el sumo Dios una virtud y fuerza, con la cual procurásemos defendernos y nos guardásemos de lo que nos puede dañar...

Arcediano.— A mí me parece que está Vuestra Merced en la cuenta. Para darnos nuestro Señor Dios a entender qué es necesario, procuremos nuestra salud por medios convenientes: se nos dice que Tobías ciego recuperó la vista con la hiel del pez por la orden del ángel, y el rey Ezequías con el emplasto de higos hubo salud. Entendiendo esto muy bien, san Pablo aconseja a su amigo Timoteo, que beba un poco de vino para el dolor de estómago. Quiere luego el Señor que nos curemos y tratemos de nuestra salud corporal, usando de la Medicina. Y si bien miramos, esto nos quiso significar por san Mateo, en el capítulo décimo de su sagrada historia, y por san Lucas, por los cuales nos amonesta que huyamos del peligro y que demos lugar a que se vaya el furor, y no demos al mal ocasión, que no nos ofrezcamos neciamente a los peligros. Y el mismo Dios

y Señor Nuestro, viendo que por nuestro arbitrio, el cual nos dio, vanamente nos ponemos a muchos peligros, y con nuestras desórdenes y codicias cortamos el hilo de nuestra vida, nos avisa por el profeta Ezequiel lo que conviene que hagamos. Y dice así: «Todos los que quedaren en la ciudad se morirán de pestilencia y hambre, y los que huyeren se salvarán».

Licenciado.— En la pestilencia que hubo los años pasados en Lisboa, vimos que los que se acogían de la ciudad presto y se iban lejos y volvían tarde que esos escapaban... Para que nuestro médico salga sabio no basta que sea de suyo dado a la sabiduría, sino es muy necesario que tenga el ingenio que ella pide, como ya arriba tocamos, y trataremos más largo abajo, y que estudie mucho y trabaje en su facultad, como Hipócrates y Galeno hicieron, los cuales con su perpetuo trabajo florecieron en este arte.

Arcediano.— Escriben los poetas y otros autores, como Jenofonte, que estando en el destierro Hércules, antes que le comenzase la barba, le aparecieron dos doncellas en hábito de reinas; la una se llamaba el Deleite, la otra se llamaba la Virtud: una le incita a placeres y descanso, y la otra, le exhortaba a sufrir el trabajo, el cual es el remedio con el que se alcanza la verdadera gloria. Y que esta le dijo, que todas las cosas se han de comprar con el trabajo, y que si queréis tener fruto, habéis de cultivar la tierra, y, si quisiéreis sujetar a los enemigos, que habéis de aprender el arte militar. Puede el trabajo tanto que con él y con el ingenio todo, por recóndito que sea, alcanzan los hombres, y todo se hace pulido... Hubo en los tiempos pasados unos filósofos hacia el Oriente tan dados a la contemplación que cualquier trabajo sufrían por la ciencia, y así estaban todo el día

en pie mirando al sol; y otros hubo que se recreaban tanto con el conocimiento de las cosas naturales, que se olvidaban del necesario a sus cuerpos, lo cual no se podía hacer sin trabajo.

Licenciado.— Escribe Diodoro, que fue ley entre los egipcios que mandaba que todos fuesen alistarse cada año delante de los presidentes de las ciudades y mostrasen por qué arte y con qué oficio se sustentaban, y si mentían o tenían oficio dañoso a la república, los condenaban a muerte. Y cierto con razón, porque los mancebos ociosos y enemigos del trabajo son el veneno de la ciudad, aparejados a los vanos y sucios deleites, envidiosos de los buenos, codiciosos de lo ajeno, revoltosos... Dice nuestro Galeno que Arquígenes, porque trabajó con gran diligencia por saber las controversias y dificultades de la Medicina, dejó compuestos tantos volúmenes dignos de perpetua memoria... De sí mismo escribe Galeno que, aunque tenía tal habilidad que todo lo que le enseñaban aprendía mejor que los demás de sus condiscípulos, con todo si siempre no trabajara y no se ejercitara en la teórica y la práctica de la Medicina, nunca alcanzara ni supiera cosa de gran momento. Y que la causa por qué en tanta multitud de hombres apenas se hallan algunos que en la Medicina hayan aprovechado es, o porque no tienen el ingenio que ella requiere, o porque no son enseñados como conviene, o porque no trabajaron en sus estudios con la diligencia y trabajo necesario.

Arcediano.— Quebrantado el hombre primero el precepto que le fue dado por Dios, mandole Dios que se saliese del Paraíso y diole por heredad la tierra y la cosas en ella contenidas, pero con tributo y cargo, que en trabajo continuo la esquilmasen, y trabajo no así limitado, sino que, cuanto durase la vida, durase. Y así está escrito en

el *Génesis*, y aunque suene allí como pena este trabajo, medicina y remedio es para sanar del mal pasado, porque trabajando se gana lo que se perdió comiendo, cuanto más que, aunque fuera por castigo, no mandara Dios al hombre cosa que de sí no fuera buena, y por su mandamiento se santifica. En fin que es trabajo el medio, con que nuestro Médico puede ganar mucho bien.

Licenciado.— No sé como gustarán de esto los médicos ociosos, enemigos del trabajo, y que piensan bastar para curar haber mal cursado cuatro cursos en una universidad, sin más ver libro, o lo que es esto muy gran lástima, luego van hacer capital guerra a su patria sin haber leído lo que los graves autores han escrito, sin haber estudiado sus Cánones, Aforismos y reglas, ni saber los lugares que parecen contrariados, reconciliarlos, sin entender lo que hacen... No hay ley que castigue la ignorancia capital de los médicos; no hay algún género de ejemplo de castigo: aprenden a nuestras costas y matando sacan experiencia. Solo el médico, aunque mate un hombre, se queda sin castigo. Y hay este yerro entre las gentes que, a cada cual que profesa la Medicina, le dan crédito, y se ponen en manos de cualquiera que se hace Médico, no haciendo otro tanto en alguna de las demás artes.

Arcediano.— El buen Médico es ministro verdadero de la naturaleza, a ella ha de imitar en sus obras y evacuaciones, y esto no podrá hacerlo sin ser muy leído, y tener todo lo que los médicos antiguos y modernos enseñaron en sus sabios libros.

Licenciado.— Sabrá dar razón muy suficiente de cualquier obra, así de naturaleza como de arte. Escriben algunos que, estando Aristóteles

muy enfermo y visitándole un médico, que ordenaba todo de su propia autoridad, le dijo Aristóteles: «No me curéis de aquí adelante como a un vaquero o cavador, sino primero dadme la razón y causa, por qué así lo mandáis, y estaré muy obediente».

Arcediano.— Cuenta san Agustín que, dando un médico a un enfermo una medicina, que con ella lo sanó, y, volviendo él mismo enfermo a caer en la misma enfermedad, se socorrió a la medicina que el médico le había dado, y no se sintiendo mejor, mandó llamar al médico admirándose que ¿cómo podría ser que la medicina que otra vez le había sanado de la enfermedad, le hubiese de aquella vez más dañado? Refiere san Agustín que dijo el médico: «confieso que fue la misma, mas no os aprovechó porque yo no os la di»; dando a entender que la medicina consiste en saber cómo y cuándo se tiene que dar cualquier medicina, y esto no sabe sino el que ha procurado saber dar causa y razón de todos los sucesos de medicina... ¿Cuáles libros conviene que haya leído y estudiado nuestro médico?

Licenciado.— Ha de tener en su memoria todo lo que Hipócrates escribió, del cual dice Galeno que excedió a todos los médicos, sacó a luz la perfecta Medicina y fue el verdadero ministro de la naturaleza; que otros que después hubo, y muchos que ahora hay, más son perturbadores de ella, que imitadores.

Arcediano.— Eso que es imitar la naturaleza, cómo sea, declare Vuestra Merced.

Licenciado.— Los que llamaron a la naturaleza madrastra, totalmente se engañaron, porque no es ella madrastra sino muy piadosa madre,

la cual procura por defendernos y conservarnos, expeliendo lo más que puede las superfluidades y excrementos de este cuerpo por ciertas partes, que son más aparejadas para la tal expulsión, como se lee en Galeno en el primero del los *Aforismos*, y acaece que, o por los humores ser muchos o por la naturaleza estar débil, no puede salir del todo con su intento sino expele parte de estos humores; y parte le quedan, si el médico, sufriendo la virtud, le da una medicina para acabar de expeler por aquella parte donde ella bien comenzó... Pongo estos casos para más luz de esta verdad. Escribe Hipócrates en el libro sexto de sus *Aforismos*, si al que tiene hidropesía ascites, le sale mucha agua por abajo, queda sano. El buen Médico, sabiendo que esta obra de naturaleza ha aprovechado en otros enfermos, cuando tiene alguno malo de este mal entre manos, dándole alguna medicina, que le haga salir el agua por allí, acierta y entonces imita a la naturaleza... Después de Hipócrates ha de haber estudiado las obras de Galeno, al cual muchos modernos llaman “Océano de la Medicina”, y Alejandro Tralliano le llama “Divinísimo”; y de él dice el Conciliador que la simiente que de Hipócrates tuvimos, él la sembró e hizo que viniese con más fertilidad. Y el mismo Galeno en muchas partes de sus libros encomienda a los médicos que los lean, porque son todos muy necesarios y provechosos; y, que después que los hayan leído y conocieren las complexiones de los enfermos, usen de las medicinas que él inventó. De él dice Averroes que fue verdadero y legal experimentador del Arte de la medicina, y que ninguno hay que se puede con él igualar. En verdad que si hubiera de decir aquí lo mucho que debemos todos a Galeno, primero el día me faltara, que de sus loores dijera la mínima parte. Acuérdomme que leí en el libro tercero *De las virtudes naturales* estas palabras, de las cuales porque se colige cuánto loor se debe a Galeno y porque nos da para

nuestro médico un muy singularísimo aviso, las quiero referir: El Médico que desea exceder a los médicos vulgares, luego desde el principio no solamente en el ingenio y habilidad, sino también en los principios de su doctrina, les ha de hacer ventaja. Este mismo, después que fuere ya mancebo, ha de tener un vivo y ardiente deseo de saber, tal que parezca que anda con el elevado en este tiempo sin ninguna intermisión, ni dejar día ni noche se ha de dar aprisa, y procurar saber todo lo que los antiguos dejaron escrito. Y después que todo lo hubiere aprendido, es necesario que por largo tiempo ande escudriñando cuáles de aquellas cosas conforman los sentidos y cuáles discrepan de ellos, para que una de ellas tome, y otras deje. A este Médico serán muy provechosos mis libros, más habrá muy pocos médicos de esta suerte, a los demás será mi trabajo tan superfluo, como si dijera una fábula a un asno...

Arcediano.— De la Universidad de Montpellier, que es antiquísima y clarísima Academia, oí decir que a la hora que alguno de esos embaidores se hace Médico, luego le cabalgan en un asno, el más flaco y sarnoso que hallan, y llevando las espaldas vueltas para la cabeza del asno, le traen a la vergüenza por toda la ciudad, que no vuelva más a ella; y si saben haber usado otra vez, lo castigan con mucho mayor rigor.

Licenciado.— La costumbre que vuestra merced dijo de la Universidad de Montpellier en castigar a los idiotas que tomaron oficio ajeno es muy galana, pluguiera Dios que otro tanto se hiciera en España, porque no los viéramos a cada paso; y si esta osadía y maldad se fuera con rigor castigando, habría hombres de gran ingenio que se aficionarían a la Medicina, florecería ella mucho más, más todo

anda muy confuso, que es lástima y dolor muy grande pensarlo. A un sillero, a un sastre, y a un zapatero, y a los más artífices de todas las artes mecánicas no le dejan las justicias usar de sus oficios sin que sean primero examinados, ¿y se da libertad a cualquier persona inhábil y grosera para curar? ¡Oh tiempos, oh costumbres! ¿A tanta miseria hemos venido, a tanta corrupción de buenas costumbres hemos llegado, que un sayo, una capa y las demás obrecillas, que son solo provechosas para defender el cuerpo, se tienen en más que el mismo cuerpo y que la misma sanidad? Bien nos pone delante los ojos el divinísimo Galeno, cuánto importa tenerse en cuenta con este negocio y dice que considere el Médico que, cuando cura el hombre, que es sujeto tan noble y principal, no trata con las piedra, ladrillos, palos, cueros, como los otros artífices. Y con todo, veo los ilustres señores protomédicos dar muy fácilmente a dos mil idiotas que hay en este reino para curar y tratar cosas tocantes a esta Arte tan excelente. Si no se remedia esto, ¿para qué nos damos a la Filosofía y Medicina con tanto estudio, con tanto gasto? Y, ¿para qué con tanto dispendio de nuestra salud, andamos perdiendo el tiempo y en ello nos envejecemos? Está en la mano del Médico la vida y muerte, y a cada cual que se haga Médico, le dan crédito, y a cada cual que curse cuatro años en Medicina hacen las Universidades bachilleres. Acuérdomme que cuando estuve en Salamanca hice una oración en lengua latina en el Claustro de Médicos, encargándole que no lo hiciesen así, y que no premiasen al ruin estudiante tanto como al bueno, que siempre estudiaba; mas veo que no aprovecha nada, y debe de ser porque se mete de por medio un poco del triste interés. ¡Oh, cuán bien dicho el *Eclesiástico*, *Pecuniae obediunt omnia*!; y pude ella tanto, que Horacio la llama reina, diciendo: *Scilicet uxorme cum dote, fidemque & amicos. Et genus & formam Regina*

pecunia donat. No sé si de diga aquello de Homero que dice, que todo se alcanza con sobornos y con blandas palabras. Así decía Cicerón: *Nihil esse tam sanctum, quod non violari, nihi tam munitum, quod non expugnari pecunia possit*. Escribe lo mismo Cicerón en sus *Cuestiones Tusculanas*, que si los romanos hicieran la debida honra a Fabio Romano, insigne pintor, que hubiera muchos entre ellos que pudieran competir con Apeles y con Parrasio; porque este tiene la honra y el premio que cría las Artes, y no hay ninguno que no sea amigo de él. Vase ya haciendo noche, y los rayos de la luna no nos pueden hacer provecho, recojámonos señor Arcediano, y mañana temprano nos juntaremos en este lugar y trataremos lo que más resta para pintar un perfecto Médico.

Arcediano.— Me es tan dulce su conversación que cualquier trabajo del cuerpo sufriría por gozar de ella; mas justo es, que al consejo de tan buen médico como vuestra merced es, obedezcamos. Dios guíe a vuestra merced.

Licenciado.— El mismo vaya con vuestra merced.

Lavs Deo

Juan Cortés de Vargas
*Discurso apologético y excelencias
de la Medicina, en que se
responde a algunas objeciones que sue-
len ponderar contra
este noble ejercicio*

(Madrid, viuda de Juan González, 1638)

AUNQUE PUDIERA SER parte el común abuso que vitupera los profesores de la Medicina, para que yo, en periodos mal concertados, refiriera la dignidad que siempre han tenido, bien merecida, de su insigne ciencia, aunque mal confesada de depravadas intenciones. Mayor causa cede los rasgos de mi pluma, o quiera el hado que disculpe lo temerario de aquella proposición, lo humilde de esta respuesta. Insinuose pues en una conversación, en que se cortaba con lo agudo de algunos discursos, no pocos patrones para sacar por ellos algunos símiles, que era baja ocupación la del Médico, descubriendo en los amagos de decirlo las ejecuciones de afirmarlo. Y, aunque la poca estimación que hoy se hace de esta facultad no desmiente esta conclusión, aquel adagio repetido de muchos por vulgar y admirado de todos por raro la acredita de mentirosa: *Non quid fit Romae, sed quid fieri debet inspiciendum*. Y para que sepamos que estimación

se debe hacer, pues no ignoramos la que se hace, referiré brevemente un epílogo de su origen, profesión y dignidad, reduciéndolo todo a la más breve suma que alcanzare mi rudo estilo.

Que el ejercicio de las Artes liberales sea noble, nadie lo ha dudado, o por no calumniarse de ignorante con su error o por agasajar su crédito con el acierto de su opinión. Esto lo conoció también Ovidio, que amonesta a la juventud romana que se solicite la gloria con su estudio, en el libro primero de su *Arte amandi: Disce bonas Artes moneo Romana Juventus,/ Non tantum trepidos, ut tueare reos*. Y Casiodoro en el libro 11, epístola 7, dice: *Doctrina facile exornat generosum, quae ex obscuro nobilem facit*. Pero que las Artes sean estas, no lo han escrito muchos, aunque lo han dudado todos. Bartolomé Casaneo en libro que intituló *Cathalogus gloriae mundi*, en la 10ª parte, dice que la Teología, Jurisprudencia, Medicina y Filosofía, se debían llamar con más propiedad y energía “Artes liberales”; aunque genuinamente no son sino verdaderas ciencias, pero como el origen de llamarse liberales fue *Quia libero homine dignae sunt*, como refiere Séneca, en la epístola 88ª *Ad Lucillum*, y Terencio in Eunuco: *Fac periculum in literis,/ Fac in palestra in musicis quae liberum/ Scire aequum est adolescentem*. O como dice Juan de Torquemada, in cap. De quibusdam, 37ª distinctione: *Quia liberam mentem quirunt ad differentium servilium & mechanicarum, in quibus artifices plus secundum corpora, quam secundam mentem occupantur*; ningún Arte con más excelencia que estas cuatro facultades le es lícito el noble estudiar, pues le preserva de lo soez del trabajo corporal... Las siete que propiamente llaman liberales, refiere Casaneo en el lugar alegado que son: Retórica, Lógica, Geometría, Música, Astronomía, Aritmética y Gramática; y cada una escribe largamente. Asentados, pues, estos principios, nos acercamos más a nuestro propósito, advirtiendo

primero que le Médico verdadero se ha de componer de un excelente filósofo, y así vulgarmente llaman a los Médicos físicos y otras veces filósofos. Advertido pues esto, y que la más excelente parte del Médico es la Filosofía, no porque ella le ensalce al trono de su dignidad, sino porque sin ella no pudiera penetrar discursos tan realzados como dejó en golfos de doctrina, el príncipe de la Medicina, Hipócrates, que han sido Scila y Caribdis de tantos ignorantes, hablaré de ella como de la causa eficiente de la Medicina. La Filosofía se divide en tres partes: moral, natural y racional. De estas tres la natural es la más excelente, que trata del cielo, del mundo y de sus partes. La segunda es la racional, que en latín se suele llamar “sermocinal”, y comprende la Lógica, la Retórica y la Gramática. La tercera es la moral, cuyo fin es la enseñanza y reprehensión de las costumbres. En todas tres partes florecieron insignes varones: en la natural, Aristóteles, Plinio e Hipócrates; en la racional, toda la escuela de estoicos y Plutarco; en la moral, Séneca, Epicteto y el insigne fabulador Esopo, y otros muchos que, por no ser mi propósito, no refiero. La parte más necesaria de los Médicos es la natural, pues ella le enseña a conocer el sujeto por la causa, y a obrar con lo realzado de su ciencia, para que divierta lo material de la Medicina, lo intrínseco del malicioso efecto. El estudio de esta ciencia fue siempre tan estimado que dijo Aristóteles, libro primero *Metaphysicorum*, capítulo 2º, hablando de la Filosofía: *Hanc unam omnium scientiarum esse vero liberam, & sua gratia, nec eius possessionem humanam esse, sed divinam, hac solum Deum perfecte habere, eamque solam de Deo agere, alias disciplinas fortasse utiliores, & magis necessarias esse posse, praestantionem vero nulam*. Y así por esta parte nunca hubo escrúpulo de su nobleza. Veamos si la parte de la Medicina es menos noble o si es digno el que la estudia de alguna ignominia.

Para cuyo conocimiento se ha de notar que los primeros Médicos que hubo antiguamente fueron empíricos, y curaban solo con la experiencia de algunas yerbas, sin el conocimiento de las primeras causas, cuyo autor fue Acron Agrigentino, y floreció en Scilia. Aunque entre los griegos el primero fue Quirón Centauro, y a este le hace Higinio autor de toda la Medicina en el libro de las fabulas, capítulo 138º, y todos los profesores de esta secta estuvieron en tanta estimación que los llamaban los griegos “hijos de los dioses”. Después de conocida esta experiencia, desearon todos confirmar los efectos con el conocimiento de las causas, y así se dieron con grande inclinación al estudio de la Medicina natural, y se empezó a ejercer del tiempo de Hipócrates en Grecia entre los Cnidios, Rodios y Coos, como escribe Juan Eurnio en el libro que escribió *De febribus*; si bien no perfectamente hasta que Hipócrates la alcanzó y enseñó tan doctamente, que dijo de él Macrobio, libro primero *De somno Scipionis, tam fallere, quam falli nesciebat*. Pero el autor, y el primero que supo la Medicina científica fue Esculapio, de quien lucieron tanto caso los antiguos, que le colocaron por Dios; y viendo las maravillosas cosas que hacía por ignorar la causa, dijeron de él que resucitaba muertos. De donde se dio principio a la fábula en que fingen los poetas que Júpiter mató a Esculapio con un rayo, dando por causa que le acusaron los dioses a Júpiter, diciendo que disminuía Esculapio su poder, resucitando los muertos con lo grande de su Medicina, y que por esta razón le mató Júpiter.

Después de Esculapio todos sus descendientes, Podalirio y Machaón, hasta Hipócrates, y desde él todos sus descendientes tuvieron la misma profesión, pasando en su prosapia de padres a hijos por tiempo de más de mil años, y estando en tanta estimación que no la podían estudiar sino los príncipes. Tiraquelo, *De nobilitate*, capítulo 3º, n. 106 & 157, pone un catálogo de los reyes y emperadores que fueron Médi-

cos, sin estragar la púrpura regia con el ejercicio de esta insigne ciencia, llegando a tanto la nobleza y estimación de esta facultad, que no la podían estudiar los espurios, como indignos de merecer la dignidad del Médico. Pero después florecieron insignes Médicos e hicieron tanta estimación de ellos, que les daban del erario público 250 sesteracios, que eran 6250 ducados, como afirma Balduino, concediéndoles innumerables privilegios, de tal suerte que escribe que la primera ley que se promulgó en Roma fue *de privilegiis & immunitate Medicorum*, y que les honraron con la dignidad del ánulo áureo, que era entre ellos la mayor honra que podían hacer al hombre noble, pues le ejecutoriaban su nobleza en la distinción del plebeyo, que le consignaban en aquella insignia. Y a Hipócrates le honraron tanto los atenienses, que después de erigirle estatuas, le concedieron todas las honras que a Hércules hijo de Júpiter, por un decreto público del Senado, que se refiere entre las epístolas de Hipócrates y lo advierte Caseneo en el *Catálogo de la gloria del mundo*, en la 10ª parte, en la consideración 30ª. Y Luciano *in abdicatione*, dice que honraron a los Médicos con honores públicos, y con preeminencias e inmunidades grandes. Y el Derecho les hace nobles, exceptuándoles de cualquier carga, así personal como patrimonial.

Pero la mayor excelencia de esta facultad es que Cristo, Señor nuestro, fue Médico verdadero, y curó y graduó a sus discípulos de Médicos, como largamente se puede ver en el cap. *adhuc instant perfidi, versic., Quod autem multos, de poenitentia, distinction 3ª*. Y en el *Diario de los Médicos eclesiásticos* que compuso Juan Molano, en el capítulo 2º, y en Tiraquelo, *De nobilitate*, capítulo 31º, número 80, cuyas ponderaciones no refiero por disculpar con lo breve de mis discursos, lo molesto de estos mal escritos elogios.

Y aunque algunos han sentido mal de esta profesión, no negaré conociendo que han dicho de los Médicos incapaces, y no como Médi-

cos, pues algunos descubren en lo bajo de sus intentos los resabios de su ignorancia, sin que desmienta lo afectado de la facultad lo verosímil de su bajeza, y esto lo previó elegantemente Hipócrates en el libro que escribió *De lege*. Mas como esta calumnia no es de parte de la Medicina, sino de parte del operante, no es causa para que pierdan tantos nobles profesores como tiene esta insigne ciencia, los merecimientos de sus aciertos y nobleza. Y así lo sintió Vicencio Tertureto, en libro segundo *De nobilitate Gentilicia*, en el capítulo 5º. Con estas objeciones tienen muy poca fuerza, si se advierten a la luz del desengaño, o los mal intencionados fines de proponerlo o los leves fundamentos de publicarlo. Y este vituperio nace con algunos de atribuir los efectos prósperos de la Medicina a la fortuna, y los adversos, al Médico. Si el enfermo murió, el Médico le dio la muerte, o porque le sangró o porque no llegó a conocer el mal, sin advertir que, como dijo Ovidio: *Non est in Medico Semper relevetur, ut aeger; Interdum docta plus valet arte malum*. Pero como lo admirable de las medicinas le dio vida, entonces fue dicha, negando los aciertos del Médico, lo que con necesidad conceden a las contingencias de la suerte. Otras muchas objeciones de este género ponen los que con visos de agudeza mordaz descubren los quilates de su talento, pero todas de tan poca fuerza, ya que no de tan corto efecto, pues con su malicia, ni lo bueno se exceptúa de la calumnia, ni lo malo se exime de la reprehensión. Pero porque me he apartado mucho de mi propósito, volveré a eslabonar la cadena de mi rústico discurso, pues aunque lo cansado del paréntesis molestase inadvertidamente la atención más grata, la fuerza de la razón que violentó mi pluma, será sagrado de mis rasgos.

La estimación que hicieron de la Medicina antiguamente está bastante comprobada con los lugares profanos alegados, a que me refiero, y que podrá ver el que juzgare sospechoso. Y en su apoyo hallaremos

no pocos preceptos en las sagradas letras: uno es el capítulo 38º del Eclesiástico: *Honora Medicum propter necessitatem, etenim illum creavit Altissimus; a Deo est enim omnis medela, & a Rege accipiet donationem, disciplina Medici exaltavit caput illius, & in conspectu Magnatum collaudabitur Altissimus creavit Medicinam de terra, & vir prudens non abhorrebit illam*. Y que esta honra sea grande nos lo enseñan aquellas palabras: *Et in conspectu Magnatum collaudabitur*, en cuya explicación dijo Vallés en el capítulo 74º, *de sacra Philosophia*, que era necesario antiguamente ser Médico para poder mandar y ser rey, movido de aquellas palabras de Isaías en el capítulo 3º: *Apprehendet enim vir fratrem suum domesticum patris sui, & dicet vestimentum tibi est Princeps est noster; ruina autem haec sub manu tua, respondebitque in die illa dicens, non sum Medicus, & in domo mea non est panis, neque vestimentum, nolite constituere me Principem populi*; pues insinúa aquellas palabras, *Non sum Medicus*, que no podía ascender al trono regio el que no estaba ilustrado con la dignidad del Médico, y no apoya menos esta opinión el haberlo sido tantos reyes y emperadores y sumos pontífices. Y porque algunos dicen que los pontífices, emperadores y reyes que han honrado esta facultad, no han sido Médicos más que por haber estudiado tantas materias curiosas como toca y enseña esta Ciencia, y no por el logro de conseguir por ella algún precio, haciendo distinción de los que la aprenden curiosos, y de los que la ejercen necesitados. Pues lo uno dicen, es digno de alabanza, y lo otro, capaz de reprehensión, daré fácilmente respuesta a esta objeción, atendiendo a que el que deja de curar por interés, no lo hace por diferenciarse en su género esclarecido, sino porque la fortuna lo exceptuó de la molestia de adquirirlo, haciéndole poderoso. Y así el que cura y lleva precio alguno, no es menos noble que el otro, pues lo que al Médico honra es la Ciencia y esa de una misma suerte se halla en el poderoso, que en el

necesitado, y el recibir paga por los trabajos de su cuidado, antes es honra. Y que ha habido infinitos que han curado sin el premio de la paga, es cierto. Ausonio, padre de Ausonio, insigne poeta, fue Médico y curó siempre sin recompensa de sus aciertos, como lo testifica de su padre el mismo Ausonio: *Obtuli opem cunctis poscentibus artisinamque, / officiumque meum cum pietate fuit*. Y Hipócrates en la epístola ab Abderitas, desprecia las riquezas que le ofrecieron, porque curase a Demócrito; y si bien se advierten las palabras con que le prometen los Abderitas a Hipócrates las dádivas, se conocerá que no es menos honroso el recibirlas. Pues lo primero que conseguía, aunque le ofrecían precio, era honra, sin que sintiesen que lo liberal de su agradecimiento humillaba el realce de su gloria. Y Hipócrates responde otras palabras no menos dignas de ponderación: *Argentum autem mihi venienti, neque natura, neque Deus promittere poterit, quare neque vos viri Abderiti cogatis, sed liberae artis etiam opera libera esse sinatis*, donde si se advierten aquellas palabras no oscuramente se puede colegir que presumió ser tan inestimable la Medicina; que ni la naturaleza ni sus dioses falsos tenían poder para criar galardón igual a lo admirable de ella. La glosa también asiente en que es honra del Médico el recibir estipendio, con que se desvanece la calumnia de objeción, ya que no remedie el efecto de ella. Otros pretenden humillar esta profesión diciendo que la ejercitan solo los esclavos en Roma movidos del texto *in l. Thais ff. de fidei comisariis libertatibus* y de la *l. Patronus, & item plerumque ff. de oper libertorum*; y de una carta de Suetonio en la vida de Calígula de Augusto César, cuyas palabras refiere así: *Mitto praeterea, cum eo ex servis meis Medicum*, y de lo que hace mención Cicerón *in oratione pro Leiotaro*, nombrando a Philipo Médico, esclavo del mismo Deitaro. Pero fácilmente se conocerán sus mordaces deseos, atendiendo a la diferencia que hice arriba de Médicos, y que hace Plinio en el libro 29º,

en el capítulo 1º, pues unos son empíricos, que es lo mismo en nuestro idioma, que echolarios y otros clínicos, que son los que hoy curan, no solo por experiencia sino también con el conocimiento de las primeras causas. Y advertido esto, responderé a la primera parte, que es decir que solos los esclavos fueron Médicos en Roma. Y aunque me pudiera valer de los lugares que tengo citados para deshacer este nublado con que pretenden oscurecer la nobleza, que tanto resplandece de esta ciencia, no tengo de satisfacer sino con sus mismos fundamentos, pues una de las comprobaciones con que apoyan su pretensión es la *l. Patronus, & item plerumque, ff. de operis libertorum, ibi: Plerumque Medici servos eiusdem artis libertos perducunt*, y esto antes es en mi favor, pues dice que solían muchas veces los Médicos manumitir a los esclavos de su misma profesión, porque si el jurisconsulto Juliano hace mención en este texto, no solo de Médicos, que no eran esclavos, sino de Médicos que eran señores de ellos, fácilmente se colegirá que no solos los esclavos estudiaban esta facultad, sino que antes la ejercían los hombres poderosos. Y más expresamente se convence con todo el título *de professoribus & Medici*, libro 10º, donde se trata de las inmunidades de los Médicos y profesores de las Artes liberales, pues si solos los esclavos fueran Médicos, era de ningún momento el privilegio, porque el esclavo no le conoció el Decreto civil. Luego, si a los Médicos les concede el Derecho privilegios, no conociendo a los esclavos, manifiesta se ve la falsedad de esta proposición.

Y al estudiarla los esclavos, no deterioró en nada la nobleza de esta profesión, pues si *homo naturaliter scire desiderat*, y el esclavo naturalmente no se distingue de los hombres libres, bien pudo el esclavo estudiar esta Ciencia, como también todas las Artes liberales, sin que lo humilde del sujeto postre lo esclarecido de la facultad. Y esto se comprueba más claramente con saber que los esclavos pudieron estudiar

también la Jurisprudencia, como manifiestamente lo da a entender el texto en la ley 2ª, capítulo *de postulando*; y en la l. 2 ff. *de officio asesoris*, diciendo que los libertos pudieron ser asesores y abogados, pues para serlo era forzoso el saber leyes y el haberlas estudiado siendo esclavos; demás que el liberto es lo mismo que el esclavo en cuanto a lo humilde del sujeto, pues vivía no con mucha, menos servidumbre sino que impretasen el derecho del ánulo áureo al príncipe. Y el no poder ejercer esta ciencia los esclavos, aunque la pudieron estudiar como la Medicina, fue por no tener capacidad de persona para asistir en juicio. Y para que hablemos con propiedad de esta materia, advertiré que la Medicina que ejercieron los esclavos en Roma no fue la científica sino la empírica, que siempre estuvo en menos estimación. Y así dijo de ella Virgilio, hablando de Gapiges médico empírico, en el libro 12º de la *Eneida*: *Scire potestates herbarum, usuque medendi/ Malvit & mutas agitare in gloriis Artes.*

Y que fuesen empíricos lo insinúa Papintano en la l. Seyo 10 & libertis. Dudó aquí el jurisconsulto si dejando una testadora a sus libertos, lo que en ella en su vida les solía dar, si se comprehenderán las medicinas que se le daban al Médico, siendo esclavo, para curar a su señora y familia, y decide que no. De aquí se colige evidentemente que esta Medicina que ejercían los esclavos era la empírica, pues estos solos son los que buscan las yerbas o las compran y hacen los cocimientos para curar, y no los médicos científicos, que solo ordenan lo que han de hacer los enfermos y no les toca este gasto como a los empíricos, que son los que curan haciendo las medicinas ellos propios y comprándolas. Luego si necesitaban de algunos gastos para curar no eran Médicos perfectamente, sino solo empíricos.

También consta de lo que dice Luciano, donde después de habernos enseñado que ha de ser libre el que la estudiare y que es incapaz de

servidumbre esta excelente Ciencia, la llama *Deorum doctrina*, de que se colige que esta Medicina de que habla es científica, pues *doctrina est eruditio, quatenus a praeceptore proficiscitur*; y los empíricos no tienen más erudición que la experiencia, luego ni los empíricos eran Médicos, ni los esclavos eran más que herbolarios. Y expresamente se comprueba si se da crédito a Higino en el libro de las fábulas, en el capítulo 274º, pues dice que los atenienses vedaban estudiasen esta facultad los esclavos, y así los que en Roma fueron Médicos no fueron científicos, ni ejercitaron la verdadera Medicina, sino la empírica, que, como está dicho, fue menos estimada, con que se conocerá la malicia de esta objeción.

Conocidos pues estos principios, conoceremos la estimación que se debe hacer y siempre se ha hecho de esta Ciencia, sin que hasta hoy haya habido quien haya sentido mal de la Medicina, aunque han abominado muchos de sus profesores. Y bastantemente se ha verificado con lo que he referido, su ejercicio es y fue tenido por noble, sin que en esto hayan disentido los autores, habiendo tratado esta cuestión tan exprofeso. Y porque apoyen este papel las autoridades de varones tan ilustres y doctos, lo referiré y apadrinarán sus ingeniosos discursos la ignorancia de mis rústicos elogios: Tiraquelo, *De nobilitate*, capítulo 31; Casaneo en el *Catálogo de la gloria del mundo*, en la 10ª parte; Vallés, *De sacra philosophia*, capítulo 74º; don Vicente Tertureto, libro 2º *De nobilitate gentilitia*, capítulo 5º; Andreas Barbatia, in capitulo *Clerici de iudiciis*; Plinio en libro 29º, capítulo 1º; Juan Eurnio, *De febribus in oratione de origine Medicine*. Estos son los que he visto que escriben sobre este punto individualmente, aunque todos los que arriba referí tocan alguna particularidad. Y que el ejercicio de la Medicina sea noble, hoy nos lo enseña nuestra experiencia, pues los sacerdotes, como constituidos en la más suprema dignidad del mundo no pueden tener

oficio bajo, y pueden tener y ejercer hoy el oficio de Médico; luego, si el oficio de Médico no fuera noble, no se permitiría ejercer al sacerdote.

Y hoy en España el que llega a conseguir el grado de Licenciado o Doctor en Universidad aprobada, goza de todos los privilegios de noble, y en el grado de Doctor les arman caballeros y les dan tres golpes de espadas: luego por ninguna parte se puede dudar de la nobleza de este ejercicio, a no ser como dice Hipócrates, *in epistola ad Amageto*, porque juzgan por locura la sabiduría: *Quin & valde timeo, neque Medicinam tuam ipsis placere, nam prae intemperantia omnia ipsis displicent, & insaniam sapientiam putant*, pues no fuera ciencia, sino la procuraban humillar los ignorantes que siempre la menosprecian, liber 1, *Proverbiorum: Sapientiam atque doctrinam stulti despiciunt*. Pues por cualquiera parte que se mire la hallaremos excelente, porque si se repara en su origen, le atribuyeron los gentiles a los dioses; si en los profesores que ha tenido, han sido muchos reyes, emperadores y pontífices, y Cristo Redentor nuestro; con sus discípulos, si en la honra que ha merecido, ¿qué ciencia alcanzó mayores glorias? Y si a un Arte le hace excelente la dificultad de conseguirle, como quieren Solón y Platón, ¿qué ciencia se consigue con más dificultad, pues parece imposible en tan corta vida, alcanzar consumación en esta facultad? Y así Hipócrates en el primer aforismo dice, *Vita brevis ars longa tempus praeceps, experimentum periculosum*. Y si se mira la posibilidad, ¿quién la tiene mayor que la Medicina, pues puede en algún modo resucitar? Y si se mira la necesidad de la ciencia, ¿qué cosa hay más necesaria, pues sin ella ni hay seguridad en el nacer, ni se exceptúan de las calamidades del vivir? Y si se mira la utilidad, ¿qué cosa más útil que conservar el género humano? Y si el logro, ¿qué ejercicio hay más provechoso que el del Médico? Y así no haya razón para que desmerezca esta profesión, siendo por tantas partes excelente.

Y aunque el género es por sí tan noble, no llega a conseguir tanta gloria, como el que merece ser Médico del príncipe, pues de este siempre han juzgado los autores que llega a alcanzar dignidad suprema. Y, conocido qué fue, y es dignidad el ser Médico del príncipe, se descubrirá que los libertos no lo pudieron ser antiguamente, pues eran incapaces de cualquier dignidad. Esta hoy en el Médico está tan humillada que solo, cuando el accidente les anuncia con los temores de humanos los límites de su vida, se acuerdan de ellos, y a mi ver solo les puede consolar el ver que los vituperan, confirman con efecto de su ignorancia la causa primera de su ignorancia. Y así es cierto que el hombre docto hará la estimación que merece de esta noble profesión, porque, como se escribe en el capítulo 38º del *Eclesiástico*: *Vir sapiens non abhorrebit illam*. Esto es lo que puede animar a proseguir en su virtud a los estudiosos de esa facultad, para que resplandezcan al paso que sus émulos la desean postrar, pues, aunque la estimación que se hace es corta, la que se debe hacer es grande, si ya que no a los errores de mi pluma se da crédito, a las autoridades referidas.

Vale

Antonio Trilla
*Perfecto practicante médico y
nueva luz de fácil enseñanza*

(Toledo, Agustín de Salas Zaço, 1677)

*Los mandamientos de la ley de Hipócrates,
moralizados a nuestra política*

Amigo Bachiller

EN MEDICINA, que sales tierno embrión a buscar la luz de práctica, en la mano te la pongo, si pretendes perfeccionarte, hasta en el más mínimo requisito de este ejercicio. Supongo que legalmente, creo de ti, que entraste en la florentísima, supongamos, Universidad de Alcalá de Henares, con deseo de ser médico, para lo cual supone que eras buen lector romance y latín suficiente escribano, moderado contador, suponiéndote en todo tiempo buen cristiano, y amorador de la ley de Dios; que eras buen gramático y retórico, buen humanista histórico, buen filósofo estagirita; y que adonde diste el último paso de todo lo referido, llamaste a la Universidad de lo filosófico y patológico por cumplir rectamente con el común proloquio que clama: *Ubi desinit Physicus, incipit Medicus*. Y por tu buena fortuna, diste al llamar la primera aldabada, en el primer tomo de la *Laurea Medica Complutense*, del doctísimo y gravísimo doctor don Francisco Henrí-

quez de Villacorta, catedrático de Prima de esta Universidad, médico dignísimo de la Cámara del Rey nuestro señor, que Dios guarde, sujeto que hoy podemos decir de él, lo que todas las naciones dicen al citar a Valles, *Vir tota laude dignus*. No me alargo más en su elogio, porque no diga el émulo que fue mi cordial maestro en su cátedra y enseñanza. Y en fin, que te graduaste de Bachiller por esta doctrina, sin hacer fraude en la legal pureza de su Secretaría, como es habiendo precedido los cuatro cursos enteros de escribir las materias, que sus cinco catedráticos dictan, según sus puestos a los oyentes; y que saliste graduado con votos de *nemine discrepante*, que es la mayor honrade un hombre de bien.

Supongo luego que te llegaste al segundo tomo de este doctísimo autor de su *Laurea*, y que estás moderadamente en los tratados *De febribus, de pulsibus, de urinis, de sanguinis missione, de purgatione, &c.* Y que, supuestas estas noticias que se van ampliando en la comprensión con el cotidiano retiro para sus estudios, ya buscas en la corte o en otra ciudad un médico muy hecho y experto en buenas costumbres y crédito, para practicar con él. Dios te le depare bueno. Supongo que te recibió a su lado el más a propósito, pues te aviso que, si no hay otro arrimo y te ingenias muchos, no te has de perfeccionar, y has de salir al primer salario muy a ciegas, y sin llevar a mano todos los instrumentos necesarios para socorrer sus enfermos, y en materia de llegar a ejecutar la misma autoridad, te dio a ti el real Protomedicato después de los dos años de práctica, que tiene hoy el alcalde mayor protomédico aunque sea conde Palatino, por el amor de Dios, que te ingenies y te alumbres con esta luz de mi trabajo, no por tu ignorancia muera alguno sin sacramentos, no sabiendo medir alimentos en cantidad y cualidad, tiempo y modo de usarlos; y lo mismo de los medicamentos que debe tenerte a la mano fielmente confeccionados el curios, limpio

y docto y virtuoso boticario; pues sin todas estas circunstancias darás con muchos enfermos en la sepultura, que pudieran vivir muchos años para hacer penitencia de sus pecados, para aumentar sus bienes y dejar acomodados sus hijos y demás personas de su obligación.

Adviértote pues, que si practicas con Médico de Cámara, que has de gozar de poco tiempo para tu enseñanza, porque como está en puesto de hombre insigne, le ocupan mucho reyes, príncipes, grandes, títulos y caballeros y hombres ricos; y será muy poco lo que puedas alcanzar de su sabiduría. El día que llueve no le puedes seguir a pie, y el coche no es para todos, el día de mucho calor es de inconveniente, porque en dos días que le sigas, agotarás las alojerías, te dará una enfermedad y te morirás. Y así en los ratos más apacibles y acomodados, pregunta y sigue a tu maestro; en los desacomodados, toma este libro, que jamás apartarás de tu seno, sino es para leerle, y verás cuánta utilidad sacas de él, y así con ambas diligencias te perfeccionarás.

En los demás estados de médicos, que pueden ser tus maestros, te representará otro millón de ocupaciones e inconvenientes, que no te los refiero por tan patentes, y tengo ya gana, que vamos llegando a alumbrar en los malos pasos, que más importa huir para el buen acierto. Ofrézcode grande tesoro en pequeña bolsa, y te pido perdón de la llaneza con que te tengo que avisar en todas las circunstancias que se requieren para ser Médico con público salario.

Hipócrates es llamado por excelencia «el divino», fue el primer padre de la racional Medicina, cuyas obras merecieron que le levantaran áurea estatua los atenienses. Este pues en muchos tratados de sus obras trabaja en criar un «Perfecto Médico», empezando a construirle por las virtudes morales, hábito, letras, &c. Yo, pues, interpretando aquel estilo antiguo, procuraré en nuestro vulgar castellano construirte, adornarte y sacarte perfecto al teatro de tu obligación, donde espero

cumplirás con ella como buen cristiano, con sumo temor de Dios y amor al prójimo.

Acóñese lo primero, no tomes estado matrimonial hasta que tengas salario y renta fija por tu trabajo, donde te vean asistir con sumo recato, prudencia, diligencia, caridad y estudio, porque entonces te mirarán los repúblicos y la plebe con mejores ojos. Y, viéndote en noble ejercicio, cualquiera amará oír que quieras emparentar con él por su hija, y tendrás buena dote, con persona de prendas y virtud, con que todo junto, con tu salario, es conveniencia con que puedes vivir descansado y poder educar los hijos que Dios te diere; y si tu pereciere, quede tu mujer sin necesidad de pedir a nadie, que es el mayor gozo que uedes llevar.

Pero si en la Universidad fueres mozalbito, muchos años te seguirán, lo primero estudiarás muy poco con tu inquietud; lo segundo, puedes poner la afición en dos relumbroncitos de unos perendengues, un jaquecito lucidamente lamido, una picadura de breve coturno, que enseñan al descuido y otros innumerables estímulos que si crees en ellos, quizá te hallarás obligado antes de hacer salario, ni un remedio a sustentar una mujer de obligaciones, que te cargue de hijos sin traiga más dote que cuatro pinturas, seis sillas, un escritorio con medio escarparte, un besón con dos mecheros, dos cofrecitos, un bufetico mediano, otro mayor, un brasero de caja alatonado, poquito repuesto de cocina, media cama de campo, y otros arambeles, que, ajustado todo en Dios y en conciencia, vale lo que quisiere tu suegra que valga, y a ti no te saque el pie del lodo. Y guarda que la dicha suegra no siga el alcance de tus jornadas, con otro sobrinillo faltillo, que será cosa para que en pocos días te pongan en puntos de dar mala cuenta de tu persona. Y mira que no dejes todos los días de tu práctica, cuanto pases trabajos de mirar con este espejo, que te hará menor el trabajo y te librá de esto.

En el hábito te portarás sin vanidad con decente adorno, como enseña Hipócrates. En invierno, es bueno paño de Segovia negro, empuado, y de color en el camino de la parte donde te llamaren en grado de apelación; en verano, un poco de tercianela, y esto con limpieza y sin afectación ni cuidado. Procura comulgar todos los días de fiestas, como hacía san Francisco de Paula; no te finjas muy santurrón, que te llamarán hipócrita, y no hipocrático, ni galénico, porque solo lo doctor cura. Si en el pueblo hubiere parcialidades y bandos, ten prudencia para no mostrarte más afecto a una que a otra parte; o coge a tu familia y busca otro salario, si hay deudos de tu mujer en la contienda, porque en la Medicina es menester tener la conciencia quieta. Si tuvieres gracias personales, huye saraos y fiestas, porque allí te alabarán y después te morderán, y más si hay envidiosos que no te pueden competir: déjalos a ellos en sus festines y vete a tus libros, que no hay más regalo en el mundo. No arguyas, ni dispuetes en público con cura letrado ni religioso que haya en la villa porque si procuras quedar bien y deslucirlos, te la han de armar y quizá desacomodarte, hasta que te echen con ignominia del lugar; sino, en alguna conversación con suavidad y blandura y alabándoles siempre sus buenas letras y prudencia, en público y secreto. No seas amigo de oír chismas en casa de los enfermos, sino a tu negocio, ni jamás allí muevas a conversación, sino fuere o de la enfermedad o de alguna cosa de virtud o decente política, no con demasiada gravedad ni con demasiada jovialidad, sino en un buen medio. Si te quisieren dar oficio repúblico, no lo admitas, que te destruyes, y tendrás enemigos, como hemos experimentado en muchos. No tengas raíces de hacienda, que te fuercen a vivir toda tu vida en la villa, porque no te pagarán con bendición tu salario: cobra cada tercio y todos estarán gustosos. Aunque seas hombre de muy buenos bríos, y como dicen, broquelero de Alcalá, mortifica tus pasiones, porque los alentados te

pondrán mil zancadillas; y por último eres forastero y siempre has de quedar mal y ellos bien, y al primero que Dios sea servido de llevarse de su enfermedad, te han de acumular que tu le mataste por vengarte.

Sea el crédito de todas las mujeres en tu boca muy santo que, como forastero, no sabes con quién hablas, y suele la esparraguera ser hermana del alcalde. Con nadie te desazones, porque es fuerza visitar a todos, y la malicia no cesa, sino sana tu contrario. Por esto es gloria ser médico en la corte, o la ciudad, porque yo puedo dejar al enfermo que no sea de mi devoción, y el enfermo puede llamar a otro médico más de la suya, y todos aseguramos más las conciencias en las cotidianas juntas y consultaciones, donde se apura la verdad.

No dejes cada día habiendo acabado tus visitas de oír misa, y de tornarte a tu casa por la plaza, donde asiste el poyo de los repúblicos, y saludarlos con mucho agrado, conversar un poquito con modestia y luego pedir licencia, e irte a tu estudio, que se pagan mucho de esta atención. Y si te retiras mucho, aunque sea para tu estudio, te murmurarán de figura y malician si acaso puede caer en caso de desestimación.

Otras individualidades ocurrencias se las dejo a la moderación de tu buen discurso, en mortificarte y perder algunas veces de tu techo, por amor de Dios, que en fin un médico es espejo de un lugar, y es necesario que le adornen muchas virtudes. Y así, te basten estas generales, que si te vales de ellas, vivirás con más sosiego, que los que se matan en viendo una desaojadora, y no tornaba ver el enfermo; otra que dice, que una y levanta el asiento, y dice a este niño le han quebrado la hiel en el cuerpo, como si fuera redoma la hiel; otros que dan recetas en pir cas, y las reciben antes que la tuya; otros tiene una fe ciega en el cirujano, sangrador o boticario, más que en toda su ciencia, borla, ni capirote, y otros mil disparates. En fin, enséñate a pasar todo, lo que tú no puedes remediar, y dirás con el doctosísimo Valle, *Deus in melius*

vertat. Ya hemos visto que un desdichado barbero mató al médico de mayor crédito, porque le riñó una sangría hecha en una sincopal, con que murió el enfermo sin confesión; paciencia que Dios lo castigará todo. No tengas pendencias, ni desazones, ni chimes con boticarios, cirujanos, sangradores, potreros, algebristas, destiladores, montanbancos, garlatores, balsameros, comadres, desaojadores, ni otros, porque no has de remediar nada, y te han de deshonorar y quitar el crédito. Ellos no se han de enmendar, ni la justicia ha de hacer viva diligencia, porque ellos son los primeros que los llaman, los aplauden y regala, y que darán pie a la conversación contra ti. Amigo, engendra gran cariño en el pecho de todos los del pueblo: uno que quita la barba y encaja con el baño y le hace su sangría con destreza, y más si es del lugar un tantico deudo, en curar diez años de asistencia, no tiene para ellos tanto crédito Avicena, ni Galeno, y entienden que es su dios Apolo, y dejarás hecha la receta y, en ausentarte tú, le llamarán y dirán que vea si es propósito. La tomará en la mano, y si es tu amigo, dirá gran cosa, no ha venido doctor a la villa como este, son recetas bien raras; y es de advertir que la recta está en buen latín, y no sabe leer en buen romance. Si es tu enemigo, apenas la mira, cuando se ría a lo zaíno y se la pone al enfermo sobre la cama, y dice en voz alta, receta es esta para reventar un caballo, que la tomara, y la entiende como la pasada. Dan tan inflexible crédito a este barberísimo que, cada hora vemos perder la vida porque estos hombres malvados (el que lo fuere) quiebran el hilo que el médico seguía de su racional curación. Aconséjote que no te pudras sino que con amorosa paciencia digas lo que al enfermo conviene; pronostica con cordura y mucho tiento, que hay muchos letrados en cualquier aldea como los antecedentes, y estos son enemigos no excusados del médico. Y repite con el doctísimo Cobarrubiano Abad, *Deus in melius vertat.*

Si tuvieres en ciudad donde hay más puestos que ascender, los pretenderás solo con procurar retirarte a tu estudio par ser insigne, socorriendo tus enfermos con diligencia, buscando a los pobres para socorrerlos, y los ricos que te busquen por sabio. Si gastas presentes y dádivas, buscares cartas de favor, ruegos de señores para conseguir, dirán que por ti no lo mereces, y es un lunar y mancha en el crédito que jamás se enmienda. Y das lugar a que el doctor, que por estarse en su casa no fue elegido, te diga médico por bulas y no por oposición. Jamás se ha visto vender a voces por la calle paño de Holanda, y cada día vemos pregonar cordellate, bierzo; banastas de sardinas mortíferas gritan por esas calles, nunca lenguados reos ni besugos. Fuelles y ratoneras vocean, jamás escaparates de cristal y oro; el buen paño en el arca está vendido, los besugos se alcanzan por ruegos; al ebanista atormentan por un escaparate, y en fin la doncella honrada para casada, rogada. Pues más buscado ha de ser el médico —el que lo fuere digo—, que todo lo referido, porque por último ya se qué utilidad pueden tener dar cordellate, bierzo, fuelles, ratoneras y sardinas. Y en fin, el que hizo el empeño por ti, te quiere por esclavo y en desazonarte te dirá que valía él, si no fuera por mí. Bastante palabra para quedarte muerto, si eres hombre de reputación.

En siendo en lugar muy corto, es esto caso irremediable. Yo iba con mi familia a una romería de una promesa a una imagen de devoción de nuestra señora la Virgen María, uy en un lugar en la mitad del camino me conocieron y me hicieron visitar dos enfermos muy apretados, no lo digo porque no me dieron blanca, sino que estaban apretados de su enfermedad por el barbero del lugar que al fin dio soltura para la Iglesia, según después me dijeron, y vi una cosa rara: lo primero fue necesario comulgar al enfermo, y vi que el tal barbero venía siendo sacristán, terciada su capa, muy guapo, con la bolsa de los corporales, echando

salmos de David como si fueran padrenuestros; hizo en fin oficio de sacristán, y lo era. Fue necesario hiciera testamento, y en un instante tornó con sus escribanías, acompañado del señor cura con mucha gravedad, e hizo su papel jurídico de escribano, y lo era. Al despedirnos se apareció en mi posada con su vara de alcalde, empuñada como un corregidor; dije yo, van cuatro, no le falta a este, dije a un compañero, sino ser mullidor. A este veneraban en tanta manera que decían que no les hacía falta el protomedicato, quien le había de poner, sangrando y purgando a su mando, solo Dios.

No comas, ni bebas en casa de los enfermos, ni hagas llaneza ninguna, sino es que sea tomar algún dulce o cosa leva, y si a esto te puedes resistir, resístete; y, si lo haces, sea por qué no piensen que es no hacer estimación de su persona. En lo demás usa de tu prudencia para portarte, que con estas generales creo no necesarias de más advertencias.

Ya veo que es tiempo de darte luz de la luz, que te quiero dar para que no necesites de cansar a tu maestro en la última menudencia, que necesitas saber para tu ejercicio. Lo primero que te prometo es enseñarte las calidades de todo alimento de tierra, agua y aire, muy recopilado, el modo de usar de ellos, el tiempo, *étc.* Tesoro será para ti grande.

Lo segundo, darte menudas fórmulas de las recetas más usuales, que debes tener en pronto y luz del precio que tienen, según valen las cosas en este año de la venida del señor don Juan de Austria desde Zaragoza a Madrid de 1677. Que si después se alterare el precio de los ingredientes, poco más o menos podrás tú verlo, que valen más; y, si abarataren, bajar el precio, porque en los lugares es el mayor tormento que tendrás, el preguntarte en cada casa: «señor doctor, ¿cuánto llevarán por las receta?»; y crece por todo tu crédito en saberlo, porque tal ve no está el boticario examinado en la botica y queda un mozuelo, o la viuda, y suelen pedir por una purguita se seis reales, doce, y por una de doce,

cinco. Esto nace de la ignorancia, y así por consuelo de todos será bueno que haya luz der lo que vale hasta el último maravedí.

Lo tercero, y último, industriarte en todos los casos repentinos, para cuyo socorro te sacarán de tu cama a media noche muchas veces, que no hay lugar de ver libros y, teniendo este, puedes socorrerlos fielmente, como es todo género de veneno por mordedura, bebido y comido, *étc.* Mira que tendrás grande consuelo, no dejes de guardar mi libro.

Con los médicos de los lugares vecinos tendrás mucha paz, y hablarás bien de ellos en toda ocasión, aunque ellos no lo hagan así, y si a tu lugar viniere algún hijo de vecino, que sea médico de otro lugar, agasájale mucho, y alábale, y créele; y, si tienes consulta con él, aunque sea menos antiguo, dale la primacía por la primera vez, y te alabarán de cortés.

En teniendo juntas con los comarcanos, no pierdas tu derecho y habla en tu lugar, según tu antigüedad, con gravedad alegre y afabilidad, diciendo la esencia de la enfermedad en átoma diferencia: las señales por donde la conoces, la causa que la causó y la fomenta, el pronóstico de ella. Y, finalmente, qué curación debes hacer, y esto sea lo más ceñido que se pueda, dando de todo razón por qué lo haces, filosófica, médica, y con un texto por lo menos de *Aforismos* y otro de los *Pronósticos*, que en estas dos de Hipócrates, hallarás cualquiera ley para todos los casos.

En los principios que no tienes cien ducados para libros, irás con segura conciencia a tu salario con el tomo de Cipriano de Maroja, el de Riberio, de impresión de León, y este mi arte nuevo, y te aseguro que si estudias dos años en estos tres libros, a tres horas cada día, y teniendo en la curación mucha atención con orinas, pulsos, semblante, movimientos de las accesiones, crises o juicios de ellas, malos y buenos, según señales de crudeza o cocimiento, *étc.*, que te hallarás

un gran médico y con caudal para comprar las obras de Pedro Miguel Enríquez, Vallés, Mercado, Galeno, Avicena, Hipócrates, Bravo, Llera, Rodríguez, Masarias, Mercurial, Senerto, Fernelio, Andrés Laurencio, Fragoso, Daza, Valverde, Dioscórides por Laguna, farmacopeas, Zacuto y Amato lusitanos, que con los referidos tienes prado ameno donde lozanear tu ingenio, como en hermoso eliseo, y no son menester más libros; y estos, te advierto que son los más selectos del mundo. No estés sin tener a Ambrosio Calepino y serás docto en todo.



Este *Encomio del Arte de la Medicina* se terminó
de imprimir en el mes de febrero de 2023,
en el taller de Editorial Grámmata.
Se usó la fuente Garamond Premier Pro a 12 puntos,
sobre un papel Vilaseca de 70 g.



